
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01445546 3


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

AYER, HOY Y MAÑANA.

AYER, HOY Y MAÑANA,

ó

LA FÉ, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

DIBUJADOS A LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES.

TOMO IV.

PARTE SEGUNDA.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
á cargo de D. Joaquin Bernat,
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

PARTE SEGUNDA.

HOY,

Ó LA SOCIEDAD DEL VAPOR EN 1850.

CUADRO DIEZ Y NUEVE.

La empleomanía, los empleados, los empleos y los empleadores.

Ya no llega á Madrid con el pelo de la dehesa, ni para entrar á servir de page á un grande de España, ni á un consejero de Castilla, sino que cepillado, como ha podido, en la capital de su provincia, trae en el cuerpo algo de gramática castellana, rudimentos de ortografía, y mas de un año de latin y principios de filosofía; en el bolsillo 25 ó 30 duros y en la mano una carta de recomendacion para el diputado á Cortes de su distrito.

Si su padre no es elector, será amigo de un elector influyente, y éste es el que le ha dado la carta de recomendacion para el diputado. En ella no le dice otra cosa sino que le recomien-

da al jóven con interés, porque es hijo de un hombre, que aunque no tiene voto hace votar á muchos, y es un gran agente de elecciones; y añade que el chico es muy despierto, y que ha despuntado por la poesía, *sacando* muy buenas cosas de su cabeza, entre otras un drama, que ya conoce, y le gustó mucho al Administrador de rentas, antiguo gracioso de una de las mejores compañías de la legua. Añade tambien que no se le recomienda para que le alcance un gran destino, sino una posicion *modesta* que le permita dedicarse *con desahogo* (esto es, sin pedir limosna) al cultivo de las letras.

El diputado tiene tan cansados á los ministros, con otras pretensiones por el estilo, y le preocupa tanto su propia colocacion, que no hace otra cosa en pró del jóven sino darle buenas palabras, y contestar á su padrino con evasivas. Pero de repente, porque estos repentes son como las tormentas de verano, que vienen cuando menos se aguardan, llega la disolucion del parlamento y la convocatoria al cuerpo electoral, para que ejerza nuevamente, y con toda libertad, sus derechos imprescriptibles, y el diputado, que ya está mas desocupado, se acuerda, no del elector influyente, sino del jóven que le ha recomendado, y le alcanza una plaza de auxiliar con seis mil reales de sueldo en una de las direcciones de rentas. Pero el jóven, que mientras el diputado le

desairaba, frecuentó los cafés, asistió á las lecciones del Ateneo, y fué constante expectador, y no pasivo ciertamente, en la vista pública de las denuncias de los periódicos, ha entrado en uno de estos á manejar la pluma y la tijera y no acepta el destino.

Cuando el diputado le presenta la credencial con aire de proteccion, dándole la consabida palmada en el hombro, y como diciendo—ya está usted hecho hombre—el jóven se sonrie, mira con aire de lástima al protector, y le dice que guarde aquel destino para otro, porque él es un escritor de oposicion independiente, que no necesita ni quiere nada del gobierno, y que así lo dirá en *su periódico*, al dirigir *su voz* á los colegios electorales, para prevenirles y darles el grito de alerta contra los amaños del gobierno y de los diputados de la antigua mayoría.

El efecto que estas palabras producen en el ánimo del diputado, es terrible. Los diputados de la oposicion, que no han podido hacerle perder el color en el Congreso, y las tribunas, que le han visto alzarse impávido y hasta provocativo, cuando contestaba á las terribles alusiones que le lanzaban sus contrarios, no le conocerian al verle palidecer y balbucear ante un jóven de veinte años escasos, á quien dias antes apenas se dignaba recibir. Nadie hubiera dicho quien era allí el protector ni cual el protegido.

El diputado se acuerda del elector influyente, y cree perdida su reeleccion; piensa en el periodista, y vé peligrar su destino.

La situacion es terrible. Ni siquiera le devuelven la palmada de proteccion que él acaba de dar. Su juez parece inexorable. El reo traga toda la saliva que puede, que no es poca; se decide á ofrecer una silla, al que hasta entonces jamás habia hecho sentar en su presencia; le presenta un cigarro; le dice si quiere *honrarle* acompañándole á almorzar, y cuando ve que el jóven acepta, con verdadero aire de proteccion, el cigarro, el almuerzo y la silla, le dice:

—Por lo demás, yo siento mucho que vd. no acepte el destino, porque esto lejos de impedirle el seguir escribiendo en el periódico, le daria una posicion mas desahogada; pero no puedo menos de aplaudir esos arranques de independencia, y creo que su talento de vd. le abrirá una brillante carrera en el porvenir.

—Tengo ya un drama presentado en el *Príncipe*, y otro admitido en el *Circo*, dice el jóven.

—¡Eso mas!... replica el diputado. Me alegro mucho que los jóvenes del distrito, que yo he tenido la honra de representar, se distingan y alcancen un nombre en la república literaria.

—La política me llama mas que la literatura. Esos dramas los traje escritos de mi pueblo.

—Pero tambien se hacen buenas carreras en la literatura.

—No señor, las letras no sirven de otra cosa que de un pequeño *escalon* para subir á los puestos públicos; son un ligero anuncio que se hace en la plaza de la opinion pública, de que hay un hombre mas en el mundo, apto para los cargos públicos.

—¿Piensa vd. presentarse candidato en su distrito? pregunta el diputado, temiendo oir una respuesta afirmativa.

—No señor, porque no tengo la edad.

El diputado no puede disimular su alegría, y respirando con mas libertad, y ofreciendo otro cigarro al jóven, le dice:

—Pero debe vd. ir pensando en ello, y preparando el terreno para cuando llegue el caso.

—En mi distrito, contesta el periodista, no es posible ni yo quiero porque allí el diputado natural es usted.

—No lo crea vd., dice el diputado examinando el semblante del jóven para ver si le sale á la cara la sinceridad de sus palabras; yo he debido mi eleccion á los esfuerzos de su padre de vd. y de otros amigos, y ahora...

—Harán como siempre.

—¿Cree vd. que no habrá dificultades?

—Me parece que no; á menos que el gobierno no presente otro candidato, por que *nosotros*, los

de la oposicion, es probable que no luchemos en aquel distrito. La gente de mi pueblo es muy cobarde, y está siempre con el que manda.

Cada palabra de las que el jóven suelta, es un bálsamo para el angustiado corazon del diputado, y por último, despues de decirle que le cuente como suscritor al periódico, y de darle de almorzar, le pide que vaya á verle y á comer con él amenudo, le pregunta donde vive, (curiosidad que no habia tenido hasta entonces) porque piensa visitarle, (atencion que no habia pensado tener), y concluye con estas palabras:

—Usted es el verdadero diputado natural de su distrito. Si yo soy reelegido, cumplo ya tres legislaturas y hago que me nombre el gobierno senador, para que le quede á vd. el distrito vacante. Esto es lo justo.

El jóven, que no siembra para cosechas tan largas, porque vive al dia como las gentes de su generacion, no dá importancia al proyecto del diputado, y se despide y va á la redaccion del periódico á recortar noticias, á zurcir alguna gacetilla, y á ver si logra escribir un suelto de fondo.

Y con el tiempo, tiempo muy corto, se suelta á escribir *artículos de doctrina* y se le reconoce como especial para la polémica y las sostiene diariamente con todos los periódicos; y ultimamente con sus mismos compañeros de redaccion.

Lo cual tras de un duelo ó dos, y un par de comidas en la fonda, le da la direccion del periódico y con ella, lo que tiene un director de periódico de oposicion: mucha gente que le desuelle en privado y le salude en público; ministros, por el contrario, que le denuncien y le hagan multar públicamente, mientras le subvencionan, si él se deja subvencionar, y le dan cruces y empleos para sus amigos, en secreto; correligionarios políticos que vengan peregrinando desde las provincias por conocer al hombre independiente y verdadero patriota, que lejos de ser un déspota y un tirano como el gobierno, está siendo todo lo contrario, porque todo lo hace con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo; y ciudades y provincias enteras que le felicitan porque ofrece, *para cuando sea gobierno*, todas las bienaventuranzas del Catecismo y otras muchas mas.

En cuanto á libertades, ofrece la individual, esto es, que cada ciudadano pueda comerse una caja de fósforos sin dar cuenta á nadie; la de conciencia, aunque sea para no tenerla; la de enseñanza, que puede servir para enseñar los dientes y la lengua; la de imprenta, es decir, la de imprimir, que tropieza luego con la de no poder publicar lo impreso; la de peticion, que deja libre el derecho de pedir limosna; y la de asociacion, que dura hasta la muerte si los socios van perpétuamente á presidio. Ofrece tambien el desestanco de

la sal y del tabaco, para que todas las mujeres sean saladas y todos los hombres fumadores.

En cuanto á contribuciones las suprime todas, y como ofrece hacer grandes obras públicas se confia en que ha de tener una varilla mágica para obrar ese milagro. Abolirá la pena de muerte, no la que nos impuso el padre Adan, sino la otra; el sufragio no le tendrán solo los difuntos sino que será universal, nos alcanzará á todos; y la descentralizacion será absoluta; ni siquiera se tolerará que los cuerpos busquen el centro de gravedad.

Los peregrinos le dan una comida y él les corresponde con otra; le ofrecen desafiar todas las iras del gobernador de la provincia, que es mucho ofrecer y demasiado si lo han de cumplir, y por último, no le besan el pié como hacen los romeros con el Padre Santo, pero echan alguna limosna en el cepillo de las multas por delitos de imprenta, y le estrechan la mano y le prometen, y muchas veces cumplen la promesa, hacerle diputado.

Con la esperanza de no pagar contribucion, sufren el recargo que les echa el administrador de rentas; sabiendo que el tabaco se va á desestancar, no les importa que les quiten el estanquillo; y á trueque de poner al director del periódico en camino de llegar á ser gobierno, le eligen diputado á despecho del gobernador.

En este trance de la vida política, ya le ha visto el lector en otros cuadros, y ahora le perderemos de vista tres ó cuatro años, hasta encontrarle á deshora de la noche, camino de Palacio en un coche, con frac negro y corbata blanca.

No hay baile en el Alcázar regio, ni en la córte hay otra danza que la de San Vito, que ataca á todos los empleados al saber que ha caido el ministerio, y que están jurando los nuevos consejeros de la corona. En todos los cafés, en todos los círculos y en todas las casas, no se habla de otra cosa que del nuevo ministerio, y de las mudanzas que habrá en el personal de todos los ramos de administracion, sin que nadie piense en el desestanco de la sal, ni en las libertades y derechos que van á salir del calabozo en que estaban. Los empleados salen á averiguar quien es *influencia* para el ministro de su ramo, y los amigos de éste, á quien todos saludan y dan la enhorabuena, agarran el presupuesto y la Guia de forasteros, para *ver con tiempo* y antes que otros se adelanten, lo que mejor puede convenirles,

Nuestro director, que gracias á su talento, preciso es confesarlo, ha derribado al ministerio, no ha sido el primero llamado á formar gabinete, porque como se olvidó de hacerse militar al empezar su carrera política, no ha podido llegar á ser ni teniente general, ni siquiera mariscal de campo, y no puede presidir un ministerio. El

será el *pensamiento* del gobierno, pero otro ha de ser el brazo. Verdad es que tiene mucho talento, pero el talento no basta. Lo mismo sucedió antiguamente, y no estábamos tan civilizados como ahora, con que siga la rueda y ande el sable.

¡Cuándo se ha visto que el talento y la instruccion sean suficientes para ciertos cargos públicos! Nunca. En los tiempos mas remotos ya se morian de hambre los sabios, con que demasiado hacemos ahora que solemos darles de comer. Y esto es tan cierto y tan justo, cuanto que siendo desconocidos los nombres de los demás ministros, nada puede decirse de ellos y todas las lenguas se desatan contra el director del periódico, escandalizados de que haya llegado á ser ministro.

—Verdad es, dicen sus propios amigos, que es un gran escritor, que tiene mucho talento, y que como diputado ha tratado todas las cuestiones con mucha instruccion y grande elocuencia, ¡pero de eso á ser ministro!... ¡Que país! añaden, y se quedan tan satisfechos.

De los demás compañeros del periodista, como ya hemos dicho que no eran conocidos, y alguno de ellos ha necesitado que le nombraran ministro para que se oyera su nombre de pila, no se puede murmurar, ni decir:—¡Qué país! Esta exclamacion la guardan los políticos de café y los ociosos de casino, para los que ya

han probado su inteligencia en algo, para los conocidos y si es posible para los amigos. En este siglo de la publicidad y de la discusion, cuanto mas obscuros y mas callados son los hombres que salen de repente á la luz pública, son mejor recibidos. Muchos creen que esta manera de obrar es aconsejada por la envidia; pero nos parece imposible ¡Que ganarian los hombres con envidiarse los unos á los otros!

La verdad es, porque la verdad es independiente de la razon, que el nuevo ministerio es bien ó mal recibido, pero que el nombramiento del director del periódico es censurado por casi todos su compañeros de profesion. El periodismo no conoce aun las ventajas del espíritu de cuerpo. Cada periodista cree que no hay mas cuerpo que el suyo. Los frailes y los militares creian lo mismo, aunque los unos cuidaban de la órden y de la comunidad y los otros cuidan del arma y del regimiento.

Pero nuestro director jura y asiste al primer consejo de ministros y va desde allí á su secretaría, donde se le presentan todos los empleados, á darle la enhorabuena, sospechando los mas que viene en hora mala para ellos; y él los recibe con dulzura, pero con aire de superioridad, y les dice que cuenta con su inteligencia y su lealtad, así como ellos pueden contar con él, considerándole mas que como jefe como un amigo.

Los primeros dias se pasan en felicitaciones y en cumplimientos y en frecuentes consejos de ministros. Las personas que tienen algun asunto pendiente en los ministerios se cansan de ir y venir á ver al oficial del negociado, el cual les dice siempre, que no hay nada, por que el ministro no despacha aun, y como por otra parte *él no sabe como quedará...* no se cuida de nada.

Los agentes de negocios mas experimentados en estas treguas burocráticas, aprovechan la primer semana en irse al campo á cazar ó á pescar, y los pretendientes la emplean en ver como cazan una direccion ó como pescan un gobierno civil, ó un juzgado ú otra cosa de menor cuantía.

Mientras tanto en los cafés y en los casinos no se habla de otra cosa que del nuevo ministerio y de sus planes económicos y políticos, y se anuncia, con buena ó con mala fé, que tal empleado ha dimitido, ó que tal otro vá á dimitir, y aun se afirma que hacen *dimision en masa*, masa que no cuaja nunca, todos los de tal ó cual corporacion.

El ministro, por su parte, no espera semejantes dimisiones, y hace bien en no aguardarlas, porque eso le indicaria que sus dias estaban contados, y que otro sol de mas fuerza divisaban los prácticos en el oriente de la política, y por eso al hacer su arreglo no cuenta con las dimisiones de que hablan los periódicos, ni pregunta

por ellas y se encierra en su despacho con un oficial de confianza, que muchas veces es el mismo que tuvo al principio la de su antecesor, y le fué abandonando cuando le vió síntomas de ir cayendo. Y á los pocos dias de la encerrona, se publica el *arreglo* en la GACETA, para que los empleados *sepan como quedan*, y los pretendientes vean la barra de *turron* que les ha tocado en la natividad del nuevo ministerio.

Ese número del periódico oficial, del cual se venden no pocos ejemplares, es la cebolla que salta á los ojos de los nuevos cesantes, el paño de lágrimas de los que vuelven al servicio activo, y el regocijo de las familias cuyo individuo, casi siempre menor de edad, aunque haya perdido el año universitario, ha ganado con el cambio de ministerio, una plaza de auxiliar ó de oficial de secretaría. Los agentes de negocios ven en el arreglo otro compás de espera para los expedientes, pero no le pasan cazando conejos, sino que le emplean en cazar relaciones para los nuevos empleados.

La imprenta periódica tambien dá treguas al nuevo gobierno, hasta que se publica el arreglo de las secretarías; y como si de estas cuestiones de nombres propios, dependiera la salvacion ó la ruina del Estado, toman acta de ella, y les sirve de *fundamento* para hacer la oposicion radical los unos, y la casera ó de amigos imparciales,

que es la peor de las oposiciones, los otros, ó para defender algunos la política ministerial hasta el extremo de ruborizar al mismo ministerio.

Los nuevos consejeros de la Corona, acosados de noche y de dia por los pretendientes, amenazados por los periodistas, emplazados ante la representacion nacional, y sin llegar nunca á saber que cara tiene un diputado satisfecho, empiezan á conocer que tenian razon sus antecesores cuando decian que era un lecho de espinas, lo que ellos desde la oposicion llamaban lecho de rosas.

Cerrando con toda clase de inconvenientes, y apartando los ojos para no ver arrasados en lágrimas los del pobre cesante, aumentan el panteon de estos infelices con una porcion de víctimas diarias; desoyen las quejas de un pueblo, para dar gusto al otro en la cuestion de carreteras; llevan el juzgado mas acá ó mas allá por ceder á la exigencia de un influyente; arquean las cejas, y hacen el gesto de los contrariados cuando resuelven algun expediente, y á pesar de todas estas violencias y contrariedades, no aciertan á dar gusto al público.

El parlamento y la imprenta periódica, no quedan nunca satisfechos.

Y no es porque en el primero le den mucho que hacer y le hagan hablar á todas horas, los que se sientan enfrente del *banco azul*, que es el

suyo, porque para estos con saber que dicen blanco y replicar negro, está despachado; y entre los periódicos, ya sabe que los de la oposicion no han de aplaudirle nunca; lo que le molesta y le preocupa es el diputado de casa y el periodista de casa tambien. Los amigos imparciales, los que no quieren nada, en fuerza de quererlo todo, las potencias neutras, que pretenden haber sacado de pila al nuevo ministerio, y que segun dice el público, le manejan *detrás de la cortina*, estos son los remordimientos perpétuos, y los sinsabores del ministerio; estas las verdaderas espinas de las rosas ministeriales.

Cuando el oficial de secretaría, encargado de extraer de los periódicos la quinta esencia de los artículos, sobre todo en las cuestiones de personalidad, dá cuenta al ministro de que se asegura que el general H. les va á retirar su apoyo, ó que otro diputado les va á dirigir una interpelacion, ó finalmente, que un orador célebre *va á hablar* (como si su celebridad no consistiese en haber hablado siempre), el ministro se pone pálido, y pide el coche y ve á sus compañeros; y una vez reunidos celebran un consejo, y la zozobra es constante y permanente, porque suele suceder que despues de estarse anunciando una semana y otra y un mes, que va á hablar, que habla, resulta que es una ilusion de la familia, y que el niño no rompe á hablar. Si sucede lo con-

trario, ya verá el lector en otros cuadros lo que hace el ministerio.

En el presente no podemos decir otra cosa sino que muere sin haber podido nivelar los gastos con los ingresos, ni desestancar la sal, ni dar libertad á la imprenta, (porque encarcelada y todo como estaba, le dió muchos disgustos) ni siquiera suprimir las contribuciones, porque se convenció (que *sapientis est mutare consilium*) de que los pueblos lejos de pagar mucho, pagaban poco.

A su muerte ocurre lo mismo que cuando vino al mundo, solo que el punto de vista es otro.

Mientras los nuevos consejeros van á jurar, los antiguos están muriendo como buenos cristianos; están haciendo testamento.

El testamento de un ministro ya se sabe á lo que se reduce. Ni tiene olivares de que disponer, ni herederos forzosos á quien podérselos dar, porque sus parientes no están ya desheredados, y como no puede disponer ni de la casa en que vive, ni de los muebles que la adornan, solo deja unas cuantas mandas, todas pequeñas y todas sobre el presupuesto.

Así como así no fué posible nivelarle, con que todo ello será una línea de desnivel mas ó menos.

La cuestion que *estaba sobre el tapete*, como llaman los políticos á los negocios árduos, el ca-

ballo de *batalla* del ministerio, y otros cuantos asuntos *batallones*, todo queda intacto para que lo resuelvan los nuevos ministros. Los que cesan no tienen ya nada que ver con esas cosas, ni con otras que interesan á sus cesantes, á los nuevos funcionarios públicos que ellos hicieron, y á las gentes que tratan de sentar plaza en las oficinas del Estado.

La Gaceta vuelve á hacer llorar á los unos, reir á los otros, y recordar á todos la instabilidad de las cosas humanas.

Publica otros nombres y otro arreglo, y andando el tiempo (que en vista de lo mucho que ha andado, debe de estar acabando de andar), todos los ciudadanos habrán visto su nombre una vez al menos en el periódico oficial, y otra en el padron de las clases pasivas.

Los agentes de negocios vuelven á tener una semana de caza, los pretendientes un dia de pesca, y los expedientes unos cuantos compases de espera.

Esperando se gana el cielo.

CUADRO VEINTE.

El sí de las madres.

CIERTO es que el Catecismo de la doctrina cristiana encargaba á los padres cristianos de AYER que no diesen á sus hijos estado contrario á su voluntad, esto es, á la voluntad de los hijos, pero aquellas gentes no entendian el Catecismo como nosotros le entendemos, y hacian en este asunto lo que tal vez á muchas les pesó haber hecho á la hora de la muerte. Pero entonces era ya un poco tarde para remediarlo, y así le fué fácil á Moratin encontrar una doña Irene, que educado á su hija Paquita, entre sor Trinidad y sor Circuncision, quisiera casarla con el sexagenario don Diego, á pesar de la repugnancia natural de la niña, y de sus amores se-

cretos con don Cárlos de Urbina. La justa celebridad de que goza la excelente comedia de *El sí de las niñas*, y el general aplauso con que hoy la recibe el público, nos retrajo de hacer un cuadro especial para tratar de este asunto en la primera parte de esta obra, por mas que en muchos pasajes de ella hiciéramos sobradas alusiones al efecto.

Las hijas de don Leandro el consejero de Indias, la de la casa en que honestamente se divertian en juegos de prendas, la hija de don Hipólito, y la que abrazó el estado religioso, renunciando al mundo porque sus padres le dijeron que debia renunciarle, todas ellas habrán demostrado al lector lo que valia *El sí de las niñas*, en aquella época en que las madres hablaban en su nombre, ó las hacian hablar con un gesto y hasta con un pellizco, y aun en el cuarto obscuro, mantenidas á pan y agua.

Aquellas niñas, que como dice Moratin, lean libros devotos, corrian tras de las mariposas, y á los diez y seis años de edad se divertian echando agua en los agujeros de las hormigas son las madres de ahora. El *sí* que dieron antaño como hijas le repiten ogaño como madres, y entre ambos monosílabos afirmativos hay un mundo de negaciones y de inconsecuencias.

Nosotros no queremos filosofar sobre este asunto, ni dar nuestra opinion en materia de

tanta importancia y de tanta transcendencia. Acaso nunca con mas razon que ahora podriamos decir que aquellos polvos han traido estos lodos, pero no queremos decirlo, y sin hacer responsable á la educacion de AYER, de los inconvenientes ó de las ventajas que tiene la de HOY, vamos á dibujar este cuadro.

La madre de estos tiempos no hace nada de lo que hacia la suya, mientras ella, hija de familia honesta, humilde, obediente y callada, para hablar pedia licencia á su señora madre, al sentarse cuidaba de recoger la basquiña, jamás usó el respaldo de las sillas, ni alzó los ojos del suelo, ni cruzó las piernas, á pesar de tener muchas veces los brazos cruzados, y de ponerse en cruz tres ó cuatro horas, cuando alzó la voz para contestar, ó no bajó los ojos al verse reprendida, ó tuvo la desgracia de oir lo que se dijo creyendo que ella no escuchaba. La madre de estos tiempos que es, como hemos dicho antes, la hija de aquellos, tiene algo mas que hacer que dar de mamar al recien nacido, y enseñar á rezar y preparar la labor al párvulo, y llevarle á paseo cuando empieza á ser adulto.

Rebañando el perol de las natillas, y corriendo tras de las mariposas, dió el *sí* matrimonial en los altares para hacerse madre de familia, como habria dado y daba el *sí* monacal en un coro de monjas al abrazar el estado religioso. En el se-

gundo caso dejaba la autoridad paterna para someterse á la autoridad abacial de su nueva madre la superiora del convento, y bien puede decirse que no salia de la menor edad; en el primero pasaba desde la infancia mas nimia, y la tutela mas rigorosa, á la mayor edad y á una libertad absoluta.

La mujer feliz del Filósofo Incógnito, *La perfecta casada* de Fr. Luis de Leon, y algunos libros devotos, formaban su biblioteca, si sabia leer, habilidad que no era muy frecuente en las mujerés de antaño, y si no conocia el *abecé*, repasaba en su memoria los consejos y las amonestaciones de su madre, y con estas doctrinas pensaba destetar, educar y casar á sus hijas; cuidando sobre todo de que no abrieran los ojos antes de tiempo, por mas que ya en el suyo se empezaba á decir que los chicos venian al mundo con los ojos abiertos.

Pero desde que la hija de familia se hizo ama de casa y empezó á cortar y á coser por sí propia, los pañales y las camisas para su futuro vástago, hasta que estós han estado en disposicion de formar nuevas familias, han ocurrido grandes sucesos, y la revolucion nos ha hecho perder de vista muchas cosas y no pocas personas. Hasta que ha cesado el estruendo de las perturbaciones políticas, ó mejor dicho, hasta que nos hemos acostumbrado á oirle y á no hacerle caso, no

nos ha ocurrido echar una mirada al seno de las familias, para ver lo que pasa en ellas. Cierto es que la publicidad del siglo ha hecho poco necesaria esta revista de inspeccion, y que con solo asistir á los teatros, entrar en los cafés, acudir á los bailes y leer los periódicos, podriamos excusarnos de visitar á las gentes en sus casas; pero todavía creemos que ha de pasar en ellas algo digno de nuestro exámen, y por eso escribimos el presente capítulo y otros que daremos mas adelante.

Para saber que una hija de familia tiene novio, nos basta leer con atencion la gacetilla de los periódicos, la cual se cuida de decirnos:—«que »se habla en tales ó cuales círculos del proyecta»do enlace de la señorita A... de G... con el jóven »H... de R...» Si los padres se oponen á la boda, tambien nos lo dirá el periodista; si se aplaza el matrimonio, porque está constipado un tio de la novia, lo sabremos por la gacetilla, y no faltará una *revista de salones* que nos cuente minuciosamente los amores de los novios, el dote de la chica, y cuantas circunstancias ocurran en el proyectado enlace; hablándonos por fin del desposorio y del lugar en que van á pasar la luna de miel, y aun refiriendo ciertos pormenores de esta. Si á ésta crónica íntima, añadimos la que corre de boca en boca en el café y en los casinos, con el título de *crónica escandalosa*, lo sabremos todo, y aun algo

mas de lo que quisiéramos y debiéramos saber. Allí nos dirán por qué se ha hecho la boda ántes y con antes, ó por qué se ha negado el novio á firmar la carta de dote, ó que razones tenia la madre para no dar su consentimiento, ó que destino le han dado al novio como regalo de boda, y muchos otros chismes por el estilo. Pero á pesar de todo queremos ir á casa de la novia.

No es su alcurnia de las primeras de la córte, y aun hay quien dice que era de las últimas, cuando el jefe de ella acudió de los primeros á comprar bienes nacionales, con los que hizo una fortuna verdaderamente mostrenca. La señora de la casa, habia sido *criada en el santo temor de Dios*, (frase que como sabe el lector encierra un curso completo de educacion) y así pensaba criar y hubiera criado á sus hijas, si Dios se las hubiese dado, cuando su marido tenia un corto sueldo, y por necesidad pasaba en casa ayudando á los quehaceres de ella gran parte del dia y toda la noche; pero empezó á parir, cuando empezaba á alumbrar el sol de la libertad, y el astro de la civilizacion por un lado, el tambor de la Milicia por otro, y el cañon de la tiranía por ambos, la trastornaron de tal modo, que no supo lo que se hizo, hasta que vió la gran fortuna que su esposo habia hecho, al son de los tambores y al rumor de la guerra civil. Hallóse, sin saber como, instalada en una gran vivienda; rodeada de mue-

bles de gran lujo, mientras los que le dejaron sus padres habian emigrado á una prenderia; cuando trataba de dar de mamar á sus hijos, se encontraba con que ya lo habia hecho una ama de cria; al ir á paseo, un lacayo le abria la portezuela del coche; las noches las pasaba en el teatro; los dias apenas le alcanzaban para dejarse peinar y vestir, estrechando su pie y su talle á la vez que sus relaciones con el zapatero y la modista, y asi era natural que no tuviese tiempo ni para dar un beso á sus hijos. Verdad es que estos iban creciendo y los colegios se los iban llevando, casi desde los brazos de la nodriza; y en cuanto á su esposo, algunas veces le veia á la hora de comer, y solia permitir que la fuese á buscar al teatro ó á las grandes reuniones.

Así se ha hecho la transformacion de la hija de 1800 en la madre de 1850. Aquellos tiempos, aquellas gentes y aquellas costumbres, produjeron el *sí de las niñas*, y otros tiempos y otras costumbres, han producido, con las mismas gentes, el *sí de las madres.*

Allá va el cuadro:

La marquesa del Suministro, es feliz desde que puede firmar sus cartas con este título, y oirse llamar marquesa en vez de doña Gertrudis ó Gertruditas, como la decian á los cuarenta y cinco, sus coetáneos. No ha hecho ella con sus hijas el disparate de bautizarlas con los prosáicos nom-

bres de los antiguos santos españoles y en vez de condenarlas á que se oigan llamar Domingas ó Anastasias, ha puesto á la una Elisa y á la otra Laura. No las dió de mamar cuando niñas, ni las amamantó despues en la doctrina cristiana, ni las ha enseñado á coser, ni menos á zurcir, ni quiere que sepan lo que es remendar, ni nada de lo que constituye el gobierno de una casa. En el colegio han aprendido á rezar en francés, á hacer cortesías á la francesa, geografía universal, algo de historia de España, escrita en francés por supuesto, y leen de corrido novelas francesas.

Hacen flores artificiales, si sus padres les compran todo el artificio francés que se vende para hacerlas, ó mejor dicho para armarlas, tocan en el piano un nocturno *sobre motivos* franceses, cantan una plegaria con *aire* francés y son, á los ojos de sus padres, lo que HOY se entiende por unas niñas bien educadas, y para sus abuelos, héroes del *dos de Mayo*, un perpétuo trágala.

Elisa, la mayor de las hijas de la marquesa del Suministro, dejó el tonelete cuando aun no habian dejado el teatro los puñales y los venenos del romanticismo, y aunque ya estaba espirando la escuela de los Borgias dramáticos, se hizo romántica. La primera pasion que ofuscó su mente fué la del amor y se enamoró ciegamente, aunque sin saber de quien, ni como, ni cuando. Bebiendo el vinagre á medios cuartillos y aspi-

rando el amor á espuertas, logró ponerse ojerosa y pálida y hasta cadavérica, sin haber tropezado con el Dulcineo de sus amores, ni saber otra cosa del señor de sus pensamientos sino que por fuerza habia de ser jóven, alto, escuálido, cadavérico, de ojos negros y fuera del cráneo, aunque sin caer al suelo, por contenerlos los anteojos, que eran de rigor, como lo era asimismo una espesa, larga, súcia y desgreñada cabellera negra. Cuando ya estaba bien cargada de amor y de romanticismo, fué cuando halló el amante romántico, que tambien hasta entonces habia estado suspirando por una ingrata desconocida. La primera vez que se vieron adivinaron que hacia largo tiempo que se amaban. y con una mirada melancólica que se dirigieron, juraron vivir eternamente unidos, y alzando despues los ojos al cielo, dijeron entre dientes,—*tu amor ó la muerte.*

El se dirigió á un café, donde gratis, como el agua y el periódico del dia, le dieron papel y tintero, y allí, sacudiendo la melena que le caia sobre los ojos, mordiéndose las uñas y atusándose el bigote, escribió, en octavas reales una declaracion amorosa, que al dia siguiente publicó un periódico de literatura, titulado NO: ME DEJES, encabezándola con este epígrafe, *á* E.***

Elisa acusó recibo de los versos, con una epístola patética y romántica, en que sin atreverse á pedir un rapto, que era su bello ideal, de-

cia que en su casa no la comprendia nadie; que sus padres eran tiranos, como todos; que estaba rodeada de gentes que comian mucho y dormian mucho mas, y que no les gustaba ir al teatro sino cuando representaban comedias de gracioso, y que tambien se reian con los dramas de *Antony*, *la Torre de Nesle*, y *Angela*, y concluia firmando, *tuya hasta mas allá del sepulcro*, EL ALMA DESTERRADA—ELISA.

La doncella de la niña, que era su verdadera madre, porque la propia tenia harto que hacer con sus propios galanteos y las exigencias de su posicion social, protegia los amores y no se sorprendió el dia en que la autoridad llegó de improviso á la casa y preguntó por el marqués, intimándole la entrega en depósito de su hija por haber dado palabra de casamiento al poeta romántico.

El padre se quedó perplejo y la madre estática, asegurando ambos que era la primera noticia que tenian del caso, y llamaron á Elisa por si, como pensaban, habia alguna equivocacion de nombre.

Compareció la niña, y poniéndose desde luego al lado del juez, le dijo con aire de la mayor resolucion·

—Vámonos y que se cumpla mi destino.

Esta salida de juicio, verdaderamente teatral, sorprendió mas á los padres que la embajada del

juez, y unidos á éste, trataron de hacer juiciosas reflexiones á la niña; la cual, arqueando las cejas, ensanchando los ojos y con aire trágico, dijo que su resolucion era irrevocable, que no la violentaran porque tomaria un veneno, y aun enseñó un frasco que llevaba en el pecho, y apostrofó duramente al juez, porque no cumplia rectamente con la delicada mision que allí le llevaba.

Por fin salió en depósito y sorda á todos los consejos y á todas las transacciones que la proponia su familia, bebiendo vinagre y escribiendo cartas románticas, con lo cual se iba poniendo cada vez mas pálida y mas enamorada, llegó el dia de la boda, que se verificó sin mas ceremonias que las indispensables de la Iglesia, y quedando por fin solas, enteramente solas aquellas dos almas nacidas la una para la otra, y ambas criadas para una hemotisis prematura y una tumba anticipada. Ni siquiera pan y cebolla pensaban comer aquellos dos felicísimos mortales, que nutriendo su espíritu con las novelas románticas se amaban en ayunas, y es de advertir que apenas quebrantaban el ayuno en todo el dia.

Pero aun no habian cumplido el primer mes de casados y ya empezaban á mortificarlos con sus prosáicas exigencias metálicas, el clásico casero y el clásico almacenista de muebles, y la que era peor que todos estos, la clásica tendera de comestibles. La cuenta de los garbanzos les

horripilaba, y les ponia los nervios como cuerdas de guitarra, pero era preciso pagarla; y aun esto habria sido lo de menos si hubiese habido algo de mas con que hacerlo; pero como los esposos solo habian pensado en amarse, les habia cogido el matrimonio sin un cuarto. Pronto les vino un hijo, y un poco despues otro, y aun les hubiese nacido el tercero, á no haber muerto tísica la madre; en cuyo cerebro habia echado tan hondas raices el romanticismo, que, aunque murió de hambre, no lo hizo sin exigir á su esposo que la siguiera pronto al otro mundo, y que mientras lo hacia la llevase flores al cementerio, la hiciese versos, y que sobre su tumba solo escribiera estas palabras:

¡Murió de amór el alma desterrada!

El trágico fin de esta niña abrió los ojos á la marquesa, segun ella decia, y se propuso que la otra hija no saliese violentamente de su poder, aunque se enamorara de una persona de clase inferior á la suya. Pero no pensaba Laura como su hermana Elisa, y fueron inútiles los cuidados de su madre, que siempre estaba mirando á la cara á cuantos jóvenes se fijaban en la de su hija, y sonreia con todos ellos, buscando por medios indirectos y aun directos y francamente, que su hija le dijera cual era el preferido. Laura los pre-

feria á todos, y cada uno le servia para distinto pasatiempo; pero estaba decidida á no casarse con ninguno de ellos, y lo que hacia era dejarse galantear de los unos y gozar con las protextas de amor de los otros, mientras echaba sus cuentas, á la vista de las que habrian pagado las damas que brillaban en la córte, por sus trajes, sus coches y sus reuniones. Todos los jóvenes, que se acercaban á pedirle su mano, traian en el corazon amor de sobra para dejarla satisfecha; pero ninguno traia en el bolsillo todo el caudal que Laura creia necesario para brillar en el gran mundo.

El único hombre que ella conocia ser bastante rico para llenar su ambicion no era jóven, y aun casi pasaba de viejo, y además de esto, ó por esto precisamente, estaba achacoso, y lo que era mucho peor no habia dirigido ni siquiera una galantería á Laura. Si como era natural le habia parecido bonita la niña, se lo habia callado, y la muchacha se vió obligada no á pedirle su mano, que aun no se ha llegado en este punto á tan alto grado de perfeccion, sino á hacerle comprender que le daria la suya si se acercaba á pedírsela. Y salió todo tan á pedir de boca, merced á la intervencion de una amiga de aquellas que Dios confunda, aunque parece que Dios las cria para estos casos, que se celebró la boda porque la madre dió el *sí* y aun el *sí bemol*, en cuanto

tuvo noticia del suceso. Y Laura se oyó llamar duquesa, y dió tés y comidas y bailes á todos los jóvenes que la galanteaban siendo soltera, y que por no perder la costumbre, la siguieron galanteando despues de casada. Media docena de jinetes, algunos de ellos plazas montadas á expensas del duque, caracoleaban junto al coche de la duquesa en la Fuente Castellana; otros tantos pollos anidaban en su palco en el teatro de la Opera, y todos á porfía ahorraban al marido la incomodidad, perjudicialísima á sus años, de acompañar á la duquesita á los bailes y á las reuniones.

Esta casada no ha muerto aun, y no se sabe si morirá tísica como su hermana; pero no tendrá nada de particular que asi suceda, porque esa enfermedad no solo la engendra el amor y el hambre, tambien se cria en los grandes salones y en el gran mundo.

Para este cuadro no es necesario averiguar el fin de esas bodas, sino que basta conocer el principio de ellas.

En una y otra ha visto el lector lo que significa y lo que vale el *sí de las madres* de ogaño.

La revolucion y las costumbres han emancipado á las hijas de la tutela de las madres. Los hombres lo saben así, y no adoran el santo por la peana, sino que como se han de casar con las hijas y no con las madres, recogen el *sí* de aque-

llas y les importa poco que estas digan que sí ó que no. Antiguamente, ya lo ha visto el lector en la primera parte, cuando un jóven decia á una señorita que la amaba, ya habia amado y se habia hecho amar de la madre.

Cada educacion ha tenido sus inconvenientes.

Es posible que en la última parte de esta obra digamos cuales son los que nos parecen mas graves.

CUADRO VEINTE Y UNO.

Apertura de Córtes.

No hay dia mas feliz en los gobiernos representativos que aquel en que se abre la representacion nacional.

La luna llena del parlamentarismo, el sol que alumbra las esperanzas de los parlamentarios, es el dia de la apertura del parlamento.

Entreguémonos á la alegría, al regocijo, á la expansion, al entusiasmo, á la locura y al delirio.

Olvidemos lo que somos y lo que fuimos, para no pensar en otra cosa sino en lo que vamos á ser mas adelante.

Abramos el pecho á la esperanza, que por esperar no ahorcan á nadie, y bien mirado, mas vale esperar que tener perdidas la esperanzas.

Si nuestros padres hubiesen sido capaces de establecer una gran fábrica de leyes, no habrian hecho el triste papel de revendedores de las de Solon y Licurgo, guardando como oro en paño las Doce Tablas y las Siete Partidas.

Para nosotros estaba reservada la ciencia de la legislacion, y á fé que no direis sino que es muy fácil, facilísimo, encontrar los Licurgos y los Solones.

El mas simple gobernador de provincia manda á la córte media docena de sabios, sin que tengan necesidad de llamarse Alonsos.

Y ya que todos los legisladores se hallan á la puerta del gran taller de la legislacion, alegrémonos, alegrémonos, porque es bien que nos alegremos.

Imposible parece, dice el autor de este gran cuadro del sistema representativo, que aquellos ministros, que reciben con cara de pascuas á todos los diputados, acercándose en son de confianza á los unos, y estrechando cordialmente la mano á los otros, y sonriendo con todos á la vez, hayan hecho tantos y tan costosos esfuerzos por retardar el dia de la convocatoria del parlamento y pasado tantas noches en vela estudiando la manera de presentarse á los diputados, y tratando de averiguar como corresponderán estos señores á su presentacion.

Al verlos descender precipitadamente de sus

carruajes, en el vestíbulo de la representacion nacional, aguardando, con aire de verdadera impaciencia, la llegada del monarca, nadie osaria dudar que están satisfechos y entusiasmados por haber sonado la hora de comenzar la legislatura.

Parece que no se les cuece el pan en el cuerpo, hasta poderle decir al pais:

—Aquí nos tienes; júzganos y apláudenos. Grandes cosas hemos hecho, pero mas grandes son las que esperamos hacer con el concurso y la sabiduría de tus apoderados.

Esto deberia pensar el que asistiese á la inauguracion de una asamblea parlamentaria, en esta época de exquisito parlamentarismo.

Colgadas las calles de la carrera que lleva el monarca, izada la bandera nacional en todos los edificios públicos, sueltas las campanas, tronando los cañones, tendidas las tropas, apiñándose la muchedumbre, y codeándose todos por penetrar en el gran templo de la legislacion, naturalmente el dia ha de ser grande, la solemnidad magnífica, la hora suprema, el momento crítico.

Coged en la mano ún periódico cualquiera, y vereis cómo en ese dia ha engalanado con orlas de oro sus columnas, para anunciar la apertura del parlamento.

Desde el momento en que apareció el decreto de convocatoria en la *Gaceta*, empezó á exhortar á sus amigos políticos á que acudiesen á hacer

uso del mas sagrado de los derechos constitucionales; mientras votaban, dijo que confiaba en que el resultado del escrutinio seria la expresion fiel y genuina de la voluntad nacional; y despues que vió la lista de los diputados elegidos, protestó de la eleccion, renegó de la voluntad nacional, negó la ley de las mayorías, y dijo que aquello, lejos de ser la expresion genuina y fiel de la nacion, era el resultado del pandillaje, de los amaños y de las violencias de los partidos.

Pero esos momentos de justo desahogo y de expansion justísima, que el gobierno le habia permitido por pura condescendencia, han pasado al acercarse el dia de la apertura; y hoy vuelve el periódico á ser fiel creyente del sistema parlamentario, y bate palmas por la apertura del parlamento, y exhorta á los elegidos á que *hagan la felicidad del pais.*

Para cuya friolera, el periódico lo dice, no se necesita otra cosa sino que «sean dignos de la »España: que vengan resueltos á compartir con »el gobierno la árdua y difícil tarea de gobernar »el Estado; y que respetando, *lo que deba respetar»se*, de las tradiciones antiguas, y enlazándolas »con las necesidades de la sociedad presente, *atien»dan á los altos intereses* del pais, *sin lastimar los de »la clase media, ni herir los de la baja.* Tambien les »exhorta á que nivelen el presupuesto de gastos »con el de ingresos, *rebajando* los impuestos y *au-*

»*mentando* las obras de pública utilidad; y les »dice, por último, que todo lo espera de su reco»nocida ilustracion y patriotismo.»

Verdad es, que á continuacion de esa exquisita é infalible triaca parlamentaria, se olvida el periodista de insertar la receta para confeccionarla; pero sus deseos no pueden ser mejores, y ya hemos dicho antes que por esperar no ahorcan á nadie, y la esperanza... ¿Qué seria del hombre de HOY si no esperara el MAÑANA?

Pero el mañana aun no ha llegado, y hoy por hoy, somos completamente felices, abriendo el arca santa de la felicidad.

El monarca, seguido de una brillante comitiva y acompañado de sus consejeros responsables, ha entrado en el santuario de las leyes, donde le aguardan reunidos todos los individuos de los dos cuerpos colegisladores.

Alzanse en pie los padres de la patria, al ver entrar en el salon la régia comitiva, y el monarca les manda tomar asiento, al ocupar el suyo, con las siguientes sacramentales palabras:

«Señores senadores y diputados, sentaos.»

E incontinenti recibe de manos del presidente del Consejo de ministros un papel, en el que está escrito lo que S. M. lee á los representantes de pais, y lo que los ciegos pregonan, casi al propio tiempo, por las calles de Madrid, diciendo á grito pelado:

El discurso que ha prenunciado S. M., en la apretura de las Córtes, que acaban de salir ahora nuevas.

Los ejemplares del discurso son arrebatados de las manos de los ciegos, que suelen vender la primer cochura á doce cuartos, á ocho la segunda y así sucesivamente; hasta que ya de noche, cuando la retirada del sol va resfriando el entusiasmo, se pregonan á dos cuartos los que al dia siguiente se venden por dos ochavos.

La puerta principal del santuario de las leyes, que como la de la catedral de Santiago de Galicia solo se abre un dia en el año santo, se cierra apenas ha salido la régia comitiva, para no volverse á abrir hasta que comience otra legislatura.

Retíranse las tropas á los cuarteles, desaparecen las cortinas que adornan los balcones, cesa el estampido del cañon, enmudecen las campanas y acaba por fin la gran fiesta, sin que pueda decirse que ha terminado el dia parlamentario.

El verdadero templo de la discusion está cerrado; pero en cambio están abiertos de par en par los cafés, las fondas, y las tabernas, y no se cierran las calles y las plazas, donde los discutidores y los palabreros de oficio roen el hueso que acaban de arrojarles los ciegos para saciar su hidrofóbico apetito parlamentario.

No queremos entrar en las redacciones de los

periódicos, donde ya de antemano, por el color de los ministros que discurrieron lo que aparece discurrido por el monarca, sabian lo que debian aplaudir y lo que debian censurar de ese documento; tampoco iremos á los casinos, donde la discusion tiene un aire formal y casi académico, y casi parlamentario; ni entraremos en los cafés, donde no hay un asiento vacío, ni orador que no tenga un auditorio inmenso pendiente de sus palabras y de sus arranques patrióticos; pasaremos de largo por las fondas, donde en cada mesa, y todas están llenas, se celebra el gran dia y se sirve á los postres el discurso de la corona, aderezado con los infinitos comentarios que á cada cual le cumple hacerle; y apartando, por último, la vista de los banquetes patrióticos, que celebran los hombres políticos, buscaremos el parlamentarismo en las calles, en las plazas y en las plazuelas.

Los albañiles, olvidándose del yeso que se endurece en la artesa, han bajado de los andamios, y reunidos en numerosos grupos, oyen con atencion el discurso y los comentarios de boca del capatáz ó del maestro de la obra, y la discusion se enreda y se hace preciso ir marchando y discutiendo á remojar la palabra en la mas inmediata taberna.

Sobre el banco del carpintero, y del herrador, y del herrero, se reproduce la misma escena, y

desde que los ciegos salieron de la Imprenta Nacional, vendiendo el papelito, hasta que el papel ha sido leido y comentado por todos, no se vuelve á oir en la calle un solo martillazo, ni un grito, ni nada, en fin, que pueda profanar la santidad de la fiesta.

El carbonero, echado de bruces sobre el negro mostrador de su negra mercancía, deletrea el discurso, con grande asombro del zapatero remendon, de la lavandera, del escarolero y de otros varios aficionados que se reunen á oirle, sin que haya uno solo que logre entenderle; pero tienen fé en que aquello que oyen es bueno, y como buenos creyentes cumplen con oirlo.

Tampoco faltan al cumplimiento de este deber los aguadores. ¡Ni cómo era posible que faltaran, cuando los asturianos han sido de los primeros españoles que han sabido leer! ¡Hay nadie que ignore que los descendientes del Rey Pelayo son la gente mas dada *á tirar por la pluma* y la lectura y la suma de cuantos lectores y escribidores encierra España! Y sin embargo, (no podemos dejar de hacer este paréntesis) si la lectura y la escritura no hubiesen salido de las montañas de Asturias, menos fueran los libros prohibidos en nombre de la moral y del órden público, y menores tambien los sustos que la libertad de imprenta ocasiona á los que quieren la imprenta libre, verdaderamente libre.

Pero abandonemos esa digresion que nos llevaria derechos á una estadística desconsoladora, y oigamos cómo discuten sentados sobre sus amadas cubas, los Favilas parlamentarios.

El amor de los astures á la lectura, se distingue del de los demás jornaleros y artesanos, en que estos pagan con gusto el importe del papelito nuevo, y aquellos, despues de rascarse y sonreirse, encogiendo el cuerpo como si temieran que el dinero se saliese por sí solo del bolsillo, aguardan á que el tendero haya leido el discurso para pedir que se les deje prestado, y llevarle á la fuente y leerle á sus compañeros.

El encargado de este negocio se apoya de bruces sobre una cuba, y pasando el dedo por encima del impreso, va deletreando palabra por palabra el documento parlamentario.

Ninguno de los oyentes osa interrumpirle, y para penetrarse bien de lo que escuchan, además de las orejas y de los ojos, que los tienen abiertos de par en par, abren la boca, y apenas pueden cerrarla cuando, seco el gaznate, oyen el *Dios sobre todo*, con que, á imitacion del *juicio del año* en los calendarios, suelen terminar los discursos de la corona.

El primero que rompe á hablar no sabe que decir de lo que ha oido, porque, aunque letra por letra lo ha oido todo, no ha comprendido nada, y se contenta con exclamar:

—¡Mi alma, que está guapu el papelucu!

—¡Está mejor notadu que la *Gaceta*! dice otro de los aguadores.

—¡Mira que gracia! replica un nuevo interlocutor. ¡Pues si este papelon no valiera mas que la *Gaceta* habíamos echadu buen año de faves!.... Este papel vale mas que todus los papeles del mundu, porque le escribió la misma Reina en persona.

—¿Escribíolu la reina? pregunta asombrado el primero de los aguadores..... Estonces trae para acá un rato veré el caraiter de letra que tiene S. M.

Y pasando de mano en mano el impreso, todos convienen en que la Reina tiene una letra clara y hermosa, que parece de molde; hasta que el farruco que habia leido el discurso, les dice riendo:

—No seais bárbarus, esa no es la letra de la Reina.

—Pues luegu, ¿quién escribiólu?

—El ministru, peru se lu notó la Reina.

—¿Y traeránnos algun rebullicio estos diputados? pregunta uno de los aguadores que habia callado hasta entonces.

—¡Traerán un demoniu! grita el lector del discurso. ¡Pues luegu tú no hiciste razon de lo que dice el papel!

—Sí que me hice; peru tengu oidu fablar muchu de paz y de riqueza des que mandan los

constitucioneirus y cada dia estamus mas arrematadus y mas pobres. Ello si, música, y jaranas, y diversiones, lleve el diablu si no tienen hasta fartarle á uno los oidus de himnus de Riegu y de muñeiras patrióticas, peru siempre andamus de rebullicios y de trastornus.

—Domingu..... Domingu..... grita un viejo aguador dirigiéndose al preopinante.

—Qué, ¿no es verdad lo que digu?

—Sí; pero calla, porque si te oyen los alguaciles has de dar que sentir á tus rapaces.

—¿Pues no dicen que hay libertad y que somos libres?

—Dicen..... dicen..... si á decir vamus, tambien yo digu que ha de tocarme la lotería y no me toca nunca. Estu de las libertades tengu yo para mí que es á modu del juegu de la lotería, que á ellos tócales siempre y á los que jugamos no nos sale nunca cosa de provechu..... Y luego, nosotros malditu si ganamus nada con esta libertad, porque tan aguadores somos hoy como en tiempo de mi abuela, y aunque ese zapateru de la esquina, que es hombre de chispa y que habla como un libru, dice que todos somus iguales, es lo ciertu que á tí y á mí nos hacen andar por medio de la calle como si fuéramos unos burrus, y nos llevan á palos los polizontes á echar agua cuando tocan á fuegu.

Y por el estilo de lo que dejamos narrado si-

guen los astures parlamentando y discutiendo mientras sigue la discusion y el parlamentarismo en los cafés, en las fondas, en las tabernas, en las calles y en las plazas, sin que en ninguno de esos círculos discutidores haya sido fácil conocer el motivo de la discusion; tal andan de estraviados los comentarios y las conjeturas que se hacen sobre el discurso de la corona.

Pero no queremos resfriar el entusiasmo de los verdaderos creyentes analizando esas discusiones, y les dejamos saborear á sus anchas el trozo de felicidad que acaban de engullirse, y que puede considerarse como las *bienaventuranzas* del catecismo parlamentario.

Se les ha dicho: que el órden público, primera necesidad de los pueblos, está *casi* asegurado; que se *olviden* los antigues disturbios y *desaparecerán* las pasadas disensiones; que se *piensa* en establecer una política de olvido, de tolerancia y de libertad; que se *prepara* un plan de enseñanza general; que se *procura* el aumento de las rentas; que se *harán*, al abrigo de la paz, grandes economías en el presupuesto de gastos; que se *presentará* la manera de nivelarlos con los ingresos; que se *acortará* la distancia que nos separa de las posesiones de Ultramar; que se *hará* el arreglo y aun la extincion de la deuda pública, etc., etc.

Y por último, despues de conjugar en futuro, todos los verbos de la familia de las promesas y

de las esperanzas, se echa el *Dios sobre todo*, diciendo: Que para tan grande objeto cuenta el monarca con la sabiduría y el patriotismo, de que tan señalados ejemplos han dado siempre las Córtes, y *sobre todo*, con los auxilios de la divina Providencia, que de tantos conflictos y calamidades ha sacado á España.

No puede quedar en mejores manos el negocio, y aquí damos por terminado el cuadro.

CUADRO VEINTE Y DOS

La escuela de las costumbres.

Si el teatro es la escuela de las costumbres, para saber cuales son estas, no hay nada mejor que examinar las costumbres del teatro.

En la primera parte de esta obra le teniamos tan obediente á la autoridad, tan humilde, tan honesto y tan morijerado, que por mucho queha-ya sacado los pies de las alforjas, como dice el vulgo, y aunque haya quitado aquel tablon que cubria los pies de las bailarinas, aun nos parece que hemos de hallarle algunas de las virtudes de antaño.

Verdad es que ahora madruga poco y trasnocha mucho; no tiene autoridad que le presida, ni honestidad que peque de exagerada, ni humildad conocida, ni siquiera sayas que cubran las

piernas de las bailarinas; pero todo esto no importa nada para lo que hemos de decir en este capítulo.

El teatro es la escuela de las costumbres, y si estas han cambiado, claro está que el maestro no podia quedar rezagado. Marchaba con el siglo, y este y no él es el que ha cambiado.

Por de pronto, y tratándose de una época de tanta ilustracion, no podia consentirse que la escuela de las costumbres estuviera establecida en un *Corral* y cambiamos, no el corral, sino el nombre; le llamamos coliseo y teatro. *El degolladero, la cazuela* y *el patio* parecian nombres mas propios de una plaza de toros ó de un matadero que de un teatro y se trocaron por los de *paraiso, anfiteatro* y *platea.* Tambien se creyó que las gentes tenian juicio de sobra, para andar todas juntas, y sin miedo á los á *desórdenes*, que segun los antiguos alcaldes de Casa y Córte, *facilita la obscuridad en concurso de ambos sexos*, se mezclaron estos, haciendo neutras y comunes de dos las antiguas localidades masculina y femenina. Con esto y con las luces de gas, que no dejan rincones obscuros, y mucho terciopelo en los asientos y mucho oro en las paredes, y musas y genios y nubes en el techo, los corrales han quedado convertidos en unos verdaderos templos de la inmortalidad.

Pero las reformas hechas en el local de las es-

cuelas no habrian sido suficientes para mejorar la enseñanza de las costumbres, sino hubiésemos pensado tambien en reformar los profesores. Era una inhumanidad, risible de puro salvaje, el negar sepultura sagrada á los que, representando autos sacramentales, habian contribuido á encaminar á muchas gentes por la senda de la virtud, y desde luego dijimos, que se pusieran los campo-santos á disposicion de los cómicos. Nos pareció asimismo poco respetuoso y poco digno el tratar tú por tú á nuestros maestros, y usando ellos la mitad de su vida el tratamiento de alteza y aun el de majestad, en los papeles de príncipes y emperadores, no quisimos regatearles la dignidad y les dimos *don* y aun les dejamos usar *señoría*. Y una vez cambiado el mote, con que antiguamente se los conocía á todos, por el don y el señorío, creimos y creimos bien, y ójala lo creyéramos con mas fé, que era preciso sacarlos de otras clases de gente de las que antes surtian el teatro, y educarlos de otro modo tambien. Aun suele el vulgo llamarlos *histriones* y *cómicos* y *comediantes*, pero ellos no contestan, y hacen bien, sino cuando los apellidan *actores*. Y así como hubo un tiempo en que tenian su arte como un oficio de mera imitacion, mientras estaba abierta la *escuela del toreo*, ahora que se ha cerrado la universidad de los toreros y que estos viven de la rutina y del empirismo, los que

se dedican al teatro tienen sus cátedras de declamacion, sus escuelas de canto y sus academias de baile.

¡Figúrate, lector, si con unas escuelas tan bonitas y unos maestros tan bien educados, habrán mejorado las costumbres!

Dicen que entre amigos con verlo basta; pues vamos á verlo.

Aunque podríamos asistir á la funcion desde un palco, porque tenemos varias amigas que nos han invitado á ello, no queremos hacerlo porque deseamos ser expectadores y eso seria darnos en expectáculo.

Al que tiene abonado cada tercer dia la marquesa de las Batallas, no podemos ir porque incomodaríamos á los demás y no estaríamos cómodos nosotros. Le llaman el palco de ánimas porque allí se asoman las de todos los amigos, y unos á otros se quitan la vista del escenario.

La duquesa del Desfiladero ha estrenado un traje de tanto lujo y la modista le ha robado tanta tela en el escote, que allí se van á fijar las miradas del público y estaremos en berlina.

En el palco de la condesa de la Emboscada, no podemos entrar hasta que ella vaya y como irá muy vestida no llegará hasta la mitad de la funcion, y esto no nos conviene.

Ultimamente, la baronesa de la Trinchera tambien nos ha invitado á ir al teatro, pero co-

mo ella se asoma tres minutos, para ver como se han vestido las demás mujeres y que éstas vean como ella lo ha hecho, y luego se retira á jugar al tresillo en el interior del palco, no veremos la funcion.

Lo mismo que nos sucede con la aristocracia militar, que es la gran aristocracia en estos tiempos de libertad civil, nos pasa con los exíguos restos de la aristocracia antigua, y con la del dinero ó de la alta banca; y por no oir hablar en estos palcos de tres por ciento y de contratas y de caminos de hierro, en aquellos de grados, de empleos y de votaciones parlamentarias, en los del medio de etiqueta y de ceremonias palaciegas, y en todos ellos de modas y de política, nos vamos á sentar en una butaca. Si el expectador que tenemos á la derecha nos habla, cortamos su conversacion; y si el de la izquierda nos pregunta no le contestamos. Nosotros somos de aquella gente que iba al café á tomar café, á la iglesia á oir misa y al teatro á ver la comedia. Para hablar al paseo ó á la calle, y mejor aun en casa y á puerta cerrada.

La funcion que hemos escogido es variada. El cartel la anuncia en los términos siguientes:

1.º Gran sinfonía del *Romanticismo* á toda orquesta y con melodías clásicas.

2.º El drama nuevo en dos actos, original y en

verso titulado: *Un charco de sangre ó la venganza de una madre.*

3.° La zarzuela nueva en un acto *arreglada del francés*, con el título de: ¡*Murió de amor el Serafin del valle*!

4.° La comedia nueva en un acto, *tomada del francés*, con el título de: *La mujer en malos pasos y el marido en pasos peores.*

5.° 120.ª representacion del estrepitosamente aplaudido paso de baile filosófico *sacado del francés* y titulado: ¡*Por andar en malos pasos*!...

6.° y último. El juguete cómico, *imitado del francés*, con el título de: ¡*Pobre marido*!

Al alzarse el telon aparece una magnífica decoracion de campo, en la que se ven multitud de árboles, flores, cascadas y arroyos. Una luna dulcísima alumbra la escena, los pájaros cantan en la enramada y aun parece que se perciben gratísimos aromas. Si aquella no es la copia del Paraiso cerca le anda. Bien hace el apuesto galan, que tiene entre sus manos la de una hermosa dama, en sellar con un beso el juramento de amor eterno que pronuncian sus labios y bien hace ella en poner por testigos de su fidelidad, no sus años, aunque parece de mayor edad, sino las auras que besan su frente, las aves que arrullan sus palabras y el sol que ilumina el cuadro. El público envidia la situacion de aquellos felicísimos amantes, aplaude con entusiasmo los

versos en que se pintan su amor y pide que se repita y se repite una y otra vez la escena.

¡Qué cuadro mas interesante, ni mas tierno, ni de mejor enseñanza, ni mayor edificacion que el del amor en medio de un paraiso de amores! Lástima dá que aquellos bienaventurados mortales interrumpan su coloquio amoroso y vuelvan la cabeza asustados al oir el rumor de unas ramas, tras de las que aparece un hombre, que asomando á la escena á una jóven que trae de la mano, la dice:

¡Míralos!... ¡Ellos son!... ¡Malditos sean!

El público se indigna al ver aquella pareja que viene á interrumpir la purísima felicidad de los dos amantes, los cuales con acento de desesperacion y cogiéndose de las manos, exclaman:

Ella. ¡Mi esposo!... ¡maldicion!... ¡Cielos!... ¡mi hija!
El. ¡Mi mujer y su padre!... ¡abrete, infierno!

Cae el telon, vuelve á sonar la música, cúbrense los hombres la cabeza y empieza el entreacto.

Antiguamente, cuando el teatro estaba mal alumbrado por unas cuantas luces de aceite, no se hacia otra cosa durante el entreacto, sino respirar con trabajo los gases de la aceituna, be-

ber un vaso de *aloja*, vendido por gentes que habian hecho su correspondiente informacion de *buena vida y costumbres*, y comentar con respeto las escenas que acababan de representarse; todo con la misma separacion de sexos que habia existido durante la representacion.

Los entreactos de hoy son otra cosa muy distinta.

En las localidades baratas, que ahora que hemos suprimido la infamia se llaman asientos de *ignominia*, como las gentes han tenido la lengua pegada al paladar, la boca abierta y los ojos fijos en la escena, hacen bastante con volver en sí, y recordar lo que han visto, procurando retener en la memoria algunos de los versos que han escuchado. Los demás expectadores son los que aprovechan el entreacto.

Entran y salen en los palcos y en el salon de descanso, á descansar de no haberse cansado, calificando, magistralmente, de buena ó de mala la obra y á su autor de estúpido ó de sabio y á los actores de inimitables ó de detestables. Si el drama gusta, no falta quien haga coro á los que le elogian, para decir que es lo mejor que se ha escrito en francés; con lo cual todos dicen que—ya les parecia que era demasiado bueno para ser original—y nadie se cuida de averiguar de qué obra extranjera ha sido tomado, sino que todos acogen gustosos la calumnia. Se critica el

plan, las situaciones y los versos, pero nada se dice del fondo de la obra, nada de su argumento ni de su fin moral. En este punto son los expectadores verdaderos niños de escuela, que toman sin replicar lo que les dá el maestro, el cual dice á su vez que dá lo que mas les gusta á los chicos; y ¡vaya vd. á averiguar quien de los dos tiene razon!

Pero las conversaciones, que giran sobre el acto que se acaba de representar, duran en algunos círculos poco y en otros nada. El entreacto se invierte en *hacer política* y *en hacer atmósfera* para la política del siguiente dia; porque los teatros son grandes propagandistas de toda clase de rumores. En los casinos, en los cafés, en la bolsa y hasta en la misma presidencia del consejo de ministros, se ha de preguntar—¿qué se dijo anoche en el teatro?—y es preciso oir hablar y aun inventar alguna cosa, para que no se diga que en el teatro no se dijo nada.

Con gran sentimiento de las gentes de la *ignominia*, los de las butacas no abandonan los palcos, ni vuelven á sus asientos hasta que han pasado dos ó tres escenas del acto, y entran con ruido, no para interrumpir á los actores, sino para que á ellos los vean entrar.

En la escena el paraiso ha desaparecido y en su lugar se ve un salon de baile. La luna se ha trocado en una luz vivísima de bujías esteári-

cas, los arroyos en riquísimas alfombras, los árboles en columnas de pórfido, las flores en colgaduras de terciopelo y oro y los dos amantes en una legion de enmascarados. Damas vestidas con gran lujo, pero con el rostro cubierto, cruzan la escena, y en los salones, que se ven en el fondo, se oye una armoniosa orquesta y el rumor de gente que baila.

De repente empiezan á desaparecer las máscaras, la música vá sonando lejos, como si los salones se fueran retirando á dormir, y del fondo del escenario se destaca un dominó negro, que avanza lentamente hasta encontrarse con otro azul, que ha estado oculto detrás de una de las columnas. Pasea el primero la escena, como quien registra la casa, y con aire de cazador que escucha para ver donde está la fiera, y cogiendo violentamente del brazo al dominó azul, le arrodilla con violencia, saca un puñal, se le hunde en el seno y quitándose el antifaz exclama con sardónica sonrisa, á tiempo que se escucha el doblar de una campana entre bastidores:

¡Oyes ese lamento agonizante,
Voz sepulcral de fúnebre agonía,
Es la iglesia que dobla por tu amante
Y yo le hice matar, sábelo impía!

El dominó azul se incorpora con trabajo, sin apartar la mano izquierda del sitio de la herida,

y arrancándose con la derecha la máscara, cae al suelo gritando:

¡Es mi padre! ¡qué horror!.... ¡yo le maldigo!

Oyese á ese tiempo una estrepitosa carcajada en el fondo de la escena, y aparece la dama del primer acto cubierta con un dominó azul y con la careta en la mano; el padre se arroja sobre el cadáver de la hija, cae el telon, empieza la música y aplauden los espectadores pidiendo á gritos—¡*el autor*!

Sale uno de los actores á decir quien es el autor del drama que han tenido el honor de representar, y el público, sin escuchar el nombre, pide que salga para conocerlo si es nuevo en la plaza, ó simplemente para hacerlo salir, si ya le conoce.

El autor no permite que se impaciente el público, y sale y saca consigo á la madre que hizo asesinar á su hija, al padre que la asesinó, á la jóven asesinada y al yerno por quien doblaban en la parroquia. Hay coronas para el verdugo y para las víctimas, y el *Charco de sangre* se convierte en una espuerta de flores.

La zarzuela no es del género triste; empieza por el contrario con un retozo general de todos los actores; aldeanos sencillísimos que van á la feria del pueblo inmediato, mas alegres que las castañuelas que llevan en las manos, y con un gozo tan inocente y tan pastoril, que no parece

sino que aquella aldea pertenece á un nuevo mundo, en el cual no ha querido Dios plantar el árbol del bien y del mal. Retozan con tal sencillez y tienen unas conversaciones tan inocentes y tan cándidas, que todos parecen unos camuesos incapaces de probar nunca la manzana prohibida.

De repente y cuando se cree que tienen mas prisa por llegar á la feria, la orquesta dá dos ó tres golpes, y uno de los aldeanos, paseando misteriosamente la escena con el dedo índice en la boca, reune en torno de sí á todos sus compañeros de ambos sexos y les dice:

—¿Sabeis lo que se cuenta de Feliciana, de aquella orgullosa pastora que no queria que ninguno de nosotros la echásemos coplas, ni la rondásemos la casa, porque decia que todos éramos unos bárbaros?

—No, no lo sabemos, contestan á una voz todos.

—¿Pero, os acordais, que se escapó con aquel militar que estuvo alojado en el pueblo y se fué á Madrid y no ha escrito á nadie nunca?

—Sí.

—Pues estadme atentos, porque aquí en secreto y sin que nadie nos oiga, os voy á decir lo que se cuenta en el lugar.

Los aldeanos se acercan, alargan la cabeza para que no se les escape nada de lo que van á

oir en secreto, y el chismoso se adelanta hácia el público y volviendo la espalda á su verdadero auditorio, acompañado de la orquesta, canta en voz alta lo siguiente:

Sabeis amigos
que Feliciana,
una mañana
despareció;
pues en silencio
os juro á fé,
que yo os diré
lo que pasó.
CORO. El nos dirá
lo que pasó, lo que pasó..... oooó
ALDEANO. Silencio.
CORO. Silencio.
ALDEANO. Silencio, atencion.....
CORO. Silencio... atencion... ooon.

El aldeano alza la voz cuanto puede, aun á riesgo de desafinar cuanto sea posible, y dice:

En la córte
las princesas,
las duquesas
y otras mas;
con Feliciana
iban en coche,
á troche y moche
á pasear.
CORO. A troche y moche
á pasear... á pasear... á pasear, ar, ar.

ALDEANO. Pero es el caso
que Feliciana,
de una terciana
ó qué sé yo;
cayó malita
y aquí la echaron,
la abandonaron
y aqui llegó.

CORO. La abandonaron
y aqui llegó... y aqui llegó... oooó.

A ese tiempo asoma por la cima de una montaña, que se vé en el fondo, una jóven pálida, ojerosa, con el cabello destrenzado y vestida con una túnica blanca, y el aldeano grita:

Vedla, allí viene
con paso lento,
¡qué macilento
su rostro está!

CORO. Que macilento
su rostro está... su rostro está... aaaa.

ALDEANO. Busca las flores
qué siendo niña,
en la campiña
se puso á oler.

CORO. En la campiña
se puso á oler... se puso á oler... er, er, er.

Cesa la orquesta, óyese un solo de arpa, ábrense en dos filas los aldeanos, con rigorosa division de sexos, y alzan todos los ojos y las manos al cielo, como en señal de una gran des-

gracia, mientras la jóven, tosiendo á compás del arpa y como si á cada paso fuera á rendir el alma, avanza lentamente hasta el agujero del apuntador; y en vez de sacar un grano de goma ó una pastilla de malvavisco. arranca una hoja de un árbol, la besa, alza los ojos al cielo, (cuyo movimiento de cabeza la produce un fuerte golpe de tos, que con las armonías del arpa y los gestos de los coristas produce un efecto desgarrador) y desfallece y cae en los brazos de las aldeanas, que corren á sostenerla y la sostienen; mientras ella suspirando, tosiendo y agonizando, suelta la siguiente copla: .

¡Ay que no sabe el mundo
lo que se pesca,
cuando deja en el campo
á las doncellas!
Lirio del valle
es la mujer, y el hombre
viene á secarle.

Zagalas, yo me muero,
estoy muy mala,
la fiebre me devora,
la tos me mata.
A...Di...os... a...mi...gos...
per...don... per...don... á to...dos...
per..don... os... pi...do...

Feliciana cierra los ojos, muere, y caen de rodillas todos los aldeanos, mientras el arpa larga sus últimas notas, que mueren ahogadas por el

redoble de un tambor, y aparece en la escena un capitan mandando ocho hombres y una cantinera. El capitan es el militar con quien se escapó Feliciana, y la cantinera es una de las duquesas de Madrid, que por seguir al capitan ha adoptado el disfraz de cantinera. Ambos reconocen el cadáver, que las aldeanas están cubriendo de flores, sin haber visto llegar la tropa, y cuando se aperciben de ello dan cada una un grito, los soldados se apoderan de ellas, visten con sus uniformes á los novios, que son unos corderos, y les dejan patrullando, por si viene el general, que anda por aquellos contornos y cae el telon.

La comedia, como su título lo indica, se reduce á un marido malo, á una mujer perversa y á un amigo malísimo.

No nos detenemos á explicar cómo los segundos engañan al primero, y cómo éste, despues que ha sabido que le han engañado, vuelve á quedar tan contento, porque el argumento es demasiado conocido y los personajes están siempre de guardia en el moderno teatro español. Un amigo falso, una mujer infiel, un marido tonto, y una coleccion de gentes que amparan á los primeros y se rien del segundo, apenas hay comedia que no los tenga.

El lector los conoce mejor que nosotros, y habrá visto aplaudir esas obras con verdadero entusiasmo, no por el fondo de ellas, que eso im-

porta poco, sino por los chistes en que abundan. No se puede hacer reir al público sin hacer llorar á la moral pública; pero como esta dama se ha empeñado en no asistir al teatro, llora en su casa y los autores no han podido ver esas lágrimas.

Lo que verdaderamente aflige es un baile serio.

Figúrate, lector, una jóven modesta y hermosísima, con las piernas al aire, el pecho descubierto, los hombros y los brazos desnudos y un tonelete tan hueco y tan apartado del cuerpo, que mas que una prenda del traje parece un salvavidas para arrojarse al mar; figúratela, digo, saliendo de entre bastidores, cabizbaja y pensativa, con los brazos cruzados y marcando el paso, con un compás tan lento y tan dolorido, que parece que vá á caer exánime sobre la escena. Mírala como de repente llega al medio del escenario, y alzando los ojos al cielo, y apretándose el corazon con ambas manos, eleva su cuerpo sobre la punta del pie derecho, y estendiendo la pierna izquierda, hasta poner el pié un metro mas alto que la cabeza, baja ésta hácia el suelo, tiende los brazos como si fuera á volar y empieza á dar brincos y saltos, cogiendo puñados de aire y llevándolos al corazon, que parece estarle saltando de pena. Obsérvala cuando lleva una mano hácia la oreja y en ademan del que escucha, se mantiene cuatro minutos sobre la uña de uno de los dedos del pié

izquierdo, y abre sus ojos espantada como si hubiera oido un rumor siniestro; y si todo esto no te aflige, ni la situacion de esa mujer te hace verter lágrimas, diré que tienes un corazon como el del público, que aplaude en esos momentos de supremo dolor, y pide que se repitan aquellos retortijones de piernas y de brazos, que tan bien expresan los retortijones del amor, de los celos, del miedo y de la ira.

Figúrate que del fondo de la escena sale un hombre, no mas vestido que la jóven, aunque con su tonelete menos voladizo, y corre hácia ella, explicándole con sus ademanes todo el amor que le inspira, y ella huye y le indica que se tirará al mar si dá un paso mas, y él le pregunta, tambien por señas—¿por qué?—y ella le impone silencio, indicándole que se lo vá á contar al momento; y recorre la escena, con los brazos estendidos y de puntillas, para ver si están solos y rompe por fin á hablar con pies y con manos, hasta que cae rendida y desmayada en los brazos del galan que la contempla, y la dá un beso y la deja tendida en un banco de piedra. Y tras de esto alza los ojos al cielo para expresar su alegría, y echa las piernas al aire y dá cien saltos y cien brincos, mientras poco á poco vá despertando la jóven y se horroriza de encontrarse allí sola, y se pasa la mano por la frente como para recordar lo que le ha sucedido. Entonces, él, bai-

lando y sin que ella le vea, llega por detrás del banco, la dá un beso en la frente y entablan un diálogo de brazos animadísimo, del cual resulta que quedan perdidos de amor, y que se lo cuentan al público, en un paso á dos, que no hay mas que pedir.

El público, que no vierte lágrimas á la vista de aquellos dolores secos y mudos, cubre de flores y palomas la escena, arroja coronas de laurel á los pies de la bailarina, y ésta sale una vez y otra á dar gracias sonriendo y como si estuviera loca de alegría. Entre bastidores la tienen preparada una cama, en la cual se tiende apretándose de veras el corazon que se le sale del pecho, mientras el público sigue aplaudiendo y ella quita la mano del corazon y vuelve á sonreir y hasta vuelve á repetir el baile para volverse á revolcar en la cama. Pero esto no lo vé el público, esto lo ven las madres ó los maridos de las bailarinas, los mismos que para que aprendan y puedan ejecutar un paso nuevo, las estiran las piernas y las descoyuntan los brazos, y luego, para que les pase el susto, las ofrecen un vaso de agua de azahar.

Lo que el público vé despues del baile es el juguete cómico, cuyo protagonista si no es un marido tonto, es un novio simple y una novia que para ir á la iglesia se empeña en que la ha de dar el brazo su antiguo amante ó cosa por el

estilo; lo cual encuentran muy natural los suegros y los demás amigos de la casa, y al público le hace reir sobremanera, porque, como hemos dicho antes, *abunda en chistes* y esta sociedad es muy chistosa.

He aquí, lector, las costumbres del teatro. Los que á todas horas te dicen que el teatro es la escuela de las costumbres, te dirán si esas son las costumbres de la sociedad.

Nosotros no podemos decir nada mas, porque nos hemos estendido demasiado. Ni siquiera tenemos espacio para hablar de los *alabarderos*, que han reemplazado á los antiguos *mosqueteros*, ni de si á esos aplaudidores de oficio, HOY mejor organizados que AYER, se debe el buen ó mal éxito de algunas obras dramáticas.

Somos creyentes sínceros del sufragio universal; profesamos con toda fé el sistema de las mayorías, y no creemos que estas puedan ser nunca ficticias.

¡A dónde iriamos á parar si diéramos entrada á la duda en estas materias!

CUADRO VEINTE Y TRES.

El padre de su madre.

De cuantas dispensas matrimoniales se solicitan de la córte de Roma, por razones de parentesco entre los contrayentes, ninguna nos parece de tanta importancia, ni tan indispensable, como una que no tenemos noticia se haya demandado jamás.

Seguramente que no habrá autorizado nunca la curia romana un matrimonio, del cual resulte, que el marido venga á convertirse en padre de la que le dió el ser, y por consecuencia precisa en abuelo de sus propios hermanos.

Y esto sin embargo es un hecho. Y no un hecho de HOY ni de AYER sino de antes de ayer ó de mucho, de muchísimo antes.

Esa paternidad á posteriori, que tan intrincada y tan difícil parece, no es sin embargo un juego de prendas, sino la prenda del juego electoral.

El ciudadano, que obediente á los preceptos de su madre Patria, deposita su papeleta en la urna, se halla, sin saber cómo ni cuándo, con la agradable nueva de que sus propios hermanos la han casado con el voto nacional. Y cuando vá á tomar posesion del lecho electoral, cuando se dispone á echar sobre sus hombres la suavísima cruz del matrimonio parlamentario, se encuentra con que tiene una hija mayor de edad, y con que su madre ha desaparecido.

Sus hermanos le llaman abuelo y le proclaman á voz en grito *Padre de la Patria*, esto es, padre de su propia madre.

Con lo cual queda probado que la patria era inclusera hasta que se inventó el parlamentarismo, y que está huerfana cuando no mandan los parlamentarios.

Los realistas aducirán cuantos derechos se les antoje para probarnos su parentesco con la *Patria* á quien, en su calvario político, crucifican entre el *Rey* y la *Ley*, pero no nos convencerán de su paternidad ínterin no presenten entre sus hombres políticos el hombre diputado.

En el AYER de esta historia de la sociedad española, habrá visto el lector los diputados de las

órdenes religiosas, elegidos poco mas ó menos que los diputados á Córtes; y aun si hubiéramos tomado las cosas de mas lejos habria hecho amistad con los diputados de las antiguas Córtes de Castilla. ¡Pero qué tienen que ver los unos ni los otros, con estos verdaderos padres de la patria, con estos soberanos *in partibus* (y no lo digo á mal decir) por quienes he puesto el caballete y á cuyas hazañas destino el lienzo del presente cuadro!

Quítense allá los *discretos* de los conventos y no osen entrar en comparacion con nuestros diputados á Córtes. Apártense los ricos homes, los perlados, los fijosdalgo, los percuradores y los personeros de las antiguas Córtes españolas, y no vengan á reclamar derechos de antigüedad sobre los modernos parlamentarios, de nuestra modernísima representacion nacional.

El diputado de HOY es una planta recien importada del extranjero; la estamos aclimatando ó queriéndola aclimatar, que acaso no sea lo mismo, y de ella sola nos cumple ocuparnos en el presente artículo, y en los dos que ponemos á continuacion.

Ya la vieron los lectores brotar de las urnas electorales, y queremos que la acompañen al exámen botánico de la comision de actas, para que luego admiren la lozanía con que se desarrolla y crece en el invernáculo parlamentario.

No esperen, sin embargo, y esta noticia queremos dársela por anticipada, que á todas las especies de esa familia botánica les sea igualmente provechoso el calor parlamentario de la estufa. No todos los diputados echan flor, ni todas las flores abren sus pétalos oratorios con desembarazo; ni todas, sino muy pocas, tienen fragancia. Hay muchas, muchísimas, el noventa por ciento, y peco de largo, que encogen su capullo, arrugan las cejas, y mas modestas que la recatada sensitiva, solo abren el caliz oratorio para pronunciar algun monosílabo.

El aire de las prerogativas de la corona, les suele ocasionar una muerte instantánea, y cuando en medio de una legislatura se abre la ventana que mira al trono, y entra el aire de la disolucion, todos los capullos se cierran y quedan las plantas parlamentarias perfectamente secas.

El talento del diputado consiste entonces en acudir al abono que le dió el ser y procurar dar nuevas flores en la próxima legislatura.

Pero no estamos ahora en tan lastimoso momento, y el aire de la prerogativa real nos es por el contrario provechoso y hasta indispensable.

Sin la convocatoria á Córtes no habriamos podido elegir los diputados.

Ya los tenemos y como son muchos y de distintas especies, nos vemos obligados á clasificarlos y á dividirlos en grupos.

Haremos pocos para que estos cuadros no nos resulten largos.

Nos contentaremos con dividirlos en *monosílabos* y *en silabarios.*

Empezando por los primeros, no tanto por el método, cuanto por irnos acostumbrando al ruido parlamentario, cosa no tan facil como á primera vista parece.

CUADRO VEINTE Y CUATRO.

EL DIPUTADO MONOSILABO.

BRAS. ¡Oh! que casta tan aguda,
¡la res muda,
sentir el mal de su dueño!
BENITO. Mi ganado, en verme el ceño
se demuda,
como persona sesuda.

(*Juan de la Encina*).

PUEDE pasar de los seis pies y no llegar á los cinco y aun exceder pocas líneas de los cuatro; ser gordo como una encina, ó enjuto como una hebra de seda, y tener cien años de edad, con tal que pruebe haber cumplido las primeras veinte y cinco navidades. Del resto de las prendas personales no hablemos, porque ni mas ni menos

que se le dispensa la talla, se le dispensa la hermosura, y queda por lo tanto, en libertad de ser alto ó bajo, flaco ó gordo, hermoso ó feo, y aun hasta tonto ó sabio; que de estas prendas morales solo cumplió juzgar á los que le votaron.

Trae patente limpia, aunque el acta se haya ensuciado con alguna protesta ó cosa semejante, la acompaña de la fé de bautismo y de los recibos de la contribucion y no necesita mas para ser diputado.

Remite esos documentos al Congreso, y en esto conviene notar que el diputado *monosílabo* peca siempre de adelantado, y pide á Dios en sus cortas oraciones, que le conserve la salud, siquiera hasta el dia de la apertura del parlamento.

Dia que á él se le antoja que no está en el calendario del tiempo y que, sin embargo, llega y pasa, ni mas ni menos que los demás dias del año.

A moderar su impaciencia y á entretener sus ansias, vienen las felicitaciones de los amigos, á quienes saluda con toda la gravedad de un senador romano, y se calza el coturno para recibir á sus electores; que al verle tan osco y tan serio, llegan á dudar de que aquel diputado sea el mismo que conocieron cuando era candidato.

Pero tiempos que pasan, memorias borran, condiciones cambian, y hombres mudan.

El que ayer podia ocuparse de ser padre de

familias, y esposo y hasta ciudadano y pertenecia á sus amigos y muy especialmente á sus electores, hoy ya no pertenece á nadie....apenas se pertenece á sí mismo. Pertenece en cuerpo y en alma á la Patria.

Ha prohijado, en union con sus trescientos cuarenta y ocho compañeros, á esa pobre huérfana, que á voz en grito, desnuda, abandonada y llorosa, le pidió su paternidad y seria un malvado sino lo olvidára todo para consagrarse al cuidado de su hija adoptiva.

¡Ay! hace bien en parodiar al gran poeta Espronceda, diciendo:

¡Para mí los amigos acabaron,
La casa y la familia se acabó,
Los lazos que á la esposa me ligaron
La Patria para siempre desató!

Por supuesto que esa eternidad tiene su limitacion en la prerogativa de las disoluciones, y aun en la terminacion de la legislatura. Aunque este fenómeno de longevidad parlamentaria es tan raro, que tiene la rareza de no haberse dejado ver entre nosotros. Puede el diputado, cuando deja de serlo, hacer uso del *ex*, facultad que ha encarecido considerablemente el precio de las *x*, y puede asimismo volver al seno de sus amigos, si alguno le queda, y entonces ya no le llaman

abuelo, y vuelve á ser hijo de familia, recobrando la maternidad de su ex-hija la Patria.

Pero mientras ejerce el cargo de representante del país, disfruta de varias prerogativas, entre ellas, y es la mas importante de todas, la de ser *inviolable*. Así es que ni su esposa le puede hacer violencia para que la acompañe, ni sus hijos para que les dé un beso, ni sus amigos para que los hable, ni sus electores, en fin, para que los reconozca y los trate.

La inviolabilidad es absoluta, y el diputado *monosílabo* la reclama hasta en el uso de la palabra. Nadie puede violentarle para que diga otra cosa mas que *sí* ó *no*, permitiéndose algunas veces, pero por su propia voluntad, sin perder su inviolable investidura, algun *bravo*, y hasta palabras de tres ó cuatro sílabas, y algunas veces, aunque pocas, exclamaciones y frases de cuatro ó cinco palabras. Habiéndose dado, mas de una vez, el caso de que un diputado *monosílabo* pida la palabra con calor, para pronunciar el siguiente discurso:

Que se pregunte si está el punto suficientemente discutido.

Verdad es que esa peroracion ha solido hacer mal efecto, aunque no por culpa del orador, sino del tiempo que no habia llegado aun para justificar la oportunidad del discurso.

Y ahí tienen vds. el por qué se malogran tan-

tos oradores; por no ponerse de acuerdo con el relój de la oportunidad.

Pero el diputado *monosílabo* cree siempre que va á ser de los primeros *silabarios* del parlamento, y no se le cuece el pan en el cuerpo, como dicen las viejas, hasta que se abren los debates.

El dia de la sesion preparatoria, suponiendo que haya dormido la noche anterior, que es un supuesto arriesgado, madruga y es el primero á entrar en el Congreso.

Trata de elegir asiento, y le busca en todos los bancos.

Empieza por sentarse á la derecha, detrás del banco azul, porque imagina que esa vecindad con el ministerio le ahorrará de pisar las antesalas de las secretarías; pero repara que tiene enfrente la tribuna de los periodistas, y se levanta asustado.

Ensaya los bancos del centro, desde donde piensa tomar el pulso, á la izquierda y á la derecha, antes de tomar asiento inamovible, pero busca la tribuna pública, vé que la tiene á la espalda, y corre á refugiarse en los bancos de la izquierda.

Estremécele la idea de aparecer desde las primeras sesiones, como enemigo del ministerio, y no llega á sentarse en los escaños de la oposicion. Pero no quiere quedarse en el centro, porque eso de tener el público á la espalda, le hor-

ripila. ¡Cómo le han de aplaudir los discursos, que piensa pronunciar, si por mucho que esfuerce la voz desde aquel sitio, se perderán la mayor parte de sus frases! ¡Y la accion! ¡Y el gesto! ¡Y los movimientos oratorios, de que piensa sacar tanto partido en sus peroratas!

Vaya, es indispensable renunciar á sentarse en los bancos del centro, en los de la derecha, y en los del otro lado de la cámara, y resulta que llega la hora de abrirse la sesion, sin que el *monosílabo* haya encontrado asiento de su gusto, ni mas ni menos que Bertoldo cuando elegia un árbol para que le ahorcaran.

Pero es preciso no quedarse en pié, y toma por fin asiento frente á frente de la presidencia, en el momento de entrar en el salon los diputados. No es el nuestro ni el mas cano ni el mas calvo de los que allí se reunen, y no le toca por lo tanto hacer de presidente, hasta el nombramiento del interino, que se verificará en la primera sesion, despues de la regia, que no consume turno.

Allá en sus adentros le ocurre pensar que no habria hecho mal su madre en parirle cuarenta ó cincuenta años antes, con lo cual podría sacar algun partido de su ancianidad, y cuando vé que ocupan las plazas de secretarios del viejo presidente los cuatro diputados mas jóvenes, siente que el embarazo de la que le dió el ser, no hubie-

se durado nueve años en lugar de nueve meses.

Unas veces por cartas de mas y otras por cartas de menos, se pasa sin tener baza en el juego. Quédase quieto en el escaño, sin la presidencia y sin la secretaría. Pero se procede al nombramiento de las comisiones, que han de recibir á SS. MM. y AA. para la ceremonia de la apertura, y aun tiene esperanza de salir agraciado por la suerte. Y su esperanza se vé cumplida, porque los monosílabos están siempre en una inmensa mayoría y tócales figurar y bullir en todas partes.

No hay para que decir si el que no durmió la víspera de la sesion preparatoria, logrará hacerlo la noche antes de la sesion regia, y despues de haber sido nombrado individuo de la comision que ha de cumplimentar al monarca.

Es ya uno de los precisos operarios en la ceremonia y no puede dejar de asistir y aun de asistir temprano.

Sale pues de su casa, no por que sea la hora señalada, sino porque teme que su relój atrase, y no va solo; le acompañan, ó mejor diremos le escoltan, cuatro ó cinco amigos. Esta es la única poligamia que consiente su parlamentario celibatismo. Mientras ejerza el cargo de diputado jamás le verá el lector libre de edecanes. Si pone su elocuencia homeopática á disposicion del ministerio, y logra por este medio dar colocacion á

los primeros acompañantes, tendrá en su lugar otros y otros hasta que deje de ser representante del país.

Despide la escolta al llegar al Congreso, y reunido con sus compañeros de comision sale al vestíbulo á recibir á la familia real, cuidando de colocarse en primer término, para que el monarca y los ministros puedan estudiar su fisonomía, y terminada la ceremonia vuelve á su casa á esperar el dia siguiente, verdadero principio de su vida parlamentaria.

Los jefes de la diferentes fracciones en que se divide la cámara, le tienen todos alistados en sus filas y cada uno de ellos le tiende distinto lazo para pescarle el voto. Pero él es un hombre verdaderamente liberal y profesa con ardor el principio de las mayorías.

Apenas le pasa, ó supone que le ha pasado, el aturdimiento de la sala de conferencias y el *cabildeo* de los pasillos, entra en cuentas consigo mismo, averigua que el ministerio tiene una mayoría inmensa y se hace ministerial.

Semejante arrojo aclara sobremanera su entendimiento, tranquiliza su espíritu y le permite vivir en la revuelta atmósfera de la cámara.

El verdaderó diputado *monosílabo* es el ministerial.

Cuéstale, en las primeras sesiones, mas trabajo que improvisar un discurso el acertar á levan-

tarse para soltar el *sí* y el *no*, sin trocarlos; pero la práctica hace maestros y pronto la adquiere nuestro jóven diputado.

Parecia lo mas sencillo, y el *monosílabo* lo haria de buen grado, el prestar atencion á las discusiones para saber si lo que se votaba era bueno ó malo para el ministerio, pero eso es mas difícil de lo que á primera vista parece. El neófito no conoce el christus de las *conveniencias parlamentarias* y podria suceder, que con la mejor buena fé, cometiese cada dia veinte y cinco monosílabas inconveniencias.

Le es mucho mas fácil clavar la vista en el banco azul y seguir todos los movimientos de los ministros. Bostezar cuando S. E., ponerse en pié si él se levanta, y decir *sí* ó *no*, segun hayan dicho que *no* ó que *sí* los consejeros de la corona.

Esta clase de oratoria parlamentaria, ha sido siempre muy sencilla y lo es mucho mas desde que se descubrieron los caracoles simpáticos.

Cuando el *monosílabo* empieza á familiarizarse con el oficio, cuando ya sabe toser para interrumpir á los oradores de la oposicion y soltar interjecciones irónicas, y aplaudir á los amigos del ministerio, y lanzarles algun *bravo*, que es el refinamiento del oficio, entonces ya no necesita mirar al ministerio sino á los jefes de la mayoría. A los que llevan la batuta en la orquesta; á los que dan el tono para que el *monosílabo* alcan-

ce hasta el ¡oh! y el ¡ah! y el ¡eh! de la sinfonía.

Poco tiempo se necesita para ese aprendizaje y á tales alturas ya puede permitirse el diputado entrar y salir en el salon, acercarse á la mesa de la presidencia, conversar con los ministros y sentarse detrás del orador ministerial para azucararle y servirle el agua á la mitad del discurso.

El verdadero diputado *monosílabo* debe moverse mucho, yendo sin cesar desde su asiento á la mesa de la presidencia, y de esta á la sala de conferencias; entrando y saliendo por todas las puertas del santuario, recostándose alguna vez en la tribuna y remedando en suma las idas y venidas, las vueltas y revueltas de la ardilla, sin temor de los Iriartes que puedan decirle:

Conque algunos diputados
ardillas tambien serán;
si en obras frívolas gastan
el calor electoral.

Procurará que le entren muchas cartas, que le pasen tarjetas, y que le dén recados los porteros; escribiendo allí mismo su correspondencia particular, porque todo esto contribuye á bullir en la sala, dando salida de este modo á la fuerza parlamentaria que de otro modo se escaparía por la boca, lo cual seria faltar á lo tratado.

Si acabada la sesion se reuniese el Congreso en secciones, el *monosílabo* acudirá diligente á la suya, no sin asomar primero las narices á las

otras para presentarse á sus compañeros rico de noticias, acerca del pensamiento que predomina en cada una de ellas.

Siendo el primero en designar á tal ó cual colega influyente y de los de *primo cartello*, para individuo de la comision de presupuestos, ó de caminos de hierro ó de acusacion parlamentaria, ó cosa por el estilo, puede estar seguro de haber andado la mitad del camino, para que algun dia le nombren individuo de la comision encargada de dar su dictámen sobre una pension de gracia ó cualquier otro *mochuelo* por el estilo.

Si á tanto llega su valimiento en la cámara, y reunida la comision le dan á *pelar el ave*, nombrándole secretario, á cuyo cargo suele ir aneja la obligacion de redactar el dictámen, que no se aflija, que no tome el cielo con las manos por tan poca cosa. Sin tanto estirar los brazos tiene mas cerca el remedio. Busque incontinenti, seguro de hallarle, no un memorialista, por que este sobre no sacarle del compromiso, sin el consabido *á V. S. suplico* y el medio pliego de papel sellado, haria demasiado pública la debilidad parlamentaria; lo que le conviene buscar, y lo que encuentra, es un periodista amigo ó un abogado cesante, que en un abrir y cerrar de ojos, cierra con la dificultad y abre un palmo de gozo las orejas del secretario.

Preséntase muy horondo con su dictámen,

dá papeletas para las tribunas el dia en que haya de leerse á las Córtes y.... ¡qué diablos!... hasta puede arriesgarse á pedir la palabra despues que lo hayan hecho algunos de sus compañeros. Si le alcanza el turno, cosa poco menos que inaudita en asuntos de esa naturaleza, y aun hubiese algun compañero que tenga pedida la palabra, sale del paso con pronunciar el siguiente discurso «Señores, renuncio la palabra, de que pensaba haber usado largamente en este debate, para que el Congreso no se prive de oir á mi digno amigo el ilustrado Sr. N.—persona tan competente en la materia que se discute.»

La competencia del amigo, en cuestion de pensiones, suele reducirse á que cobra tambien la suya, puesto que percibe el sueldo de empleado sin poder desempeñar su destino mientras ejerce el cargo de diputado.

Si fuese tal su desgracia, que no hubiese ningun diputado que tuviese pedida la palabra, hará uso de la suya en estos términos.

«Señores, despues de los luminosos discursos pronunciados por mis dignos compañeros de comision, está agotado el terreno de la discusion, y nada podria yo añadir á lo que con tanta elocuencia acaba de oir el Congreso. En obsequio, pues, á la brevedad, renuncio la palabra, permitiéndome rogar al Congreso que se sirva aprobar el dictámen de la comision.»

Estos discursos, como vé el lector, son algo sencillos, y apenas dán ocasion para beber un vaso de agua, pero el *monosílabo* que acierta á pronunciarlos con elegancia y desembarazo, sino llega á ser un Demósthenes, podrá aspirar algun dia á ser tenido por *silabario.*

Y he aquí ya la hora de abandonar al diputado tartamudo para decir algo del hablador. Y no porque la fisiología del primero esté acabada, porque aun no le hemos visto derribando mamparas en las oficinas del Estado, ni vaciando copas en los banquetes políticos, sino porque todo eso vendrá á su tiempo en el transcurso de esta obra. Ya conocerá el lector que en este museo no ha de faltarnos un cuadro de *influencias*, donde salgan á relucir los influidos, los influyentes y los influidores, y nos agravia el que se figure que ha de terminarse la historia del HOY sin que tengamos unas cuantas mesas redondas, donde engullir dos docenas siquiera de pavos trufados, y vaciar unas botellas de patriotismo *frapé á l'argent.*

AYER nos fué preciso andar entrando y saliendo en las casas de los particulares para pintar escenas de familia; HOY, por el contrario, *ya no hay familia;* hemos salido á la escena pública y nadie se acuerda de volver á su casa.

Hemos instalado el gran teatro de la política

y la compañía es inmensa: *tutti siamo artisti.* Todos somos hombres políticos.

Ayer todo era vida privada; hoy todo se ha vuelto vida pública.

Estamos encerrados en un globo de cristal, y la historia, que nos observa, no podrá prescindir de hablar de nuestras comidas, de nuestros viajes, de nuestras ocupaciones en las altas horas de la noche y de todo lo que pasa en los talleres donde fabricamos lo que se llama política; donde resolvemos la cuadratura de la felicidad social.

Que no espere, pues, el lector, vernos como antaño entretenidos en *juegos de prendas*, ni estirando los *trapitos de cristianar*, ni educando á nuestros hijos; para esas operaciones mecánicas, tenemos los teatros, los cambiantes de ropa y los colegios. Nosotros nos ocupamos *en hacer política.*

Y no se crea que este oficio es regalon y descansado; no nos deja tiempo para hacer ninguna otra cosa, á pesar de lo mucho que está por hacer.

CUADRO VEINTE Y CINCO.

Un diputado silabario.

«Y durando el retozar
»volvióme dos y aparéselas
»y tirómelas y tiréselas
»y volviómelas á tirar.»
(Tirso de Molina).

A este *caso* del hospital parlamentario ya se le advierten mas síntomas de la enfermedad oratoria. Puede el pais llegarse á reconocerle seguro de encontrarle el pulso.

Hay diputado silabario que dá quinientas pulsaciones parlamentarias por minuto, ó lo que es lo mismo, treinta mil palabras por hora. Esta lo-

comocion parlera, naturalmente impide que el médico pueda observarle la lengua; pero es inútil verla patológicamente hablando.

La enfermedad que en ella se refleja no indica otra cosa que una indigestion de sinónimos, que ni aun pueden convenir á la Academia de la lengua castellana, porque casi todo lo indigestado suele ser de ilícito comercio en España. En obsequio de alguien ó de algo se padece esa enfermedad en su último grado; nosotros lo ignoramos y aun creemos que es perjudicial á todos.

Pero impensadamente hemos comenzado este artículo hablando del silabario mayúsculo, sin hacer primero la clasificacion debida para que no se confunda la locuacidad con la elocuencia, ni los habladores de oficio con los verdaderos profesores del habla.

De estos dignísimos oradores, que por su calidad y su número, nos hacen figurar en primer término entre los pueblos parlamentarios, nada, sin embargo, diremos, porque ni la índole de esta obra ni el tono en que vá escrita, consienten otros personajes que, los ya tullidos, para que salgan mas ó menos descalabrados.

Pasaremos en silencio los que saben elaborar y disponer las sílabas para producir con ellas bellísimos conceptos, y hablaremos únicamente de los que las vierten sin acertar á hacer otra cosa que palabras y nada mas que palabras.

El silabario parlero, no el orador parlamentario, es el personaje del cuadro presente.

Puede tener, y de ordinario tiene, el mismo orígen que el *monosílabo*, aunque su eleccion ha solido costar mayor trabajo; porque así como del primero se podia pensar que callaba muy buenas cosas, de éste se sabe que el que mucho habla mucho yerra, y como habló mucho y dió muchos programas, pueden vds. figurarse si tuvo ocasiones de errar.

Pero fué electo diputado, y llegó á tomar asiento en la cámara, y de buenas á primeras se encontró nombrado individuo de la comision de actas.

¡Excelente trago de agenjos para sentarse con buen apetito á la mesa de la discusion y de la palabrería!

Añádase á esto el magnífico invento de la nunca bien ponderada *lejía parlamentaria*, descubrimiento recientísimo, y téngase por sabido que nuestro personaje era uno de los infinitos agregados al laboratorio ministerial.

Aquella lejía, como procedente de la exhumacion *ab irato* de todos los partidos políticos, estaba compuesta de unas cenizas tan activas, que con sola una gota, con destapar el frasco, se quedaban sin sombra de mancha original todos los pecados mortales que contenian las actas.

Era la lejía parlamentaria cien veces mas

eficaz y mas purificadora que el fuegc, que empleaban los egipcios, para sacar las manchas en los tejidos del amianto.

De trescientos cuarenta y nueve granos que entraban en la composicion de la prodigiosa panacea parlamentaria, eran ministeriales los trescientos veinte, y á mayor abundamiento, todos, menos uno, por el ¿qué dirán? de los individuos de la comision química, pertenecian en cuerpo y en alma al gobierno, y la lejía resultó perfectamente acreditada y probada.

Desde que semejante descubrimiento fué declarado de uso legítimo y obtuvo el gobierno privilegio de invencion y explotacion, los autores de las protestas electorales se consideraron deshauciados, y sin embargo se les obligaba, y se les obliga, á que el expediente siga todos sus trámites.

A pesar de ser de antemano conocido el desenlace del drama, es indispensable ponerle en escena.

En todos los dictámenes hay un voto particular, que formula, por verdadera fórmula, el individuo de la oposicion, y este es el primer caballo de batalla de nuestro silabario.

Aprovéchanle asimismo todos los que llevan al parlamento vocacion de echar á volar la sin hueso, y como la materia de actas es una exquisita goma elástica en los talleres del parlamenta-

rismo, estíranla todos á su antojo y salen de ella tremebundas filípicas de oposicion y largas y floridas epopeyas ministeriales. Resultando de semejante aluvion de palabras que solo tiene razon el que no alega ninguna; el que no suelta la voz ni en pro ni en contra del dictámen.

El diputado monosílabo, que á *priori* ha resuelto desenvainar su inmaculada oratoria para decir que *sí*, que aprueba el dictámen, ese es el único que tiene razon.

En el caso, harto frecuente por cierto, de que el monarca abra en persona la legislatura, la indispensable contestacion al *discurso de la Corona* quita gran parte de su importancia á la cuestion de actas. Y tambien en estas acaloradas y muy elásticas discusiones, concluye por tener razon el monosílabo, que á priori é *in pectore*, habia votado el dictámen de la comision.

Pero vamos á pasar en silencio ahora, el dia de la inauguracion parlamentaria, y los noventa que le siguen de discusion parlera, en los cuales le es permitido al diputado hacer un viaje alrededor del mundo, para arreglar desde su asiento la política nacional y la extranjera, y los negocios ajenos y los propios y todo aquello que mas le convenga, sino para la salvacion de su patria, que no siempre puede pensar en ella quien está pensando en que no se le enrede la lengua, para salvar al menos las dotes oratorias y las conve-

niencias parlamentarias, que son unas señoras muy exigentes y muy descontentadizas.

Pasemos por alto tambien la discusion de las *actas graves*, porque difícilmente podriamos mantenernos sérios ni continuar siendo fieles creyentes del sistema parlamentario, oyendo las edificantes revelaciones que hacen los padres maestros del parlamentarismo al tirar de la manta para que se descubra el pastel electoral.

Dos palabras diremos solamente á propósito de estas discusiones que suelen ser de las mas sabrosas, entretenidas y picantes que ofrece la entretenida, sabrosa y salpimentada mesa parlamentaria.

Desde luego, entre la gente de casa, las actas se dividen, como la ropa blanca, en *limpias* y *sucias*; esto es, concebidas sin pecado y confeccionadas en pleno pecado mortal. Las primeras pasan como la ropa nueva y limpia, sin jabonarlas ni retorcerlas, sino simplemente almidonadas y dándoles unos cuantos planchazos para sentarles las costuras; porque algunas, aunque libres de pecado mortal, se han hilvanado tan de prisa que llegan al Congreso medio descosidas y rotas. Pero de todos modos, ya lo hemos dicho, esta ropa limpia no dá apenas trabajo; lo que dá que hacer es la ropa sucia. La que necesita jabon y lejía y tierra de quitar manchas y todos los ácidos y todos los álkalis del surtido laboratorio parlamentario, es el acta sucia.

Para esas piezas del vestuario electoral, se inventó la lejía parlamentaria, y cuando se trata de lavarlas, es cuando se ven los puños de las lavanderas parlamentarias.

El acta sucia pertenece de ordinario al ministerio, que es el que la lleva al Jordan del parlamento, para lavarla y hacer que le coma las manchas el sol de la mayoría, que seca y abrasa toda clase de impuridades en los gobiernos representativos. Una vez presentado el dictámen de la comision y señalado el dia para la enjabonadura, agárranse al acta, de un lado los silabarios de la oposicion y del otro los del ministerio, y aunque estos suelen quedar siempre vencidos, sale á relucir la lejía parlamentaria, se vierten sobre el acta doscientas treinta ó doscientas cuarenta gotas del agua del Jordan y aunque la oposicion destape su frasco, (que pocas veces contiene en tan supremo instante mas de veinte y cinco gotas de ácido) el acta queda limpia y sin mancha como si limpiamente hubiese sido concebida.

Verdad es que las manchas no suelen ser de importancia, porque como dice el diputado del ministerio, todo ello se reduce á que la mayoría de los electores *equivocaron la hora* de dar principio á la eleccion y cuando llegaron ya se habia elegido la mesa; pero luego todos los electores votaron, segun su conciencia, y no se presentó ni una sola protesta *en tiempo hábil.*

Y la prueba de que tiene razon el defensor del acta, es que cuando llega la hora de votar, doscientos cuarenta contra veinte y cinco, dicen que *sí*, á pesar de que los oradores del bando contrario han solido probar varias frioleras. Entre ellas la de que se adelantó el relój para votar la mesa; que no se admitió la protesta del acto; que tres cuartas partes de los electores del distrito declaran y juran haber votado al candidato de la oposicion, que solo tuvo en el escrutinio veinte votos; que aseguran que nadie conoce al elegido, y dicen que votaron doscientos y pico de muertos y que se inutilizaron cien papeletas, porque el apellido del candidato contrario estaba escrito con *B* en lugar de serlo con *V* y otras cosas por el estilo.

La discusion ámplia y libérrima que se permite en el Congreso dá de sí esas y otras relaciones parecidas, pero el resultado es siempre el mismo. Antes de que hable el diputado que apoya el dictámen y que replique el de la oposicion, y que conteste el uno y vuelva á replicar el otro, se sabe que se ha de aprobar el dictámen y el número de diputados que van á decir que sí y que no y hasta el de los que van á abstenerse de votar por delicadeza.

La discusion produce en nuestras asambleas unos efectos tan prodigiosos, que diez ó doce dias antes de que se hable, en pro ó en contra, de un asunto cualquiera, dicen los periódicos, acérrimos

defensores de la discusion y del parlamentaris·mo, lo siguiente:

«Dentro de pocos dias se va á presentar á las »Córtes un proyecto de ley, que será fuertemente »combatido con razones y argumentos indes»tructibles, por los dignos oradores de la oposi»cion, pero será aprobado por una inmensa ma»yoría.»

Con semejantes advertencias parece que no debia inspirar gran interés el drama, cuyo desenlace es tan conocido, pero sucede todo lo contrario, y las gentes andan al morro, como suele decirse, y se atropellan, y se matan por lograr un asiento en las tribunas del Congreso; siendo muy interesantes las discusiones de actas porque en ellas se refieren varios chismes, de varias personas y de poblaciones enteras, y no hay nada tan sabroso, ni tan divertido, como la murmuacion.

Asistiendo á esas discusiones es como se sabe qe el elegido no paga la contribucion que la le exige para ser diputado, y que aunque aparee como tratante en ganado de lana, no tiene ni la ropiedad de la que rellena los colchones de su ama; ó que es falso el título de licenciado; ó qe no es legítima la partida de bautismo; ó questá procesado, en cuyo caso se cuentan todo los pormenores del proceso, y se sabe tambn que los que le votaron lo hicieron con

su cuenta y razon: porque al tio Fulanito, y se le nombra, que no sabe leer, le han dado una administracion de correos, y al otro, que estuvo en presidio, le han hecho fiel de puertas. Y si el elector tiene hijas tambien se dice si son guapas ó feas, y si las enamoraba ó no el candidato.

El silabario que toma por su cuenta uno de esos dictámenes, dice cuanto se le viene á la boca, sin importarle un árdite lo que resulte en la votacion; y si se tropieza con el héroe de la fiesta, le estrecha cordialmente la mano, le dice que se felicita de tenerle por compañero, y que todo lo que ha dicho ha sido «por cumplir con »su deber, como hombre de partido, pero que en»medio de todo ha cuidado de no herir la parte »flaca del dictámen de la comision.»

Lo que podria resultar herido y lastimado de veras en estas discusiones, es el sistema, porque rara vez deja de decir el orador, fogoso, *independiente*, *incorruptible é indomable*, que el triunfo del gobierno se ha debido á que los electors han perdido su *independencia*, *dejándose corromper y domar por las amenazas y los halagos de la autoridad*. Sin hacerse cargo el bueno del patriota de que mientras él, proclamando la igualdad, hace á sus semejantes de peor condicion que la suya, hay en la tribuna pública un pícaro realista que está diciendo por lo bajo: —Pues si los electores

se dejan intimidar y corromper por el gobierno, haciendo por último lo que éste les manda, no consulteis la voluntad nacional, consultad la voluntad del gobierno; y hasta tanto que hagais una sociedad de hombres indomables é incorruptibles, nombrad los diputados como se nombran los escribientes de los ministerios; ó no tengais diputados si os parece que podemos pasar sin ese artículo de lujo.

Pero el silabario no oye la voz del realista ni la de su propia conciencia, que algo parecido le dice mientras él se afana en hacinar palabras, destruyendo las unas con las otras, y pensando: primero en el efecto artístico que produce en los bancos y en las tribunas, y luego en el que hará en las columnas de los periódicos, cuando su amigo el taquígrafo, lo dé á la imprenta barnizado y pulido, como si pulido y barnizado hubiese salido de los labios del orador.

El cual apenas acaba su arenga, pasea su vista por las tribunas, recibe los apretones de manos de los amigos, se sonrie con la réplica del diputado contrario, pide distraido la palabra para rectificar, y ya no se acuerda ni del sitio en que se halla, ni del lugar de donde ha venido, ni del partido político á que pertenece, ni de la cuestion que acaba de defender, sino del sermon que acaba de echar, y cuya autopsia necesita recomendar, con una sonrisa y un apreton de manos,

al taquígrafo y al periodista que ha de reseñar la sesion.

Uno y otro trabajo verá el lector en uno de los cuadros próximos, donde copiándole una sesion completa, acabará de conocer la fisiología del diputado silabario.

CUADRO VEINTE Y SEIS.

Retratos en tarjeta.

Si la posteridad ha de pagarnos todo lo que nos deberá cuando pertenezcamos á la historia, morirá insolvente.

Hoy apenas hacemos caso de Mr. Daguerre; pero MAÑANA, si para entonces están de moda las estátuas, le erigirán una en cada plaza, y aun es posible que pongan su busto en todas las esquinas y su nombre en todos los guardacantones.

No es para menos el servicio que ha prestado á la humanidad con la invencion del daguerreotipo.

¡Cuántos disgustos se habrian ahorrado los sabios, si Noé, por ejemplo, hubiese aplicado su talento á inventar la fotografía, en vez de apli–

carle á descubrir el vino! A fé que no estariamos ahora sin una copia exacta del arca y un retrato de cada uno de los animales que entraron en ella.

¡Qué le habria importado á Matusalem perder un minuto cada año y dejarnos novecientos retratos suyos, para que los médicos pudieran estudiar ese caso de longevidad, con algun provecho de esta humanidad y de este siglo que tanto anhelan prolongarse y alongar la vida! Pero ni Noé ni los que vinieron despues de él pensaron en pasar á la posteridad, sino que entregaron su imágen á la inconstante volubilidad de los rios, y su cuerpo á las corruptoras entrañas de la tierra. Semejante pereza y tamaña ignorancia ha sido causa de sérios altercados, y de graves errores históricos, hasta que ha venido al mundo monsieur Daguerre, y tras de él los artistas del daguerreotipo y los fotógrafos. Los fabricantes de espejos no hicieron otra cosa que perfeccionar las copias de los rios y los estanques, pero sin darles mayor estabilidad; los pintores añadieron algo, y no poco, fijando las imágenes ó cosa semejante; pero el verdadero milagro se debe á la fotografía. La pintura, dice, que es uno de sus mejores auxiliares; pero la fotografía replica á su vez que ella no necesita el auxilio de la pintura. Así nosotros, que hemos andado hasta aquí con el lápiz en una mano y la cartera en la otra, vamos á prescindir de esos estorbos, y el presente

cuadro se le encargamos á un fotógrafo, en la seguridad de que ha de ser el mejor cuadro de la coleccion. Los dibujantes, como que aspiran á corregir á la naturaleza, dirán que á esta copia del natural le falta correccion; pero no hacemos caso y la damos con todas sus incorrecciones.

Desde las primeras horas del dia está llena de gente la casa del fotógrafo, porque como desgraciadamente saben todos que no han de vivir tantos años como Matusalem, no quieren morirse sin dejar á la posteridad su retrato. Y como ya, á Dios gracias, no tenemos las preocupaciones de antaño, nadie se acuerda del pobre don Juan de Zavaleta, que allá en el siglo XVII dijo: «que una de las cosas que hacen mucho daño en las Repúblicas cristianas son los retratos pequeños, porque raras veces se hacen para buenos fines.» Y aun añadió, con toda la formalidad con que entonces se decian las cosas: «Que si hallara en su juicio satisfacciones de acertado, suplicara á todos los príncipes que gobiernan repúblicas cristianas que mandasen á los pintores, *bajo de gravísimas penas*, que no retratasen en pequeño.»

Si el bueno de Zavaleta hubiera alcanzado á vivir en este siglo de los retratos de tarjeta, y los mas pequeños aun de sortija, y los de llave de relój, y antes de saludarle las gentes le hubiesen pedido su retrato de tarjeta, ¿qué habria di-

cho? ¡Volveria á repetir que «en el silencio de un retrato faltan los desabrimientos de un enojo, y que locas con el amor las damas *regalan con veneno* la memoria!»

En menos tiempo del transcurrido desde 1666 acá, se rectifican juicios mas radicales y sobre cosas mas graves, y Zavaleta habria rectificado el suyo. Nosotros no tenemos que rectificar el nuestro, porque siempre hemos creido que es mucho peor pedir y dar un original que una copia, sea esta grande ó pequeña. Por eso nos parece bien que las gentes madruguen y corran á fijar sus figuras en el gabinete fotográfico.

El primero que se pone á tiro en la máquina, es un jóven, que cuida de arrugar con coquetería la bota blanca, de ladear el sombrero y de llenar de trapos los morrales, que le cuelgan de los hombros, y que por fin se echa la escopeta á la cara, y está apuntando inmóvil seis ó siete segundos, hasta que el fotógrafo le dice que basta.

Los dependientes del establecimiento quitan la decoracion de bosque, y tres venados, y un jabalí, y dos perros, que habian puesto allí para dar mayor verdad al cuadro.

El jóven manda que tiren cien ejemplares del retrato para otros tantos amigos, y se vá á la cacería descansado. Si le devora una fiera, que no se expondrá á tanto, ya puede morir tranquilo, porque ha dejado á la posteridad su retrato en

los últimos momentos de su vida, y con el traje que en tal caso le serviria de mortaja.

En lugar de las reses disecadas y del telon de bosque, pone el fotógrafo un altar, y un crucifijo, y un reclinatorio elegante, y varios libros de devocion elegantísimos. Antes de que en este mueble se arrodille una dama, vestida con negra elegancia, hace el artista diferentes ensayos para buscar el mejor efecto del cuadro, cuidando de que aunque parezca que la señora mira al Cristo no aparte la vista de la máquina; y la coloca en una mano un libro, de manera que se vean los adornos de oro de las tapas, y en la otra un rosario del mayor lujo; la manda que no se mueva, mueve él la máquina y retrato concluido.

La devocion de aquella dama necesita mas público que la aficion del jóven á la caza; encarga trescientas tarjetas para otros tantos amigos, que de ese modo no tendrán derecho á decir que se ha acabado la religion ni menos las santurronas.

La decoracion de paz y de recogimiento religioso se cambia en otra de estrépito y de guerra contra infieles. Tres ó cuatro cabezas de moros en el suelo, en el fondo muchas nubes, y sobre ellas un ginete, que podrá ser San Jorge ó Santiago, y ya puede venir á retratarse el caballero, que mientras se fotografiaba la devota estuvo encapillándose un hábito de las órdenes militares.

El artista le manda poner en situacion, como si estuviera peleando de veras, y aunque el caballero cruzado no ha peleado con aquel traje nunca, desenvaina la espada, alza los ojos al cielo y con la izquierda sobre la cruz del pecho, y la tizona en la diestra, permanece inmóvil dos minutos. Al fotógrafo le sobra la mitad. El retrato está hecho.

¡Que averigue la posteridad la época de ese episodio de la guerra de las cruzadas! Quisiéramos nosotros ver á los eruditos de MAÑANA asegurando, una de dos cosas: ó que las órdenes militares militaban en 1850, ó que la fotografía se conocia ya en el siglo XVI.

El que va á retratarse despues del cruzado, no cruza su palabra con la del fotógrafo. Entra sério y sériamente vestido de frac negro, con corbata blanca, y cuatro ó cinco placas sobre el pecho, se sienta sobre un sillon de gran lujo, apoya el codo en un velador inmediato, sobre el que hay estendidos varios mapas y enrollados otros, y con una mano en la frente, la otra como quien traza un itinerario, y la vista alta, pero con entrecejo de penetracion y sonrisa maliciosa, espera á que funcione la máquina. Antes de que esto suceda, el fotógrafo le da un mondadientes, encargándole que le ponga bien á la vista, y el interesado queda satisfecho del trabajo.

Encarga que le saquen mil pruebas y aun

teme no tener bastantes. El artista le saluda por su nombre, que no es ni Metternich, ni Nesselrode, ni Talleyrand, ni Ofalia, pero cerca le anda.

Despues se recogen los mapas, se pone una mesa con tres ó cuatro bustos, y sale á retratarse un señor, sin escopeta, sin crucifijo, sin manto y sin mondadientes. Aunque no viste de cartujo, trae una calavera en la mano y se retrata mirándola atentamente, y palpándola como se palpan las frutas que se venden á cata y á cala. No queda satisfecho ni del primer retrato, ni del segundo, porque dice que no se ven los números y las cuadrículas del cráneo, y que de ese modo en vez de tenerle por un frenólogo, podrán creer simplemente que es un simple alumno de una escuela de diseccion. El fotógrafo le pone un compás en la mano izquierda, y saca otra prueba, con la que deja satisfecho al díscipulo de Gall.

Quitan los bustos de la mesa, colocan sobre ella una porcion de piedras, de media arroba la menos pesada, y en el fondo una galería subterránea, muy subterránea. El héroe de este cuadro no viste con lujo, ni ha cuidado de arreglarse el cabello, ni de quitarse la barba; asómanle por los bolsillos del gaban papeles de todos colores, y está leyendo con atencion uno que parece un diploma.

Trás del minero, van entrando á retratarse

otras muchas gentes, que no quieren declarar ni su profesion ni sus nombres, y algunos de ellos, sin consultar la opinion del fotógrafo, se ponen frente á la máquina, en la actitud que les parece mas conveniente, y con los atributos y accesorios que tienen por mas característicos ó mas adecuados al caso. Recordamos, entre otros, una señora de edad como de cincuenta años, que no representaba treinta y cinco, mientras se hizo el retrato, con dos perros en el brazo, otro en el suelo, y un loro en el hombro; hablaba correctamente el español, y por esto no se podia creer que era la estátua de la filantropía inglesa.

Vimos tambien á un caballero, sério, muy sério que en el acto de empezar el retrato se encogió de hombros, y abriendo los brazos, enseñó en una mano una petaca y en la otra una lanceta. El fotógrafo se atrevió á preguntarle si era médico homeópata, y el retratado contestó que sí; pero que era tambien alópata; y que estaba tan seguro de curar con los dos sistemas, que por eso se encogia de hombros cuando daba á escoger á sus enfermos. El fotógrafo se sonrió, pero le dijo que le parecia mas partidario del *Similia* que del *Contraria*, porque habia observado que tenia la petaca en la mano derecha; y á esto replicó el médico que no era cierto, y que si tenia la petaca en la diestra era por estar mas de moda los glóbulos que las sangrías.

Despues del médico le toca el turno á una jóven que se tiende sobre un sofá, y deja pacientemente que el artista la quiebre con gracia el cuerpo, la reparta los pliegues del vestido, la deje abandonados los brazos y busque el escorzo de los pies para que no resulten grandes. La cabeza ella la coloca por sí misma, y pone los ojos á su capricho, porque de ambas cosas entiende mas que el fotógrafo; y aunque éste dejó arreglada y medida la cantidad que debia verse, ella se movió, inadvertidamente, y enseñó lo que pudo mas allá de la bota. El sabrá lo que es mas artístico; pero ella sabe mas que él en su arte.

Con menos coquetería se sentó despues en aquel mismo sofá una jóven pálida y ojerosa, desgreñada y un tanto mal vestida, aunque no porque la ropa fuese vieja, sino por estar mal prendida y poco aseada. En el mismo sofá pusieron con ordenado desórden algunos libros, y no pocos papeles; en el velador otra porcion de los unos y de los otros, y la heroina, con una pluma en la mano y apartando con la otra los cabellos, alzó los ojos al cielo, con singular exaltacion, y permaneció inmóvil. Vió la prueba y no quedó satisfecha de ella, porque decia, y no le faltaba razon, que aquel retrato mas parecia el de una mujer desesperada que está escribiendo una carta póstuma, para comerse despues doscientos ó trescientos fósforos, que el de una poe-

tisa inspirada, y que ella era esto último. Entonces el fotógrafo, que es un hombre que para todo tiene recursos, trajo un cesto de ropa blanca y la cuna de un recien nacido, y encargó á la poetisa que se pusiera de modo que expresase estar dando un puntapie al niño y arrojando la labor á la calle; y que con esto, y no soltar la pluma de la mano, estaria el retrato parecido.

La literata hubiera preferido no poner en sus tarjetas semejantes accesorios; pero transigió, y mandó hacer cien pruebas, y entre ellas veinte y cinco en papel grande, para poderlas dedicar á las academias literarias y científicas de España y del extranjero.

Tambien pertenecia al bello sexo el individuo que siguió á la poetisa, y aunque su tonelete corto, sus piernas al aire y sus brazos desnudos, hacian inútiles los accesorios, todavía fué necesario poner algunos, que le dieron no poco que pensar al fotógrafo. Desde luego esparció por el suelo diez ó doce ramilletes de flores y seis coronas de laurel, pero la bailarina no quedó satisfecha; porque dijo, que aunque ella se pondria sobre la punta de un pie, de manera que nadie dudara que sentia un gran retortijon de amor; y alzaria la pierna derecha hasta expresar de sobra que su pasion no tenia límites; y cogeria puñados de aire con los brazos, como si quisiera aspirar todo el amor del universo; y cuida-

ria de llenar los ojos de fuego y la boca de alegría, todavía este paso de baile podria confundirse con otros, y ella queria expresar el momento en que sale del convento loca de alegría y de amor, porque la dicen que vá por fin á unirse al que ama, á pesar de la oposicion de su padre. Esto último contrarió algun tanto al fotógrafo, porque la bailarina no queria que hubiese en la tarjeta ninguna persona mas que ella, y no pudiendo estar el padre, bailando de ira por la fuga de su hija, era difícil expresar la situacion. Lo único que se hizo fué poner en el fondo una capilla del género ojival, con una verja como de convento de monjas.

El que se retrató despues de la bailarina fué el menos delicado y el menos exigente de todos. Llevaba consigo todo lo que habia menester. Diez grandes botones de esmeraldas y brillantes en el chaleco; un relicario lleno de piedras, prendido en la pechera de la camisa; una placa, de brillantes tambien, en el frac; encajes en los puños, y gruesos topacios en los botones de estos; dos cadenas de oro, cruzadas en el chaleco, correspondiente la una á los lentes, tambien de oro, y la otra al relój, que tuvo en la mano, deslumbrando con la pedrería que le adornaba al fotógrafo: hé aquí todos los accesorios de aquel retrato. Con esto y un sombrero de xipixapa de extraordinario valor, y decirle al fotógrafo que le hiciera dos ó

tres mil tarjetas, y que en todas ellas le pusiera un escudo de armas, y que si era posible, estampara los retratos con tinta de oro y sobre vitela, el fotógrafo, que no era torpe, comprendió la casta de pájaro que acababa de retratar, y le preguntó si hacia mucho tiempo que habia venido de América, y si creia que yendo él allí haria negocio.

El indiano le contestó que si fuera mas jóven, y se dedicara á otra cosa que á hacer retratos, podria traer algun dinero, siempre que no gastase allí el que ganara. Que él habia ido allá de edad de doce años, y que en fuerza de ganar mucho y no gastar nada en cuarenta y seis años, habia hecho una fortuna disparatada. Y que ciertamente no tenia en qué ni con quién gastarla, porque mientras él se hacia rico, todos sus parientes murieron pobres; y de las personas que habian emigrado con él de Asturias, que fueron doscientas en un buque de vela, solo habian vuelto cuatro. Que ya habia hecho en su pueblo una iglesia y un hospital, y un palacio para él, y un mausoleo para su familia, con otras fundaciones piadosas que habia ofrecido por librarse del vómito, y de la fiebre, y del pasmo, y de varias enfermedades, que le tuvieron á las puertas del sepulcro, y que aun le quedaba mucho dinero.

El fotógrafo le propuso ir á visitarle á su pueblo para copiar todos los edificios de su pro-

piedad, y le enseñó algunos marcos por si queria adornar las tres mil tarjetas. Pero no hizo negocio, porque el indiano los queria de oro y con pedrería, y el lujo en el arte no ha llegado á tanto.

A lo que ha llegado, y pronto llegará á mucho mas, es á inventar una máquina, llamada *pistógrafo*, contra la cual Dios sabe lo que diria don Juan de Zavaleta, ó si se arrepentiria de lo que dijo en sus tiempos, contra las personas que se retrataban y las que regalaban sus retratos.

Con esta máquina ya no hay nadie seguro.

La voluntad del retratado no entra para nada en la operacion del retrato.

Este se hace en un abrir y cerrar de ojos, lo mismo á pié que á caballo, y con toda la velocidad del ferro-carril.

Cuando viajeis por uno de estos y veais un hombre sério que lleva un saco de goma, en el cual mete y saca las manos, como hacen las señoras para calentárselas en los manguitos, desconfiad, lectores, de aquel compañero de viaje. Si estornudais, os retrata estornudando; si bostezais, copia el bostezo; y en suma, el pistógrafo copia el pájaro que pasa volando por la ventanilla del coche, el monte que asoma á lo lejos, y hasta el relámpago que brilla en la atmósfera.

No hay manera de librarse de un pistógrafo, ni forma de no pasar á la posteridad en imágen.

Lo único que podria suceder, lo cual seria un gran desengaño póstumo, es que, afligidas las fotografías por la muerte de esta generacion, dieran en ponerse amarillas y palideciesen tanto, que al cabo y al fin se quedasen blancas. De ese modo, si el papel contínuo dura mas que ellas, no se habrá perdido mas que la mitad.

Hoy no hemos perdido nada aun, y todos tenemos un album, ó dos, ó tres, ó los que podemos llenar de retratos de los amigos; y cada uno de ellos tiene á su vez el nuestro. Porque de este cambio recíproco prescinden pocas personas. Y el que no tiene amigos, como no puede prescindir de tener album de retratos, compra los que quiere, ó los que puede, porque ya nos venden á todos en pública almoneda.

Solo así es posible tener el retrato de todos los reyes, de todos los sabios, de todos los criminales, de todos los artistas y de todos los fenómenos del universo.

Nadie se escapa de ser retratado y de ser vendido

CUADRO VEINTE Y SIETE.

Pavo trufado y Champagne helado, entusiasmo probado.

Que dirian HOY los hombres de AYER si resucitaran y vieran que ellos, que hacian gala de comer para vivir, solo habian vivido para comer! ¡Que contestarian los consejeros de Castilla y los priores de las comunidades religiosas, que no dejaban pasar el dia de Santa Catalina sin comer besugo, el de Pascua de Resurreccion sin devorar un cordero, el domingo de Carnaval sin atracarse de pasteles hojaldrados, y en cada solemnidad y para cada fiesta clásica, tenian un manjar dispuesto y un plato determinado! ¡Qué dirian cuando les probáramos que para comer el pavo de Navidad, y el plato de leche, y la torta

de mosto, se encerraban en sus casas y en sus refectorios, sin abrir la puerta por nada ni por nadie, y comian en silencio y arrullaban, en silencio tambien, la digestion del cabrito y la del vino moscatel y Peralta! ¡Pero qué habian de decir sino confesar avergonzados que habian vivido para comer, y que mientras comian no hicieron nada de provecho, por miedo de que dejase de aprovecharles la comida!

Pobres gentes, lector, pobres gentes eran las que creyeron que la digestion se hacia con el cerebro, y cuidaban de que éste se hallase en perfecto reposo, una hora antes y una hora despues de la comida, Si les sumáramos las horas que perdieron en ese reposo digestivo, nos seria fácil probarles que esa era la causa de que les hubiera faltado el tiempo para digerir ciertas ideas y labrar con ellas la felicidad y la ventura de su siglo.

Ahora, á Dios gracias, no solo puede decirse que no vivimos para comer, sino que puede asegurarse que ni aun comemos para vivir.

Comemos para dirigir los destinos del mundo; para mantener nuestras relaciones internacionales; para trastornar el órden de la nacion; para derribar un ministerio, y formar otro; para descubrir la manera de dar direccion á los globos; para abrir un canal de riego, y para regar con nuestra sabiduría los terrenos eriales de

la política, del comercio, de la agricultura y de la industria. No comemos para nutrir nuestros cuerpos, que nos tiene sin cuidado el ser mas flacos ó mas gordos, sino para alimentar nuestra imaginacion con los vapores del estómago, y para que la fermentacion de los manjares y de los vinos haga fermentar las ideas y salgan convertidas en torrentes de luz á iluminar el mundo.

El hombre, ordinariamente serio y grave y reflexivo, por meditar demasiado lo que habia de decir no decia nada ó decia poco, dando lugar á que se le indigestaran los mejores pensamientos y las mas brillantes ideas. Ha sido preciso alegrarle y hacerle perder la gravedad y la reflexion, para que diga grandes cosas y resuelva difíciles problemas.

Y todo se ha hecho y todo se hace en el tiempo que nuestros padres perdian comiendo.

Estrecha cuenta podriamos pedirles por los grandes capitales que derrocharon; pero la partida de los jugos gástricos, la malversacion que hicieron de las facultades digestivas, la ninguna participacion que dieron al estómago en las cuestiones diplómáticas, políticas, é industriales, es enorme.

El vicio de la gula les tenia trastornados.

Aquellos trabajos secretos, aquellas notas reservadas y aquellas negociaciones simpáticas, que muchas veces las entendia el diplomático

que las mandaba y alguna el que las recibia, todo eso ha perdido mucho con el periodismo y está á punto de desaparecer con el telégrafo eléctrico. Si los diplomáticos de antaño vieran que ogaño, antes de que la diplomacia abra la boca para hablar, ya se cuenta lo que vá á decir, y aun lo que no dirá nunca; y que cuando el escribiente les trae copiada la nota que han de pasar á un gobierno extranjero, ya insertan los periódicos la contestacion que éste ha de darles ¿qué pensarian de su ciencia? ¡Serian tan torpes que llevaran las manos á la cabeza en vez de aplicárselas al estómago! ¡Serian tan inocentes que no comprendieran que contra las ligerezas del periodismo y la locuacidad del telégrafo, está la gravedad y el aplomo de un pavo asado, y la efervescencia de un vino espumoso! ¡Es posible que no les ocurriera, como á nosotros nos ha ocurrido, rellenar un pavo de intenciones políticas, de pensamiento filosóficos y de secretos industriales, y echar en una botella de vino algo de patriotismo, y mucho de ciencia, y mucho mas de entusiasmo artístico.

Pero si semejante cosa les hubiera ocurrido la habrian echado á perder comiendo el pavo á solas y bebiendo el vino á puerta cerrada. Para esto es preferible que no les ocurriera hacer servir á la gula de agente diplomático, de intrigante político, ni de operario industrial.

El pavo trufado y el Champagne helado, comidos y bebidos en familia, valen menos que el capon de Vizcaya y el vino de Jerez. Sin el pensamiento transcendental del convite diplomático, y la intencion patriótica del banquete político, las trufas, á pesar de venir de Francia, no serian otra cosa que unas patatas podridas que darian un sabor infernal al pavo, y el Champagne un licor picante, que haria saltar las lágrimas al que lo bebiera. Para que las trufas no se indigesten, á pesar de ser ellas una indigestion de la tierra, y el vino no pique, es preciso comér y beber en público, pensando en otras cosas que en lo que se está comiendo y bebiendo.

Lo que llaman los diplomáticos gastos de representacion, los políticos gastos imprevistos, y los industriales gastos de instalacion, no son otra cosa que pavos trufados, jamones en dulce, y botellas de Champagne.

El jóven que ha de abrazar la carrera diplomática, debe probar ante todo su estómago, cargándole hasta la boca, como se cargan los cañones de la artillería; y solo cuando vea que hace una prueba y otra, y no revienta, es cuando puede aspirar á ser un Metternich. Algun cólico y tal cual fiebre gástrica, no inutiliza para seguir la carrera, pero si se repiten, hay que abandonarla al momento. La nacion, cuyo representante en el extranjero no pueda asistir á todos los convites di-

plomáticos, ya puede decir que ha roto sus relaciones internacionales.

Los políticos no tienen tanta necesidad de ensayar las fuerzas digestivas, porque como sus estómagos no están siempre en activo servicio, merced á las cesantías y á otros percances caseros, les limpia la atmósfera de toda clase de cólicos. Y en cuanto á los industriales, como no son ellos los que comen, sino los que dan de comer; como no ponen la mesa para sentarse á ella, sino para que se sienten los que han de sentir y proclamar las ventajas de sus descubrimientos, tanto les da tener estómago de pobre como de rico. Bueno es, sin embargo, que sepan comer, y que aprendan á no reventar, para ser buenos ingenieros y buenos industriales, porque ya hemos dicho que no todo se hace con la cabeza; y aunque los médicos de la antigüedad dijeron aquello de que, *cum caput dolet cætera membra dolent*, como ahora la cabeza es el estómago, es preciso tener esta oficina á prueba como los cañones rayados.

Pero como ya hemos dicho que no vivimos para comer, lo que menos importa en los convites diplomáticos, es el número de platos y la clase de vinos que se sirven á la mesa; lo que interesa es saber que convidado se sienta á la derecha y cual á la izquierda, y si tal diplomático ha dirigido la palabra á otro, y éste se ha sonrei-

do mas ó menos maliciosamente al oirle. Y por último, si el monarca, que tambien come en público como cada hijo de vecino, ha hablado mas tiempo con Francia que con Inglaterra, ó si mientras dirigia la palabra á Rusia, y aparentaba mirar al Austria, tenia la vista fija en Turquía. Todo esto y mucho mas se mira y se observa en los grandes convites diplomáticos, y de todo ello se viene á averiguar y á saber, con puntualidad, el estado de las relaciones internacionales.

Un criado, medianamente listo, con solo servir á la mesa en un convite diplomático, puede hacer feliz al escritor que tenga á su cargo la política extranjera en la redaccion de un periódico. Porque no basta contar el número de copas que cada uno bebe, ni los trozos de carne que come, sino á quien mira, con quien habla, y si se sonrie mas ó menos, ó está menos ó mas serio. Por lo mismo que, en la verdadera diplomacia, las cortesías son muchas y las palabras pocas, se puede tener cuidado de saber cuales son estas.

Y aun antes de empezar la comida se debe observar si algun convidado puso mala cara, al ver el puesto que le habian señalado en la mesa, ó si hubo quien se negó á sentarse, si no le ponian menos á la izquierda, ó mas á la derecha del dueño de la casa, ó del que preside la mesa, que no siempre es lo mismo. Y aunque los asientos de

preferencia diplomática lo son tambien de preferencia gastronómica, no se mantienen estas etiquetas por comer mas pronto ó mas tarde el pavo, sino porque aquella mesa se dibujará al dia siguiente en los periódicos, y se sabrá si Francia comia en sitio preferente á Inglaterra, ó ésta lo hacia con mas comodidad que las demás naciones de Europa. ¡Cuántas veces antes de servirse la comida ha estado á punto de romperse, no la vajilla de la mesa, sino la cordial inteligencia de dos naciones, porque el representante de una de ellas, (que de antemano habia preguntado, no al repostero ni al jefe del comedor, sino al introductor de embajadores, el puesto que tenia en la mesa) habia protestado y aun dirigido una consulta por el telégrafo á su gobierno!

Mientras el pobre pavo está reventando, por habérsele hinchado las trufas, y el vino, helado de frio, desea hacer saltar el tapon de la botella, están reventando por reñir y saltando de ira dos gobiernos, amigos y hermanos hasta que llegó la hora de reunirse á comer juntos.

Cuando el diplomático sabe el puesto que le han señalado, pasa una nota al ministro de Estado, diciendo que ha consultado á su gobierno; cuando éste le contesta que no ceda de su derecho, y que en último caso pida sus pasaportes y se retire (sin comer, por supuesto) vá en persona, porque el caso es grave; y la cosa se arregla y se

cambian los puestos, si el que sale perdiendo no reclama, y es fuerte como el otro, y hace iguales amenazas. Todo esto produce consejos de ministros y corrillos políticos, y artículos en los periódicos, y alza y baja en las Bolsas de ambas naciones.

Y mientras tanto el pícaro del pavo dejándose tostar, con la mayor indiferencia, por el cocinero, y el vino helándose en la botella, con una sangre fria verdaderamente irritante.

En los banquetes políticos, en los patrióticos y en los industriales, hay tambien sus asientos de preferencia, y asimismo podrian ser excelentes escritores públicos los criados que sirven á esas mesas; pero no es la etiqueta la base principal de ellas. Las mesas redondas de la política y de la industria, son mas democráticas, y lo importante en ellas no son los asientos de etiqueta, ni los asientos de estómago, ni los principios políticos y los culinarios, sino los postres. Los principales personajes de esos banquetes, no los que asisten para hacer bulto, que estos solo van á llenar el suyo, se ocupan menos de comer que de beber, y aun esto solo lo hacen para poder brindar. El banquete patriótico no es la comida sino el brindis.

Al hombre político, que está convidado á una de esas solemnidades gastronómicas, no le vereis en su casa bebiendo ajenjos, ni guardando

dieta para abrirse el apetito, sino registrando libros de historia y de economía política, hojeando colecciones de periódicos ó el *Diario de las sesiones de las Córtes*, y aprendiendo citas latinas y algunos versos castellanos. Si algo discurre, que tenga relacion con la comida, es pensar en lo que podrá comer y beber para inspirarse y estar en disposicion de pronunciar un brindis.

Pero no un brindis de aquellos que echaban los antiguos, cuando para apurar una copa de moscatel, se ponian mas encarnados que el vino, y no decian otra cosa sino que—«de hoy en un año nos veamos buenos y en paz y en gracia de Dios,» –sino un discurso que dure media hora, y en el cual se encierre todo un *credo* político, ó un *credo* económico, que ahora que dicen que no creemos en nada, siempre estamos con el credo en la boca.

Y como los banquetes patrióticos tienen por objeto salvar la patria, ó asegurar su salvacion, ó celebrar un aniversario político, aunque sea la muerte de algun mártir de la libertad, en todos ellos encaja bien un discurso y hasta una docena.

El bien del pais, la voluntad nacional, la tiranía, los derechos del hombre, la roca de Sísifo, la espada de Damocles, el lecho de Procusto y otra porcion de alegorías políticas, de nombres históricos y de cuentos mitológicos, andan mezclados y revueltos en esa clase de discursos, que

son calorosamente aplaudidos por los convidados, y que al dia siguiente reproducen los periódicos, y los considera el público como el programa político y la profesion de fé del que ha brindado.

La libertad, la igualdad y la fraternidad (que á la hora de comer juntas se olvidan de que tienen detrás de sí las tres armas de infantería, caballería y artillería), salen tambien á buscar unos cuantos aplausos en esos discursos, y dura la sobremesa tres ó cuatro horas mas que la comida.

En ninguna parte con mas impunidad que en esos banquetes se pueden citar fechas y nombres históricos, haciéndolos venir en apoyo de todo lo contrario de lo que ellos significan.

Cada partido político saca de la antigüedad los héroes que mas le gustan, y los presenta á sus parciales como otros tantos ascendientes de la familia.

En los banquetes industriales tambien los brindis son el alma del cuadro, y se pronuncian grandes discursos científicos, y se improvisan brillantes apóstrofes, al compás del estallido de los tapones y del chocar de las copas y de los ecos de la orquesta; porque en todas estas grandes comidas, al par que se sirven grandes cabezas de jabalí y vinos de gran precio, se llena el aire de ecos dulcísimos que embriagan, no menos que los vapores del Rhin, y del Borgoña, y del Chateau Laffite, y el Chateau Margaux,

y de esos otros innumerables vinos extranjeros que forman el lujo y dan el tono á las grandes mesas.

Y estos convites industriales y patrióticos no son escasos; los hay todos los dias y por toda clase de sucesos.

El dia que se pone la primera piedra y la última, de una obra pública (que valga la pena, no vayan vds. á creer que se come un pavo trufado el dia en que se pone un adoquin ó un guarda-canton); el dia en que se acaba un pronunciamiento ó empieza otro, ó se celebra el aniversario de alguno que ya pertenece á la historia. Si se proyecta un ferro-carril, ó se aprueba el plano del proyecto, ó se echa la primer espuerta de tierra, ó llega la primera locomotora, ó se abre la explotacion, tambien hay *gaudeamus*, como decian los frailes cuando celebraban el dia del santo patron del convento. Y por último, todo se celebra comiendo, no por comer, como ya hemos dicho, sino por afianzar la reforma política ó la mejora industrial, con una comida y un pavo trufado y una botella de Champagne.

Las personas que saben hacerse convidar á estas fiestas, que hay quien no falta á ninguna, pueden tener cuatro dias de la semana, por lo menos, el botijo á enfriar en el fogon de su cocina, por ser el sitio mas fresco de la casa.

La mayor parte de las veces se dan estas co-

midas á escote, y cada cual lleva su contingente para obsequiar al general que vá ó viene, al artista que pasa ó al patriota que llega; pero no basta reunir el dinero para ir á la plaza, ni un local alquilado donde estender los manteles, sino que es preciso solicitar la licencia de la autoridad para el banquete; cuya licencia no siempre se alcanza, sino que muchas veces se niega; y de la negativa resulta un pronunciamiento, y con él un ciento de banquetes, que preside la autoridad.

Semejantes memoriales no se hacen en papel sellado, ni se encargan á un memorialista, sino que se elige una persona que, además de tener lista su memoria, tenga pronto el entendimiento y diga algo por el estilo:

«Señor Gobernador civil: Los infrascriptos, que abajo firman y suscriben, demasiado conocidos de la patria, por su probada adhesion á tales ó cuales principios, han determinado solemnizar el próximo triunfo de sus ideas con un banquete político, en el que no se tratará de política, ni habrá ningun acto que desdiga del decoro que estos actos exigen; y al efecto ruegan á V. S. que desoyendo las sugestiones de partido, y obrando con imparcialidad, les conceda permiso para llevar á cabo su patriótico y laudable pensamiento. Dios, etc.»

Se anuncian en un periódico las condiciones de la suscricion, siendo la primera el nombra-

miento de una comision, de arraigo y honradez, para recaudar los cuartos, otra, de inteligencia en el ramo, para dirigir la comida, y otra, de buenos modales, para recibir á los patricios ilustres que serán invitados al banquete; y se señalan los puntos en que está la exposicion para que los que gusten vayan á firmarla; advirtiendo, cosa importantísima, que las comisiones las compondrán los primeros que firmen.

Sin mas que esto, se puede comer un pavo trufado, beber una botella de Champagne helado, y dejar que venga lo que Dios quiera en los postres.

CUADRO VEINTE Y OCHO.

Fabricacion de rumores.

POBRES mentideros, pobres mentidores y pobres mentiras del año 1800, y cuán escasos de alimento andabais en el AYER de esta historia, que el chisme mas inocente, y la noticia mas cándida, la rumiabais un mes y dos y tres y aun cuatro, sin atreveros á echarla de la boca, temerosos de no hallar cosa mejor con que enjuagaros en el resto del año!

¡Pobres é inocentísimas mentiras de la sociedad de antaño, que sembradas en la boca de un peluquero, ó en las gradas de San Felipe el Real, y trasplantadas, cuando mucho, al árido y reducido terreno de la *Gaceta, del Diario y del Mercurio*, no supisteis presagiar que el estiér-

col de Guttemberg y el guano de la discusion y de la palabrería, aplicados á la mentira, habian de producir ogaño una pingüe cosecha de mentideros, de mentidores y de mentiras!

Entonces, aunque ya muchas de vosotras peinabais canas y todas habiais mudado la dentadura, erais menores de edad, por que las leyes que entonces regian y los hombres que á la sazon mandaban, no querian alzaros la tutela y teniais tutores y curadores en todas partes.

Los mentidores de antaño no contaban sino lo que ellos creian, y aunque pecaban de crédulos, pecaban tambien de callados, y hablando poco no podian mentir mucho. Los mentideros estaban construidos contra todos los preceptos de la acústica, y era perdido mas de la mitad de lo que en ellos se contaba, y las mentiras eran todas veniales, é inocentísimas, y sin transcendencia de ningun género.

Hoy sucede todo lo contrario.

El hombre no cree nada, y sin embargo, lo cuenta todo; los mentideros son tan repetidores y tan acústicos, y el género se fabrica con tal perfeccion, que ruedan las mentiras muy á sus anchas por todo el mundo, cometiendo cada pecado mortal que vale un imperio.

La Puerta del Sol, mentidero acreditadísimo en tiempos pasados, apenas sirve ya para forjar un mal cuento de niños; los cafés, los casinos,

las tertulias políticas, los círculos mercantiles, los pasillos del Congreso, la Bolsa y los periódicos la han desbancado. Si hoy se atreviera á seguir ejerciendo su oficio, como lo hacia en los primeros años de este siglo, haria reir á las gentes, no tanto por su falta de inventiva, cuanto por carecer de medios de propagacion.

Una mentira, arrojada hoy en la Puerta del Sol, si no tiene la suerte de ir á parar á oidos de un periodista, muere antes de haber nacido. Nadie la repite ni la comenta, y si logra correr entre unas cuantas personas, anda de boca en boca cada vez mas endeble, hasta que muere tísica. No son ya las noticias plantas espontáneas, que nacen y crecen, como en otros tiempos, al aire libre y sin abono de ninguna especie. Hoy es preciso sembrarlas con mucha precaucion y llevarlas desde luego á cualquiera de las estufas charlamentarias que antes hemos citado.

El propagador de todas ellas es el periódico, que, además de las que le nacen en su propia casa, tiene el derecho y casi la obligacion, de segar y recoger todas las que nacen y crecen en los otros centros productores, adornándolas y embelleciéndolas para repartirlas á domicilio.

Por supuesto, que ni en los cafés, ni en los círculos, ni menos aun en los periódicos, se dice nunca una cosa por otra, á sabiendas se entiende. Eso seria una indignidad de que no somos capa-

ces los hombres de este siglo, que precisamente si de algo pecamos es de ser demasiado dignos.

«El digno magistrado.... el digno general.... »el digno celador de policía.... el digno maestro »de escuela.... el digno señor don N....» Hé ahí la letanía perpétua de dignidades, en esta modernísima catedral que llamamos siglo XIX.

Lo primero que hicimos, apenas desaparecieron del mundo las rancias formalidades del siglo pasado, fué repartir el *Don* á toda clase de personas, lo mismo á las que lo usan que á las que no saben, ni pueden, ni tienen donde usarlo. La *Señoría* la dejamos usar á discrecion, y aunque ninguna de estas mercedes está consignada en la Constitucion, como derecho concedido á todos los ciudadanos, consiste en que no es un derecho que la sociedad les dá, sino que les está permitido á todos tomarlo, en la forma, cantidad y calidad que mas les convenga.

La dignidad la reparten los periódicos, no á sus suscritores, como regalo de pascuas ó cosa semejante, sino á las gentes de quienes se ocupan, y á quienes tratan con cierta benevolencia. Algunos no son simplemente dignos, sino *muy dignos*, y hasta *dignísimos*; pero por regla general todos son dignos, como ya hemos dicho que todos tienen Don y hasta Señoría. Se espera que muy en breve todos seamos Excelentísimos, como ya somos hoy todos *simpáticos*, *distinguidos*, *ini-*

mitables, inapreciables y otras muchas cosas, que mas de una vez nos han hecho creer que era mentira, que por el pecado de nuestro padre Adan, se habia perdido el Paraiso, puesto que nosotros, que creíamos ser unos Adanes, estábamos siendo unos ángeles.

Por esta razon, ni el digno comerciante, ni el muy digno general, ni el dignísimo escritor, son capaces de mentir á sabiendas, en la Bolsa, en el Casino y en el periódico. Eso seria una indignidad, y aquí ya hèmos dicho que sino todos somos dignísimos, somos cuando menos muy dignos.

Sobre que una cosa es mentir y otra muy distinta no decir la verdad, pésele ó no de esta metafísica distincion moderna al Diccionario de la lengua, en los mentideros de hoy no se siembran mentiras, se siembran rumores. Si estos crecen luego, ó trasplantados á otro lugar degeneran y echan flores nocivas y consienten ingertos monstruosos, cuyos frutos envenenen la atmósfera, y corrompan la sociedad, y arruinen las familias, y deshonren y maten al individuo, ¿qué culpa tiene de esto el que soltó el rumor? ¿Lo hizo él por ventura para que tuviera semejantes consecuencias? ¡No eran mayores de edad, constitucionalmente hablando, los que oyeron el rumor! ¿Pues por qué le escucharon? ¿Por qué le creyeron? ¿Por qué le dejaron crecer y desarro-

llarse y convertirse de un simple rumor, en una gran mentira?

Figúrate, lector, que cargo se le puede hacer al socio de una tertulia pública, que mientras está tendido en una otomana, aguardando la hora de jugar al golfo ó al treinta y cuarenta, se engolfa en una conversacion, y por vía de pasatiempo, suelta treinta ó cuarenta noticias, de las que ha oido. de las que ha creido oir ó de las que espontáneamente le vienen á la imaginacion! (Que no por estar pensando en el juego ha de dejar de ocuparse en otras cosas de mas importancia) ¿Si le ocurre un chiste, mas ó menos calumnioso, ha de renunciar á decirle? ¿Y si le dice, se le ha de aplicar á un personaje bíblico. histórico ó mitológico? Lo primero le acreditaria de mal cristiano, lo segundo de ignorante, y lo último de tontó. Para no merecer ninguna de estas censuras, aplica el chiste á uno de los altos funcionarios del Estado, sino le ocurre persona mas elevada, ó á un comerciante, ó á un militar, ó á una señora cualquiera. Si el héroe del lance es amigo suyo, por lo mismo que esto le dá mas confianza, puede estenderse mas en el cuento y darle mayor aire de verdad.

Pero la prueba de que este pasatiempo es inocente, es que despues de haber producido con él, ó las risas ó el asombro de los oyentes, se dirige á la mesa de juego, y ya no se vuelve á acor-

dar de lo que ha dicho. Ni el tiene responsabilidad legal por sus palabras, ni por repetirlas, con mas ó menos buena memoria, los que las han oido, se les puede hacer cargo alguno. La responsabilidad es toda del periodista, que bebiendo el rumor en la fuente, ó en cualquiera de las otras vasijas adonde ha sido trasegado, con una celeridad digna del siglo del ferro-carril y del telégrafo, le trasplanta, y le da cierto aire de verdad en las columnas de su periódico.

Pero el periodista tiene lo que no tenian ni pensaron nunca en tener las gentes de AYER: una cantidad en fianza y un hombre de reserva, para responder de lo que dice; siempre que lo diga afirmativamente, y de una manera que no dé lugar á dudas y á interpretaciones. Pero si él lejos de afirmar la noticia, y he aquí otra prueba de buena fé, la encabeza con estas palabras: *hemos oido decir, pero no podemos creerlo*; ó con estas otras: *no es cierto lo que se há dicho*, ó con las mas usadas y muy sacramentales frases de *parece, se dice y corre el rumor*, su fianza permanece intacta, su editor responsable no responde, y sale del paso, probando su buena fé con decir que: *mejor informado, puede asegurar que no tiene el menor fundamento la noticia que dió el dia anterior.*

Explicadas asi las cosas, porque todo tiene su explicacion en este mundo, ¿crees tú, lector, que puede hacerse cargo alguno, ni al que soltó

el rumor, ni al que le acogió y nutrió, ni al que le propagó y le repartió á domicilio? ¿Podrá reconvenirse á ninguno de ellos por la baja de los fondos públicos y el consiguiente descrédito nacional, por el tumulto popular, y la sangre en él vertida, ó por la deshonra y las muertes que ocasionó la noticia? Me parece oirte decir que no, porque si el periodista dijo que él no lo creia, ó que dudaba que fuese cierto, ¡por qué no dudaron sino que lo creyeron las gentes!

Alégrome sobremanera de que estemos de acuerdo en este punto, y vamos á otra cosa.

Dejemos que hiervan los rumores en los cafés y en los casinos; no nos metamos en si la maledicencia anda mas ó menos suelta en los círculos mercantiles y en la Bolsa; olvidémonos de que tambien ruedan las mentiras en las tertulias patrióticas y en los pasillos del Congreso, y puesto que, para los casos graves, tiene la sociedad y los individuos de ella, asegurada su honra en la Caja de depósitos, y en la persona de los editores responsables de los periódicos, concluyamos este boceto ¡de la murmuracion, murmurando á nuestra vez un rato del gran murmurador del siglo, del telégrafo eléctrico.

Este si que no tiene ni fianza, ni editor responsable, ni nadie, absolutamente nadie, que responda de sus palabras. Verdad es que él gasta pocas, porque como ha abreviado el andar,

hasta el punto de correr mas que el aire, que nuestros padres murieron creyendo que era el primer andarin del mundo, habla siempre en abreviaturas y en cifras, y á los que le descifran y le desabrevian, seria una injusticia hacerles responsables de las noticias. Y suponiendo que tuviera fianza, la dificultad estaria en alcanzarle para exigírsela. Cuando el telégrafo hablaba por señas, como los molinos manchegos, y *se interponian las nieblas*, entre una torre y otra, habia tiempo para todo; pero ahora que su agente de negocios es la electricidad, no hay manera de darle caza. En la quinta parte de un segundo dá la vuelta al mundo esa señora, con que dime tú, lector, si es cosa de echarle un galgo. El mejor andarin que pudiéramos echar á su alcance, seria una locomotora, y esa, á todo correr, y echando los bofes el que la dirige, solo anda 100 kilómetros por hora. El viento, á toda rienda, y cuando ya no sabe por donde anda, gasta una hora en 104 kilómetros, y la luz, que aun no nos ha dicho como nos hemos de servir de ella, para los viajes, un millon de kilómetros, ¡con que ayúdame á sentir!

Aunque será mucho mejor que ni tú ni yo sintamos otra cosa sino los efectos de ese gran noticiero moderno, que ni de dia ni de noche cierra la boca, y que va y viene por todas partes, lo mismo por el aire que por el agua, con

nieves y con frios, con sol y con luna; reservado como nadie, impávido hasta parecer insensible, ni se entristece, ni se alegra, ni rie, ni llora, ni pierde el color, ni se ruboriza, y parece en suma, la imágen satánica del siglo XIX, indiferente á las penas y á las alegrías de la humanidad.

Conmueve y trastorna media Europa, anunciando que ha estallado una gran revolucion en la otra media, y al dia siguiente se rectifica á sí propio, diciendo que no ha existido semejante revolucion. Asegura que ha habido una gran batalla, en la cual han quedado vencedores los blancos, y refiere el considerable número que han perdido los negros; y luego repite la noticia enteramente á la inversa. Pero no le mires á la cara cuando dice una cosa, ni cuando rectifica, afirmando lo contrario, porque en ambos casos le verás lo mismo.

El telégrafo eléctrico, es un rey constitucional verdaderamente irresponsable.

Los noticieros se han apoderado de él como de una finca mostrenca, y con lo que dice, con lo que le hacen decir, ó con lo que suponen que ha dicho, se surten hoy todos los mentidores, y se llenan de mentiras todos los mentideros.

En muchos cuadros de este museo, verá el lector los casos prácticos del presente.

CUADRO VEINTE Y NUEVE.

La Gramática Parda y la Gramática Dorada.

Si estuviera en mi mano, no ponerla en el asunto de este capítulo, ó buscar entre mis lectores de las aldeas, y los de la córte, uno que se encargara de escribirle, ó de suministrarme datos para que yo pudiera hacerlo, indudablemente este cuadro seria el primero de la coleccion. Pero la gramática parda, y la gramática dorada, son dos gramáticas inéditas, de las cuales, muy á mi pesar, declaro que no conozco ni una sola letra. Y no porque me haya faltado el deseo de aprender la una y la otra, sino porque no he hallado quien quiera enseñármelas.

Esta clase de gramáticos, no son como los de la lengua, que tienen en la Real Academia Es-

pañola, una comision permanente que vela por la pureza de las reglas y pasa la vida discurriendo el modo y forma de simplificarlas poniéndolas al alcance de los mas legos.

Los gramáticos pardos y los gramáticos dorados son como los poetas, que solo con dejarse parir tienen aprendido el oficio. Estas gramáticas son intuitivas, y sin dómines, ni disciplinas, ni bandos de Roma y de Cartago, brotan por todas partes aventajados discípulos de ellas. El uno por ciento de los mortales, y sentiria quedarme corto, es profesor de la ciencia infusa del *modus vivendi*. Y sin embargo, yo que me hallo entre los noventa y nueve, tengo precision de hablar de lo que nada han dicho, los únicos que podrian decirlo. Mi situacion es parecida á la de aquellos periodistas que, por llenar un par de columnas, han de escribir de una materia que no entienden, y á la de ciertos diputados que se levantan á pronunciar un discurso de tres horas, para defender unos intereses, que tras de no ser los suyos, les son perfectamente desconocidos.

Y pues no hay remedio, sino que por fuerza he de ser el *médico á palos*, de este gran hospital de gramáticos pardos, empezaré á tomar pulsos, dirigiéndome desde luego á las aldeas de poco vecindario, porque como á médico principiante, no me está permitido entrar matando gente rica, sino que he de ensayarme con los pobres.

El primer profesor de gramática parda, en las aldeas, en las villas y aun en las capitales de provincia, es el elector.

Los candidatos para diputados á Córtes, para diputados provinciales y para regidores, presumen conocerle, y aun tienen la ridícula pretension de engañarle, pero le conocen menos que yo y siempre resultan engañados. Los agentes del gobierno creen saber mas que él cuando le atropellan, arrancándole su voto, pero aun en este caso se engañan. El verdadero gramático pardo hace su negocio hasta en el atropello, y no pocas veces juega á dos palos, y gana con el agente del gobierno y con el candidato derrotado.

Antiguamente, porque la gramática parda tiene una antigüedad muy remota, no tenia otras aplicaciones que las ordinarias de trampear un año en los arrendamientos; humillándose el colono en presencia del señor del pueblo, y diciéndole con lágrimas en los ojos,—«que él era la carne y su señoría la cuchilla y que cortase por donde quisiera;»—con lo cual el señor, viendo que el labriego no hacia mas que rascarse la cabeza y que no comprendia nada de lo que le decia, le dejaba marchar, perdonándole el descubierto, y apellidándole bárbaro y tonto, y otras cosas por el estilo, quedándose el señor en su casa, diciendo para sus adentros:

—¡Qué bestias son estas pobres gentes!

Mientras el labriego volvia á su aldea, murmurando para su capote aquello de:

—Dame pan y llámame tonto.

Mas adelante vino la revolucion y con ella los revolucionarios, entre los cuales vinieron al mundo los autores de la gramática dorada, que establecieron desde luego su industria en las grandes capitales, no sin merodar de vez en cuando por los pueblos, para cazar algunos gramáticos pardos. Pero estos sabian demasiado para caer en las redes, y posar en la liga, y apenas les pasó el aturdimiento de los primeros sermones patrióticos, que los llevó como corderos atados al carro de la revolucion, se encerraron en sus conchas, que tienen muchas, y echaron sus cuentas de tal modo que aun no les ha salido mal ninguna.

Con un programa, del cual solo les gustaba lo que no entendian; dos discursos, que ocupados en aplaudir no acertaban á comprender; tres vivas á la libertad, y el rataplan de la Milicia Urbana, iban á las urnas electorales, echaban un papelito, y se retiraban á las labores del campo, ansiando volver al pueblo, para oir leer los periódicos, que sentian no comprender, porque era cosa que les gustaba sobremanera.

Pero á fuerza de ir y venir á las urnas, llegaron á comprender que aquellas idas y venidas, que no les venian muy bien á los campos, ve-

nian perfectamente á algunas personas, y entrando en cuenta consigo propios, decidieron ser mas estrechos de manga de lo que habian sido hasta entonces. Á abrirles, de par en par, los ojos parlamentarios, vinieron las luchas de los candidatos, y tras de los certámenes políticos de los programas electorales, vino la licitacion y la subasta de los votos de los electores.

Con esta experiencia, y la aplicacion de la gramática parda al ejercicio del imprescriptible derecho electoral, se han hecho inútiles los programas y los discursos, y hasta innecesarias las visitas del candidato á los electores.

Pero aun se hacen algunas de estas, y para que el lector tenga una idea de ellas, le daremos á continuacion un retazo:

Que se figure, desde luego, una villa de bastante vecindario, cuyo cacique, gran propietario de bienes nacionales, se halla al regresar de la capital de provincia, adonde fué llamado por el gobernador civil, con que el ex-diputado del distrito acaba de llegar á su casa. Lo primero que hace el elector influyente, despues de saludar á su huésped con una cordialidad y un cumplido, digno del mas consumado diplomático, es hablarle de todo, menos de lo único que el ex-diputado viene á buscar allí. En vano habla éste de las elecciones, que están muy próximas y hace diferentes preguntas electorales, todas encami-

nadas á buscar la proteccien del influyente, á quien llena de piropos, lisongeandole por cuantos medios están á su alcance, y en esta materia el candidato alcanza mas que un cañon rayado.

Las indirectas solo alcanzan una sonrisa, las preguntas directas son contestadas con otras preguntas extrañas al asunto, y de sobra conoce el candidato, que está allí sobrando su persona; pero fiado en su elocuencia, espera ¡esperanza insensata! triunfar de aquella reserva, y alcanzar el apoyo del elector, con quien logra por fin entablar el siguiente diálogo electoral.

—Conque, amigo, le dice, veo que está usted muy reservado y esto me indica que debo renunciar á presentarme como candidato en estas elecciones.

—¡Qué aprensiones tiene vd.! replica el elector, sonriendo.

—Pero vd. ¿qué me aconseja? dice el ex-diputado, temblando que le aconseje lo que con su silencio le está aconsejando desde que llegó allí.

—¡A buena parte viene vd. á pedir consejos! ¡pobre de mí que los necesito de todo el mundo!

—Pero en esta materia nadie sabe tanto como vd. que es el amo del distrito.

—Ya, ya, ¡bueno está el distrito!

—¡Es decir, que vd. cree que no debo aspirar á la reeleccion! pregunta el candidato.

El elector calla, hasta que el otro tiene la candidez de repetir la pregunta y le dice:

—Mire vd. esto no está ya como estaba antiguamente; estos tios de capa parda han aprendido mucho y ya no los gobierna nadie. El que mas y el que menos, sabe que un voto es un voto..... y..... vamos..... la verdad... no quieren darle así... al primero que llega.

—¡Con que es decir que este distrito, que era el mas independiente de España, se ha vendido al gobierno! exclama el ex-diputado, queriendo producir efecto sobre el elector.

Pero éste, embozado en su gramática parda, lejos de incomodarse dice sonriendo:

—No señor, no se han vendido al gobierno; estos electores son muy liberales; sino que vamos... es lo que se dice... cada uno tiene su conciencia, y como ven que los otros distritos de la provincia, todos tienen caminos vecinales, y fuente en la plaza mayor, y no les recargan la contribucion, ni sufren otras gabelas, no hay quien pueda con ellos; de por fuerza quieren votar un diputado que no esté mal con el gobierno.

—Es decir que van vds. á votar el candidato que les mande el gobernador.

—Quiá, no señor, replica el influyente sin dejar de sonreir, aquí no nos manda nadie; sino que estos tios son muy brutos, y ellos dicen que

cuando le eligieron á vd. diputado era ministerial, y que luego se pasó á la oposicion, sin renunciar el destino que le habian dado... y en fin, nada... lo que le digo á vd... que son muy brutos. Oyen campanas y no saben donde las tocan.

El candidato no es tan tonto que no vea su causa perdida al oir estas últimas palabras; y aunque no renuncia á hacer un discursito sobre la libertad electoral y los amaños del gobierno, y explica su conducta, diciendo que los magistrados, por lo mismo que deben ser inamovibles, no pueden renunciar sus destinos sin sentar un precedente funesto para la buena administracion de justicia, se retira de casa del elector, que le despide sonriendo, y sin decirle categóricamente lo que él piensa hacer en la eleccion próxima

En cuanto á las relaciones del profesor de gramática parda con los demás gramatiquillos del lugar, son tan variadas que habriamos de escribir un infolio si hubiéramos de enumerarlas siquiera. Baste decir que la gramática parda sirve hoy para hacer ayuntamientos *templados*, si mandan los conservadores, y *calientes*, si gobiernan las gentes de ideas avanzadas; y que así, tirando y aflojando, van los gramáticos haciendo su fortuna cuando el rio está revuelto, y conservándola, y haciéndola echar raices, cuando se serenan las aguas.

Han aprendido ya mucho, aunque no tanto

como les hace falta, y aunque hay en los pueblos gentes que arrancan los árboles, para que no quiten el sol á la tierra, ya no se encontrará un lugar por pequeño que sea, donde echen á palos al que á sus expensas quiera llevar el agua desde larga distancia; por miedo, y esto es histórico, de que cuando estuviese el agua en la plaza se vendería menos vino en la poblacion.

La gramática dorada, como gramática de córte, tiene mas vastas aplicaciones que la parda, y si hubiéramos de tomar el pulso á todos los profesores de ella, seria interminable este cuadro. Y tal vez no adelantaríamos nada con pulsar á algunos de ellos, porque desgraciadamente las enfermedades del oro, no siempre se revelan en el pulso, ni menos en la cara. Y para convencernos á nosotros mismos de esta verdad, vamos á hacernos unas cuantas preguntas, dándonos motu propio otras tantas respuestas:

—¿De qué vive ese caballero?

—De lo que come.

—¿Quién le viste?

—El sastre.

—¿Quién paga al sastre?

—Nadie.

—¿Pues qué interés tiene el sastre en mantener un figurin de carne y hueso, que vaya á los paseos y á los cafés, y á los teatros, cada dia con un nuevo traje?

—¡Pues ahí verá vd!

—Y á ese otro, que gasta coche, y tiene abono en el teatro, y da comidas, y cada verano le pasa en un punto del globo, visitando las principales casas de baños, sin bañarse en ninguna ¿quién le paga lo que gasta?

—Él mismo.

—¡Pero si él no tiene rentas, ni sueldo, ni oficio ni beneficio; y además juega mucho!

—¡Pues ahí verá vd!

—¿Y de qué vive ese jóven tan bonito y tan almibarado, que no ha seguido ninguna carrera ni tiene patrimonio alguno?

—Ese vive de lo que come.

—¿Pero quién le dá de comer?

—Su cocinero, que es de los mejores.

—Y esa anciana, á cuya casa va de visita todos los dias ¿es su abuela?

—No señor.

—¿Pues quién es?

—¡Ahí verá vd!

—Y aquella señora, que todas las noches recibe expléndidamente en su casa á los hombres políticos y á los altos funcionarios del Estado, y ante la cual se inclinan con respeto todos los porteros y aun los escribientes de las oficinas, ¿quién es?

—No se sabe.

—¿Es soltera?

—Dice que no.

—¿Casada?

—Menos.

—¿Viuda?

—Tampoco.

—¿ Pues qué estado es el suyo? ¿de qué vive? ¿quién la sostiene? ¿cómo sostiene á los demás?

—Es un misterio.

—¿Y por qué no trata de descubrirlo el ministro, ya que la trata tan íntimamente, que un simple recado de esa dama le hace abandonar sus mas sérias ocupaciones?

—¡Ahí verá vd!

—¿Y qué hombre es ese tan extraordinario, que ayer no era conocido de nadie, y hoy le ha dado á conocer á todos la *Gaceta*, nombrándole para un alto puesto, y aun se dice que no admitirá hasta que le dén otro mas alto?

—No se sabe.

—Pero, ¿cuál es su historia? ¿qué méritos tiene?

—La *Gaceta* no los publica.

—¡Pero el público los dirá en voz baja!

—Tampoco.

—Pues ¿qué misterio es ese?

—Perdone vd., señora, no lo he podido remediar... como llevan vds. esos vestidos tan largos y esos miriñaques tan horondos la he pisado y...

—No hay de qué ¿pero ese hombre?

—¿Qué hombre?

—El de la *Gaceta.*

—Son muchos los hombres de que habla la *Gaceta.*

—¡Pero la historia de ese que nadie sabe de donde ha salido!

—Perdone vd., señora, ya he vuelto á pisar el miriñaque; todo lo llenan vds. con esos vestidos tan largos.

—Pues retírese vd. y hábleme desde lejos.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque si me aparto del miriñaque...

—¿Qué?

—Nada, ¡ahí verá vd.!

De manera, que como dije al empezar este cuadro, ni de gramática parda ni de gramática dorada se me alcanza gran cosa, y si continuara escribiendo sobre esta materia, me sucedería lo que á otros escritores, que cuando presentan en relieve ciertos caballeros de industria, producen con sus obras un efecto casi contrario al que se propusieron al escribirlas.

Si la industria de los vividores estuviera al alcance de los que vivimos contando al público todo lo que sabemos, dejaria de ser industria.

Como no es así, suspendo el interrogatorio que habia comenzado; y lo hago precisamente en el momento en que iba á poner el dedo en la verdadera llaga; no en la llaga de la industria,

que está demasiado recóndita, sino en la de la verdadera gramática dorada.

Me iba á asomar á la Bolsa; pero tenia algunos cuantos cuartos en mi bolsillo, y no me he atrevido; porque ir allí á comprar caro y al contado, para vender luego barato y á plazo, no tiene chiste. Lo que tendria gracia seria saber ir allí, sin dinero, comprar mucho, barato y á plazo largo, y vender, antes de pagarlo, lo mismo que se habia comprado, caro y al contado.

Pero eso solo saben hacerlo los gramáticos pardos de la córte; y cuando lo que hacen con el papel del Estado, lo hacen tambien con los bienes nacionales, sin dejar de ser capitalistas se hacen propietarios y ande la rueda.

Hay gentes para quienes la rueda no anda nunca; tanto peor para ellos.

Antiguamente se les dejaba morir en paz, aunque fuera de hambre, en un rincon, pero se les llamaba hombres de bien. Hoy la hombría de bien anda mas cara y no la alcanzan ciertas gentes, á quienes todos llaman tontos.

¡Figúrate, lector, lo que seria la sociedad si todos fueran discretos!

Si aun no se oyera decir, bastante á menudo por fortuna—bien empleado le está lo que le pasa; *si no hubiera sido tonto*, habria hecho *su negocio*, y ahora *se reiria* de todos—¡qué seria de nosotros!

Lo único que de su ciencia nos han revelado los profesores de la gramática parda y de la dorada, es que para medrar en este mundo se necesitan tres cosas—*ver venir*, *saberse aguantar y dejarse ir*. Lo primero tiene una parte muy fácil, pero tiene otra muy difícil; todo el mundo sabe ver venir, pero pocos saben cuando viene la suya. Lo de saberse aguantar, no consiste en otra cosa sino en arrojar los escrúpulos, y lo demás que estorbe, y no averiguar donde anda. Y lo último, en cerrando los ojos, para no saber á donde se vá, es fácil dejarse llevar á donde quieran.

Pero de todos modos, te aseguro, lector, que esa ciencia es muy difícil, porque los que la saben la callan, y si algo dicen es como lo que acabas de oir; ó como aquello otro de que el hombre ha de tener un codo para ceder y otro para resistir. La ciencia consiste en saber cuando conviene hacerse de goma, y reducirse á la última expresion, y cuando de hierro y reducir á los demás al punto matemático.

¡Y los que no tienen un codo duro y otro blando, sino que son todo goma y todo hierro segun las ocasiones! ¡Esos si que son los verdaderos profesores de la gramática parda y de la dorada! Los doctores *in utroque* de la gran universidad del siglo; los amos de este claustro académico, que vino en pos de la exclaustracion monacal.

CUADRO TREINTA.

Los pollos de 1850.

Desde que los niños nacen con los ojos abiertos, que es cosa recientísima, se ha dejado de exigir á los hombres la edad, la talla, la ciencia y la experiencia, que antes eran requisitos indispensables para que un mortal fuese declarado *viable* en el grande y en el pequeño mundo. (Que antiguamente, aun despues del descubrimiento de Colon, no habia mas mundo que uno). Se han considerado años de abono todos los que antaño se perdian en aprender la doctrina cristiana y en recibir azotes por no saberla de coro; y con esto, y alguna rebaja de tiempo en el de la lactancia, y haciendo la vista gorda en otras menudencias, puede el hombre *soltar el cascaron*, cuando aun

está siendo fruta de cáscara verde, muy agria y muy por madurar. El gran mundo (y hé aquí la ventaja de que haya mas de uno) se encarga de madurarle, y al poco tiempo de haberle recibido en su seno, le pone mas blando que un guante.

Pero no se crea por esto que el pollo de la especie humana se lanza desde luego en el gran mundo, y que al abandonar el regazo materno su primer vuelo es á los reñideros de gallos. Nada de eso. El verdadero pollo, el niño graduado de jóven de buen tono, en la entonada sociedad del gran mundo, no entra de rondon en ella, ni pasa á ser hombre desde que dá los primeros pasos en los andadores con que le sujeta la nodriza; entre ésta y el colegio, hay un par de años de aya, y entre el colegio y el gran mundo, hay á veces hasta un par de lustros, en los cuales, hasta los chicos de antaño, que nacian con los ojos cerrados, se hubieran lustrado y pulido mas, mucho mas de lo que hubieran querido sus padres.

Quince años ha cumplido ya el niño, cuando sus padres (padres por supuesto del gran tono y del gran mundo) le traen á casa, y le instalan en el cuarto, que apartado de las demás habitaciones, le prepararon para cuando fuese hombre. El criado, que han puesto á su servicio, es tan nuevo en la casa como su señorito; el cual, como queda dicho, la perdió de vista cuando aun se le iban

los ojos tras de la nodriza; pero habla en francés como su amo, y esto establece entre ambos una perfecta inteligencia. No son tan cordiales ni tan íntimas las relaciones que el niño conserva con sus papás, con los cuales come alguna vez á la semana, y apenas deja de verlos todos los dias. Unas veces, porque expresamente y previo aviso, va al cuarto de su madre, que por otra regla de buen tono, no es el mismo que el de su padre, y otras porque acerca su caballo á la carretela de la casa, para decir un *bon mot* á mamá cuando la encuentra en el paseo, ó porque la saluda por la noche en el teatro, subiendo un rato al palco.

En su propia habitacion dá de almorzar á sus amigos, y esta es la ocasion que elige la mamá, no para ir á ver á su hijo, que esto seria de mal tono, sino para enviarle un plato escogido, ó una botella de vino especial, y á veces una caja de cigarros; porque el niño no ha olvidado nada de lo que aprendió en el colegio. Cuando se alzan los manteles, se descuelgan los floretes, que este adorno es de rigor en las paredes del cuarto del pollo, y se dan ó se reciben unos cuantos botonazos.

Al criado que abre la mampara para anunciar, en francés por supuesto, que el caballo, extranjero tambien, está listo, no se le contesta, y acabado el asalto, en traje de *matinée*, se sale á cabalgar, verdaderamente á cabalgar, un par de

horas por la Fuente Castellana y el salon del Prado.

El pollo, y los que no lo son y quieren parecerlo, todos cabalgan del mismo modo, enclavando los pies en los estribos, y botando el cuerpo sobre la silla, como si ésta les quemara, ó ellos fueran de goma elástica. Se acercan á los coches, y aun hacen algo mas que acercarse, porque dejan medio cuerpo sobre el caballo, y echan el otro medio dentro de la carretela donde va el objeto de sus ansias, y así pasan el dia, hasta la hora de la comida, que es una hora ó dos despues de la del tocador; porque el pollo verdadero, tiene la *toilette* de *negligé* al levantarse, la de *matiné* á la hora de almorzar, y la de *soirié*, que es la verdadera, antes de comer.

El criado sabe bien las horas de esas tres revistas de policía interior y exterior, y las prendas que conviene alistar para cada una de ellas, y prepara: para la primera, las pantuflas, el *echarpe*, la *robe de chambre* y el *bonnet*; para la segunda, las botas á la *ecuyer*, el *chaquet* y la *fouet*; y para la última, el *habit noir*, el pantalon de color y corbatas á *volonté*. Para cada una de estas tres transformaciones, tres camisas distintas, y si despues del teatro hay otra transformacion para ir de *soirie-danzante*, una cuarta, y todo presentado en bandeja y todo perfumado.

Pero aunque estos pollos de ahora gastan,

como los *petimetres* de antaño, tres horas en vestirse y otras tantas en desnudarse, empleando el resto del dia en lucir las operaciones del tocador, se diferencian completamente de aquellos, no solo en las prendas que usan, que estas se las dá hechas la moda, sino en la manera de usarlas.

El *pisaverde*, que mas tarde se llamó *lechuguino*, se vestia tan á solas consigo mismo, que ni aun permitia que su propia imágen se asomara al espejo, hasta que estaba en ropas mayores, y se prensaba los pies, y se estrujaba el talle, y no cesaba de estirar la ropa, hasta que se ajustaba perfectamente al cuerpo, con una exagerada simetría en todos los detalles. El elegante de ogaño, el *dandy* de los paseos, conocido en los círculos del gran tono con el terrorífico nombre de *leon*, hace todo lo contrario: se viste en público, ó mejor dicho, se deja vestir por su criado en frente de un gran espejo, llamado de *vestir*; todas las prendas que usa le están holgadas, y estudia la manera de llevarlas flojas, y todo su empeño y todo su cuidado, le pone en aparentar que se ha vestido con descuido, para salir á la calle perfectamente desaliñado.

El público, que asiste al vestuario del pollo *lion*, que es el verdadero pollo de esta nueva cria, se compone de otros niños, todos mayores de quince años, y todos menores de edad, de los cuales haré un ligero retrato para que el pú-

blico á quien yo me dirijo, lòs conozca á todos.

El primero, por ser el de mayor edad, y el amigo mas íntimo del *dandy* es estudiante y catedrático á un mismo tiempo.

De dia aprende derecho romano, y de noche enseña derecho universal.

Como alumno de la Universidad Central es poco asistente á la clase de jurisprudencia: como profesor del Ateneo es mas asistente á la cátedra de derecho universal; cuyas lecciones anunció pomposamente en los periódicos que serian semanales, y unas veçes por fiestas, otras por indisposiciones, y otras por causas menos justificables, se redujeron á cuatro en todo el curso académico. Pero cuatro lecciones que valian por cuatrocientas, segun probó mas tarde el jóven autor del prólogo, con que salieron á luz elegantemente impresas. Este presunto garnacha y famoso, y en la prensa periódica afamado, profesor del Ateneo, es el sabio de mas nota en la pollada del dandy.

No le vá en zaga, y aun corre con él parejas, otro niño, de escasos diez y ocho años, que ya ha visto representadas y aplaudidas tres obras dramáticas y recogido diez y ocho ó veinte coronas de laurel y llenado con la fama de su nombre las columnas de los principales diarios de la córte. Este jóven no ha estudiado nada, porque su mision sobre la tierra no es aprender, sino

enseñar, y si empleara el tiempo en ir á las escuelas no le alcanzaria para instruir y moralizar al pueblo, deleitándole con sus obras dramáticas. Tambien tiene comenzada una novela, y terminado un poema, y escribe gacetillas en un periódico político. Pero ninguno de estos trabajos le impide asistir á una secretaría del Despacho, á desempeñar una plaza de auxiliar, con la misma puntualidad que el futuro abogado su plaza de alumno de derecho romano.

El otro jóven, que se halla en casa del dandy, es rico como éste, y no estudia leyes, ni explica en el Ateneo, ni escribe dramas, ni extracta expedientes; pero sabe montar á caballo, y guiar un carruaje, y matar un venado, y tirar al florete. En las carreras de caballos, aunque los suyos no estén inscriptos para optar á los premios, es siempre un operario preciso; y de noche no falta á los teatros, compartiendo la funcion, entre la butaca y los bastidores; en la primera para flechar los anteojos gemelos, y hablar de política, y en los segundos para enamorar á las bailarinas, cuyo mérito recomienda, con toda imparcialidad, á su amigo el jóven periodista.

Tendidos en sus respectivas butacas, con el cigarro en la boca, asisten á la *toilette* (que así llamamos en castellano al acto de vestirse, que antiguamente se decia tocador ó tocado), y examinando, el uno un par de espolines ó un látigo

de domar, y el otro hojeando un libro, y el tercero recorriendo un periódico, arreglan la política extranjera y se avergüenzan de ser españoles; quitan y ponen reputaciones, traen y llevan honras y preparan placeres y diversiones, no sin decir á cada paso que están hastiados de la vida.

La de los cuatro reunida apenas compone una vida ordinaria.

El pollo *dandy*, recibe al pollo *gentelman*, con estas palabras:

—¿Cómo salistes anoche?

—Perdiendo cinco mil duros, contesta el preguntado, sacudiendo el látigo con la mayor indiferencia.

—Mala semana llevas, replica el otro sonriendo, mientras se desarregla la corbata frente al espejo; si lo llega á saber tu futuro suegro ya no te dice que no te dá la chica, sino que la pone donde no vuelvas á verla en toda tu vida.

—Para que no se incomode en hacerlo así, le he tomado la delantera.

—¿Pues qué has hecho?

—La he sacado judicialmente de su casa.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Antes de jugar?

—Por supuesto. Como que al juego no fuí hasta las once de la noche.

—Pero, chico, esa es una calaverada mayúscula, exclama el legista.

—¿Por qué no me has avisado? interrumpe el escritor dramático.

—¿Para qué? ¿Eres tú de la curia?

—No, pero ya sabes que en mi profesion de novelista, necesito ver todas esas escenas dramáticas. De seguro que si yo veo al padre, al juez y á la niña, tengo hecho un drama. El primero estaria furioso, queriendo matar á su hija; el juez alzaria su caña de Indias, con su gran puño de oro, diciendo que la ley la amparaba, y la chica fingiria un desmayo y daria cien pataletas.

—No lo creas, Elisa salió tan serena y tan fresca como si tal cosa; y en cuanto al padre, se quedó tan perplejo que no pudo articular una sola palabra; luego fué cuando dijo, segun me ha contado la criada que ha intervenido en nuestros amores, que no la daria un cuarto, y que hacia cuenta que se le habia muerto su hija.

—Lo de siempre, exclamó el dandy; pero ya se le pasará.

—¡Claro es! replica el periodista.

—Lo de no darla un cuarto, dice el legista, será lo que tase un sastre. Yo te dirigiré ese negocio, y la legítima de la madre, cuando menos, no te la puede negar.

—En punto á intereses, estoy tranquilo, repli-

có el pollo; tengo de consejero un pájaro que sabe mucho mas que mi suegro, y me ha dicho que no tenga cuidado. Prometo daros buenas comidas con los ochavos que ha ahorrado ese pobre hortera.

—¡Debe tener mas de cien millones de capital! dice el dandy.

—Con lo que pasa de esa suma pienso formaros una gran biblioteca bucólica de autores del Rhin, de Burdeos y de Holanda.

—¡Cuántos trabajos habrá pasado ese barbero para reunir ese dinero! exclama el periodista.

—Pues ya ves á lo que llama calaverada mayúscula, este sabio profesor del Ateneo, á casarse con cien mil duros.

—No lo decia por eso, sino porque eres aun muy jóven para casarte.

—Para casarme como lo hacian nuestros padres, tienes razon; pero como yo no pienso renunciar al mundo porque me case, sino que tomo el matrimonio como una remonta de que necesita mi fortuna, gracias á las cuentas que por partida doble me lleva mi tutor.

—Si, yo creo que haces bien en casarte; pero siento que no hayas cumplido siquiera diez y ocho años.

—No hagas caso, chico, dice el escritor dramático, no hagas caso de estos defensores de la patria potestad porque son insufribles. Este le-

guleyo querria que estuvieses ahora, como estaban nuestros padres á nuestra edad, apedreándose unos á otros; atando ¡ingeniosa diversion! las cubas de los pobres aguadores, á las ruedas de los coches, corriendo tras de las pasiegas, y llamándolas burras de leche, rompiendo los faroles de las calles y haciendo otras salvajadas por el estilo.

—Já, já, já, interrumpe el dandy, entregando sus brazos para que el ayuda de cámara le ponga la levita; excelente cuadro de costumbres para el autor de AYER, HOY Y MAÑANA, que aunque parece que ridiculiza los usos de antaño, se lamenta de que los hombres quieran serlo antes de cumplir treinta años de edad

—Buena sociedad de inválidos se formaria con esos angelitos, exclama el periodista.

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

como decia Espronceda. Y no se diga que Espronceda era de nuestros tiempos, que si viviera hoy casi seria un anciano.

—Ea hablemos de otra cosa, dice el novio, ó que nos den de almozar, que ya va siendo hora.

El pollo anfitrion hace una seña á su criado y volviéndose al escritor dramático le dice:

—¡Con que ya has hecho dimision de tu destino!

—¡Pues no faltaba mas, sino que no la hiciera! y le hablé bien claro al ministro.

—De manera que si cae esta situacion te calzas un ascenso.

—No he pensado en eso, sino en que mi posicion como escritor público me imponia deberes, iucompatibles con los de empleado; pero naturalmente cuando entren en el poder los mios, lo menos que habrán de darme es una plaza de oficial de secretaría.

—¡No es mala breva! exclama el legista.

—Veinte y seis mil reales, ¡valiente porquería!

—¿Pues qué querias? ¿que te hiciesen director?

—Otros lo son con menos méritos que yo; y si tuviera edad para ser diputado, no me contentaria con menos.

—En ese caso, yo tendria que ser ministro.

—Tú no puedes ser nada mientras estés estudiando. Si dejaras las malditas leyes, que no te han de servir de nada, porque hay mas abogados que litigantes, con tu cátedra del Ateneo, y arrimarte á la redaccion de algun periódico, serias lo que quisieras.

Así siguieron hablando los pollos, hasta que les avisaron que estaba listo el almuerzo; en el cual les abandono, para no verme obligado á tra-

ducir la conversacion que sostienen, mitad en francés y la otra mitad casi en castellano, sobre asuntos varios, y principalmente sobre la crónica escandalosa de la córte.

De esto último, aunque los lectores de esta obra digan que está incompleta, ni en este, ni en otros cuadros he de decir una sola palabra.

CUADRO TREINTA Y UNO.

Un cacho de vida privada y un mendrugo del pan de la emigracion.

En las primeras páginas de esta segunda parte, y en algunos cuadros del AYER, hemos dicho al lector una gran mentira que nos apresuramos á rectificar, protestando, sin embargo, de la buena fé con que al engañarnos á nosotros mismos, engañamos al público.

Asomando la cabeza á los cafés, á los casinos, á los ateneos y á las sociedades patrióticas, y viendo que todas esas grandes tertulias nacionales estaban compuestas de las pequeñas tertulias privadas, creimos que estas habian desaparecido, y que la murmuracion académica, la banca y otros entretenimientos de esas grandes

sociedades habian reemplazado al inocente chismorreo casero, y á los honestos pasatiempos del juego de prendas, de la peregila y otras diversiones de antaño.

Los que devoraban con la vista los periódicos en los gabinetes de lectura, se nos antojaban que eran aquellos mismos padres de familia, que antiguamente congregaban á las gentes de su casa para leerles la vida del santo del dia, y algun trozo del P. Almeida ó de fray Luis de Granada.

Las mujeres, que veiamos en los liceos y en los teatros, nos parecian las mismas que antaño se entretenian en enseñar á sus hijos la doctrina cristiana, en deshilar ropa vieja para los hospitales, en hacer calcetas para su marido y en rezar el rosario con sus criados.

Las trescientas personas, que comian juntas en una gran mesa redonda, creiamos que habian de faltar de sus respectivas casas, donde antes comian á solas y á puerta cerrada.

Viendo que los casinos, los círculos y los cafés estaban abiertos y llenos de parroquianos á las dos y á las tres de la madrugada, nos parecia que no habria en las casas quien estuviese durmiendo en sus camas, ó mejor dicho, pensando en que ya se acercaba la hora de levantarse y vestirse, para oir la primera misa en la iglesia mas inmediata.

Todo esto nos hacia pensar en que las peque-

ñas familias habian desaparecido, agrupándose en una sola, infinita é inconmensurable, conocida con el nombre de familia nacional. Quebrantados, hasta parecer de todo punto rotos, nos parecia que estaban los lazos del parentesco y los vínculos de la sangre, y teniamos preparados dos grandes lienzos para pintar en ellos dos grandes cuadros: *La Apoteosis de la familia* y el *Elogio fúnebre de la vida privada.*

A confirmarnos en esta idea venian las gacetillas de los periódicos, anunciándonos á todas horas que un don Fulano de Tal se iba á los baños; que otros tales Menganos habian comido juntos; que se habia visto en paseo á los señores N. M.; que las señoritas de tales ó cuales familias habian brillado en una tertulia; que el marqués de X estaba ligeramente indispuesto; que el literato H pensaba escribir una novela, y otras muchas particularidades y chismes no ya de vecindad, sino de familia.

Por otra parte, los grandes almacenes de ropas hechas, donde el hombre entra desnudo y sale vestido, de príncipe ó de jornalero, de magistrado ó de militar; las tiendas de camisas nuevas, demostrando que no hay quien tenga necesidad de zurcir la que lleva puesta, y otros grandes centros industriales, no nos dejaban duda de que la familia habia desaparecido y la vida privada estaba convertida en una de tantas hembras pú-

blicas como tenemos en este siglo de la publicidad

El lujo de las nodrizas por un lado, y los biberones por otro, tenian medio suprimido el cuidado de las madres, y los colegios le suprimian por completo. Mientras el marido estaba en el casino, la esposa no tenia nada que hacer en su casa por la noche, y como los fabricantes de camisas, y los confeccionadores de canastillas para los recien nacidos, no les daban ocasion de trabajar, era excusado pasar el dia cosiendo ropa blanca. Y si esto sucedia en el invierno, en el verano pasaba lo mismo, aunque trasladando la escena á mas larga distancia. Las familias no se diseminaban en los casinos y en los liceos; pero lo hacian en los pueblos y en las casas de baños; y como al marido le convenian los aires del Mediodía, y á su esposa los baños del Pirineo, la familia seguia disuelta, los vínculos de la sangre medio cortados, y la vida privada convertida en vida pública.

Así lo creiamos, y así lo seguiriamos creyendo, á no haber leido en un periódico la siguiente gacetilla: «Tenemos el sentimiento de anunciar á »nuestros lectores, que el pundonoroso general y »distinguido publicista señor don Desiderio Re»vuelta, *se ha retirado á la vida privada*, desde »donde *dará al público* varias obras que hace »tiempo pensaba publicar.»

A pesar de la demasiada publicidad que habia en el fondo y en la forma de la noticia, y de que el solitario, que llamaba la atencion de las gentes al irse á la soledad, nos hacia el efecto de un suicida, poniendo carteles para que se supiese cuándo y cómo iba á atentar á su vida, todavía nos sorprendió el suceso, y nos llamó la atencion, y nos alegró el saber que la vida privada no habia desaparecido.

El deseo de averiguar el paradero de don Desiderio nos llevó á la redaccion del periódico, donde de buenas á primeras nos encontramos con que el anacoreta, el ermitaño, el padre de familias, que nosotros creíamos consagrado á la educacion de sus hijos y al cuidado de su casa, estaba cuidando de la ajena y educando á todos los españoles, y aun dando consejos á los extranjeros.

Don Desiderio era periodista. El que acababa de profesar en la vida privada, estaba siendo escritor público.

Estuvimos á punto de desengañarnos, y aun tuvimos tentacion de escribir desde luego los cuadros necrológicos que teniamos preparados; pero no quisimos pecar de ligeros, y decidimos seguir escudriñando las operaciones de nuestro personaje en el resto del dia.

¡Quién sabe, dijimos, si no tendrá otro medio de sustentar su familia, que el de escribir artículos

para los periódicos! ¡Acaso estará deseando acabar su tarea, para volver á su casa, llevando alguna chuchería para sus hijos, ó media libra de fresa para su esposa, y así pasará, en el seno de la familia, todo el tiempo que le dejen libre sus ocupaciones!

Y así fué, en efecto: don Desiderio salió de la redaccion, llegó á su casa, preguntó si por casualidad estaba su esposa en ella; fuéle contestado que no daba semejante casualidad, y él dejó dicho que no le aguardaran á comer, y que si no estaba á la hora de dormir que se acostaran sin cuidarse de él. A los criados no les sorprendió la advertencia, y á nosotros nos pareció que el general periodista, llevaba con demasiado rigor su propósito de retirarse á la vida privada, puesto que queria vivir privado hasta de su propia familia.

En este siglo de tanta publicidad y tanto espíritu de asociacion, nos pareció demasiado heróico el sacrificio, y casi nos alegramos al ver que don Desiderio entraba en una fonda, porque nos daba pena de que pensara comer solo, ó de que en fuerza de aburrido se dejase morir de hambre. No fué así, á Dios gracias, y ya en el gran salon del establecimiento le aguardaban impacientes veinticuatro amigos y compañeros de mesa. Comprendimos que aquella comida seria la despedida de la vida pública, y aunque los dis-

cursos patrióticos, los brindis y la algazara, nos parecieron poco á propósito para despedir á un amigo, de quien iban á privarse acaso para siempre, aguardamos á que se acabara la comida, que duró poco mas de cinco horas, y seguimos á don Desiderio, que nos llevó por calles y callejuelas, hasta parar en una de las mas estrechas, entrando en una casa de las mas sucias, acompañado de un amigo, y tropezando en el portal con otros varios.

Saludáronse todos de una manera misteriosa, que no pudimos comprender; subieron la escalera; abriéronles en uno de los cuartos, sin que ellos llamaran; hicieron lo mismo con otros varios, que mas tarde fueron llegando, y cuando nosotros quisimos entrar detrás del último, el que abria la puerta nos hizo una seña, que no supimos entender, y nos dieron con la puerta en los hocicos.

¡Aquí está la vida privada! dijimos para nuestro capote; (porque es preciso, muy preciso, que sepas, lector, que la escena pasaba en invierno); estos hombres serán todos de una familia, y aquí se retiran á vivir como Dios manda, huyendo de la corrupcion, de la inmoralidad y de esa conspiracion permanente que hay en los grandes centros políticos, contra todos los buenos principios sociales.

Tuvimos un gran pesar en no acertar á com-

prender la seña, que servia de credencial para penetrar en aquella casa, porque habriamos experimentado un gozo especial, viendo las distracciones honestas y caseras de aquellas gentes; pero nos resignamos á pasear la calle, saliendo del portal, por alejar las sospechas de un embozado que desde la cera opuesta nos espiaba; y apenas habiamos tomado tan sabia resolucion, cuando apareció la casa cercada por gente de la policía... Y no vimos mas, que fué bastante ver, pudiendo contarlo.

Aunque íbamos de prisa y con sobresalto, no dejamos de pensar en lo que acabábamos de ver, porque tenia todas las trazas de un atropello. Supongamos, deciámos muy para nuestro capote, que aquellos hombres son muchos para hacer vida privada juntos; esto es una verdad; ¿pero que daño pueden hacer á nadie reuniéndose, hoy que el espíritu de asociacion se predica en todas partes como el alma de la felicidad pública? ¡Han de ser tan tontos que para jugar se reunan con tanto misterio, cuando pueden hacerlo pública y oficialmente en los casinos y en los círculos! Pues pensar en que son conspiradores, mucho menos, porque en los cafés está permitido conspirar á voces, y seria una tontería encerrarse para tan corta cosa.

¡Puedes creer, lector, que llegamos á pensar si los perseguirian por amigos del obscuranti-

simo, y porque desacreditaban el siglo, suponiendo que es preciso ocultarse para ciertas cosas, cuando la publicidad, la publicidad absoluta es el alma de la época!

Sin embargo, era esto último. Don Desiderio se habia retirado á la vida privada, para conspirar contra el órden público.

El mismo periódico, que habia dado la noticia de su heróica resolucion, apenas habló de la gran conspiracion que el gobierno habia descubierto, ni mucho menos dijo que se habian escapado los principales autores de ella, pero un mes despues de este suceso, anunció lo siguiente:

«Nuestro querido amigo, el simpático y dis-»tinguido general y publicista, señor don Desi-»derio Revuelta, acaba de llegar á Francia, donde »lejos de sus numerosos amigos y apartado de »su cariñosa familia, á la que vivia enteramente »consagrado, comerá el amargo pan de la emi-»gracion, mientras rijan los destinos de este des-»venturado país los procaces tiranuelos que hoy »ocupan el poder para mengua de España; y que »como nuestros lectores saben, tienen aherroja-»do el pensamiento, humillada la dignidad nacio-»nal y perdidas hasta las nociones de lo que un »tiempo fué la seguridad personal, la inviolabili-»dad del hogar doméstico, y el respeto á la pro-»piedad. Dios querrá que cese pronto la mano de »hierro que ahoga nuestras palabras, y que solo

»permite escribir á los seides de la cuadrilla que »hoy nos manda. Entonces diremos todo lo que »hoy no nos dejan decir.»

Aunque nosotros no participábamos de las opiniones políticas del periódico, ni nos importaba poco ni mucho la caida de aquella situacion ni la subida de la otra, todavía llegamos á desear que sucediera esto último, para ver que cosas le habian quedado por decir al periodista, despues de haber dicho muchas mas de las que parecia imposible que le permitieran escribir.

Pero como no estaba en nuestra mano hacer lo que tan mal resultado habia tenido á pesar de lo vasto de la conspiracion, encariñados ya con don De siderio, nos fuimos á Francia, á verle comer el pan de la emigracion. Y francamente lo decimos, tambien llevábamos el propósito de procurarle alguas frioleras; algo mas que un poco de queso y unas pasas, para que no comiese el pan á secas. Y sobre todo, queríamos hacerle compañía; porque cuando él, voluntariamente, se retiró á la vida privada, el comer solo con veinte y cuatro amigos, y otras privaciones por el estilo, podia llevarlas con paciencia; pero encontrarse á su pesar en un país extranjero, separado de su familia y de sus amigos, y comiendo por añadidura el amargo pan de la emigracion, era una cosa que nos aterraba.

Recorrimos inútilmente todos los depósitos

de emigrados, en diferentes partes de Francia, viendo en ellos alguna miseria, y muchas barajas; no llegamos á conocer ni de vista el dichoso pan amargo, á pesar de haberlos probado todos; incluso el de flor y el de municion, y lo que mas nos desesperaba es que en ninguna parte hallábamos al general. Indudablemente, decíamos, aquí ha llevado á cabo su propósito; se ha retirado á la vida privada; y como Francia es algo mayor y mas confusa que España, nos parecia imposible encontrarlo, y casi sin esperanzas nos dirigimos á París.

Allí le buscamos en los barrios mas humildes y entre la masa general de los emigrados, donde preciso es confesar, que aunque no encontrábamos á don Desiderio, hallamos el verdadero pan de la emigracion. Sin mas que ver los semblantes de algunos infelices emigrados, no voluntarios, sino forzosos, y las privaciones que se imponian por mandar á sus casas algunos ahorros de sus peqneñas utilidades, se comprendia cuan amargo debia saberles aquel pan, que llevaban á la boca sin poderle partir con su mujer ó con sus hijos y sin reposar la frugal comida en el seno de su familia.

Pero allí no estaba don Desiderio, y pareciéndonos que si no comia de aquel pan era imposible que para él se cociera otro mas amargo, decidimos volver á España, en la seguridad de que

no solo habia abrazado la vida privada, sino que habia profesado en la eremítica y ya no le encontrariamos jamás.

Y cuando nos disponíamos á dejar de disponer de nuestra personalidad, entregando nuestro bulto y el del baul al primer tren que saliese para Bayona, un periódico, (siempre la publicidad persiguiendo al que busca la vida privada), un periódico francés, nos hizo variar de rumbo. Con asombro, pero con seguridad de lo que leíamos, leimos el siguiente párrafo:

«El espléndido general y publicista español »señor don Desiderio Revuelta, que hace algun »tiempo reside entre nosotros, por estar emigrado »de su país, donde los hombre son tan salvajes »que no pueden vivir en paz un solo momento, »ha obsequiado ayer á los numerosos amigos que »se ha conquistado en la alta sociedad de París, »por su característica rudeza española y sus »chistes, con un gran banquete, al que asistieron »algunos aunque pocos de sus compatriotas. »Esta noche dá un té al que están invitadas al»gunas señoras.»

Averiguamos donde vivia don Desiderio; nos hicimos presentar al té, y en vano buscamos en las mesas del *buffet* (rogamos al lector que no bufe, que otro dia le esplicaremos esta palabra) el pan de la emigracion. Y téngase en cuenta que allí habia entre otras muchas pastas toda clase de

panes, incluso el de flor tostado y con manteca, y el de Mallorca y otros, y solo faltaban el pan de higos, el pan de municion y el pan de la emigracion.

La verdad es, porque despues de todo, ó mejor dicho, antes de todo, tú, lector, tienes derecho á saberla, la verdad es, que don Desiderio no solo no comia el pan de la emigracion, sino que apenas estaba emigrado. Vivia con comodidad y hasta con lujo; trataba con otros españoles tan emigrados como él, y aunque le preocupaba poco la política de su país, desde el extranjero, de vez en cuando para que no olvidáran su nombre, escribia alguna carta, recordando á sus correligionarios políticos, que no transigieran en manera alguna con el gobierno, aunque se prolongase el martirio de los que como él estaban apartados de la *vida pública* y comiendo el *amargo pan de la emigracion.*

Con que ya ves, lector, que hemos quedado como estábamos. Hasta lo que se llama *vida privada* es vida pública! Hasta el ostracismo y la emigracion tienen cristales para que el público pueda verlos. No hay medio de estar á solas.

CUADRO TREINTA Y DOS.

Un puñado de gente escogida.

Mirale bien y no me preguntes quien es, porque le conoces lo mismo ó mejor que yo. Le has visto llegar á su casa á las seis de la madrugada, sacudir á su criado un pescozon, ó dos, que otro ha llevado la cuenta, porque tardó en abrirle, y aun creo que sabes que salió de un casino; con que ya ves si tengo razon para decirte que le conoces. Tambien tienes noticia de que al ir á su casa llevaba en el estómago dos platos fuertes, en el corazon muchas emociones fuertes tambien, y en el bolsillo ni siquiera un peso fuerte, con que no sé para qué quieres saber mas. El lujo con que viste te dira el resto.

Si me preguntáras quien es aquel otro que

sale de la misma casa y á la misma hora, con unas botas que no servirian ni para muestra de un zapatero remendon, y unos pantalones con mas flecos que una bandera, y un sombrero sin sombra de haber sido nuevo nunca, y una capa que hace verdaderamente su oficio á la desercion de la camisa y de la chaqueta, y que aunque no es de mimbre como el esportillo que oculta, se mimbrea y se clarea por completo, ya seria otra cosa. Puedes creer que es un jugador que ha perdido su fortuna y hasta la de su ropa; un conspirador que ha jugado las vidas y haciendas de sus semejantes á tal ó cual albur político, y aun tenerle por un mendigo que ha dormido por caridad y sale á implorar la caridad para la comida. Pero mírale bien á la cara y no tendrás semejantes dudas.

Si fuera un jugador, podria parecerse al casinista, y si saliera de conspirar tendria el semblante tan alterado y tan tenebroso como el de los otros. Las emociones del juego de la política y el temor de ver entrar á cada momento el agente de policía, le tendria tan inquieto como al jugador la idea de que venga la carta contraria. Y pensar en que es un pobre de solemnidad tampoco es posible; aquella cara solemnemente noble y resignada y tranquila, y tan aseada como la ropa, que aunque rota no tiene una sola mancha, todo te dice que no es un jugador, ni un

conspirador ni un mendigo. Y como la cara es el espejo del alma, tampoco es posible pensar que aquellos reflejos vengan del alma de un usurero; ni mucho menos de la de un sábio; ¡porque los sábios de ogaño son muy limpios y no temen, como temian los antiguos, que el agua y el cepillo, les arranque la erudicion; á pesar de que la tienen hoy prendida con los alfileres del homeopático diccionario enciclopédico, y entonces estaba claveteada y aun remachada con largos infolios.

Si no has conocido que ese hombre es un cesante, que al cesar de servir al gobierno ha cesado de tener quien le sirva, y vá el mismo á la compra, ó á la plaza donde compran los que tienen de qué y para qué, porque él escasea mucho de lo primero, y se va acostumbrando á no tener necesidad de lo segundo, compadezco tu ignorancia.

Si no le conoces en este traje, menos le conocerás en el que se pone ó en el que se quita dentro de su casa, para recoser los zapatos de sus hijos, y hacer un ciento de palillos para los dientes; entre otros tantos suspiros que lanza, no por las dentaduras que van á necesitar de su industria, sino por la época en que él comia y se mondaba los dientes, y la que espera que vuelva y le permita mondar otra cosa que patatas. Tampoco le conocerás, cuando mas entrado el

dia, salga y entre mas aseado, á ver si alcanza á ver entrar y salir en su casa y en el ministerio y en las Córtes y en el teatro, al ministro ó al director ó siquiera al oficial de la direccion. Y por supuesto que de noche, cuando le veas correr por las calles, casi con el mismo traje que por la mañana, entrando y saliendo en muchas casas, se te figurará que vá á pedir limosna y no hay semejante cosa: observa el lio que lleva debajo del brazo y conocerás que anda repartiendo periódicos, en los cuales se anuncian nombramientos de todas clases, sin que el pobre repartidor logre ver entre ellos el suyo.

Y si no has conocido al cesante es casi imposible que conozcas al empleado ni al pretendiente.

Vente conmigo y dando unos cuantos paseos por las calles de Madrid, te enseñaré esos tipos y otros mas.

Yo tengo tal práctica y tanta costumbre de verlos, que aunque cierre los ojos no los puedo perder de vista.

Voy á demostrártelo dejándomelos vendar, si me ofreces contestar con fidelidad á las preguntas que te dirija.

Pero ahora no me digas nada porque oigo crugir seda y arrastrar blondas, y desde luego conozco que no le han costado muy caros, ni los encajes ni los tafetanes, á la persona que así los

maltrata. Si alguna duda me quedara para saber quien es el que pasa, el olor del almizcle me dejaria convencido de que no me he engañado.

Es una mujer pequeña, de las que las gentes llaman del gran mundo, para que á nadie le pese vivir en el mundo pequeño. Aunque te parezca que arroja sangre por la boca no tengas cuidado; las manchas rojas del pañuelo no son de los labios, sino de las mejillas; ha sudado y se le han desteñido. Si parece blanca, es morena; si tiene el pelo rubio, es porque el suyo es negro, y si el talle es delgado y el abdómen mayúsculo, es porque ella vale poco y los aceros y las crinolinas mucho.

No me digas que va sola porque yo no lo creo ni ella tampoco; por eso vuelve la cabeza tan á menudo. Con la vista la acompañan casi todos los que pasan por la calle; con los pies algun vago, tal cual inesperto mancebo, y á veces algun viejo, que vuelve á profesar la inesperiencia; con el corazon no la sigue nadie.

Dejémosla que vaya sola y no hagamos caso de ese balcon que he oido cerrar con rabia.

No quiero preguntarte quien estaba allí, porque ya sé que era otra mujer; pero no del gran mundo, sino del gran tono, que está por encima de todos los mundos, incluso el sub-lunar y el mundo nuevo. Las señas telegráficas que mantenia con el poste de la acera de enfrente han

sufrido un eclipse; se han interrumpido por el paso de un cometa entre las corrientes eléctricas. La dama del gran tono, se ha incomodado con razon contra la mujer del mundo, porque por mirar á ésta se han perdido las señas que ella hacia.

No ha podido sonrojarse, y tenia motivo para ello, porque la sangre que se le podia subir á la cara es azul y la que le puso la doncella en las mejillas es como la grana; ni menos palidecer de ira, porque aunque es muy blanca, no lo es mas que los polvos que tiene sobre el cútis; ni tampoco adelantaria gran cosa con arquear las cejas, porque desde muy temprano se las puso en el tocador bien arqueadas. Lo de cerrar el balcon ha sido lo mejor que ha podido hacer, hasta la noche en que el teatro, el baile ó su propia casa, le ofrezcan ocasiones de expresar lo que no pudo dar á entender de dia.

Las coquetas de estos tiempos no tienen mas ni menos corazon que las de antaño; pero luchan con una gran desventaja que es la de la fisonomía.

La mujer sigue siendo originaria de una costilla de Adan, que es por lo que el hombre tiene á cuestas todas las obligaciones de la casa, pero las caras que ahora se usan no son las mismas que antes se usaban. Tienen la ventaja, que no es poca, de estrenar cada dia una distinta y aun

la de tener varias en un mismo dia, pero cada vez que han de cambiarla han de entrar y han de tardar en salir del tocador. Las inflexiones del semblante, y la movilidad de la fisonomía ha desaparecido. Una mujer, gracias sean dadas á la industria, puede recibir á su amante con la cara que mas le acomode, pero una vez arreglada la fisonomía, no puede mudarse la decoracion. La mascarilla cosmética es perfectamente artística, pero aun no se ha inventado la manera de darla movilidad; cosa que sucederá de un momento á otro. Por ahora ni se puede palidecer de repente, ni ruborizarse, ni desencajar la vista, ni arrugar la frente, ni erizar el cabello, ni casi agitar el pecho, ni menos aun soltar las lágrimas.

El regar, cuando hay polvo, solo puede hacerlo el ayuntamiento.

Ordinariamente son tres las caras que cada dia pueden permitirse usar las señoras: una al levantarse de la cama: esta cara no la ve nadie, ni aun se la asoma al espejo, por miedo de que quede allí estampada; otra al vestirse con cuidadoso descuido, para ir á las tiendas y á las iglesias; esta cara puede ser una simple preparacion para la última, porque no ha de enseñarse sino entre tules y blondas; y otra para el paseo, para el teatro, ó para los bailes, que aunque parecen una misma trinidad cosmética, son tres distintos

revoques. En cada uno de ellos han de tenerse presentes la clase y la cantidad de luz, y la distancia á que ha de hacerse la exposicion, y la temperatura á que de exponerse la preparacion y otros detalles, que como secretos de tocador, si los sé los callo y si no los conozco no los pregunto.

Si las mujeres no se falsificaran, y muchos hombres no se pintaran y se retiñeran, el comercio y la industría recibirian un cruel desengaño. Habria necesidad de cerrar gran número de fábricas y de tiendas en la capital de España, y en las de provincias. Siempre se ha dicho que á mal tiempo buena cara, y como no hay tiempo peor que los años que van pasando, hacen bien las mujeres en ponerle buena cara; y los hombres no hacen mal en teñirse las canas y lucir las calvas, porque si es verdad que hay muchos burros canos, pero ninguno calvo, así pueden pasar por sábios, y aun por sábios jóvenes, que es la verdadera sabiduría.

Con que ya ves, lector, que aun con los ojos vendados conozco perfectamente los tipos de la sociedad moderna. ¡Figúrate lo que sucederia si los abriera de par en par!

Asusta lo que podria poner delante de tu vista aun sin el auxilio de la doble antimagnética. Voy nada mas que á permitirme entreabrirlos un poco para seguirte enseñando mis gentes.

Esos dos jóvenes que van dentro de ese carruaje, cruzados de brazos y sin pestañear ni mover los lábios, no salen á la vergüenza pública por ningun delito que pueda deshonrarlos. La servidumbre no es un padron de infamia y ellos son criados del cochero, el cual los da de comer y de vestir y les paga un crecido salario, para que se dejen pasear por las calles, llevando el uno el baston y el otro la petaca del amo.

Ese otro señor y ese lacayo, que van juntos dentro de un cesto, no van arrastrados á su pesar como en otros tiempos iban las gentes por pena infamatoria, ni han sido sacados del Manzanares, como Moisés lo fué del Nilo, en un canastillo de mimbres; ni ese canasto es un cuévano de pasiega, sino un carruaje de los de última moda. Por supuesto que uno de los dos que van dentro, no el criado, sino el que va sirviendo de cochero, no es una persona cualquiera, sino un grande de España y á veces un alto funcionario del Estado; porque hoy dia (esta es una de las mayores ventajas que tenemos) cuanto mas grandes y mas altos somos, mas bajos y mas pequeños parecemos.

La igualdad nos ha hecho á todos igualmente humildes.

Estoy seguro, lector, de que la primera vez que vistes dos señoras solas dentro de uno de esos cestos, se te antojó que eran dos costureras que habian tenido la humorada de poner unas

ruedas al cesto de la costura. Tú no querrás decirlo, pero yo sé que lo habrás pensado.

¡Cómo piensas ahora que ese honrado ***espendedor*** de comestibles, y ese ***tratante*** en carbon, y ese ***suministrador*** de vasos de vino, han jugado juntos á la lotería y que les ha tocado el premio grande! Y no lo piensas porque ya desdeñan llamarse tenderos, carboneros y taberneros, sino porque ves que, sombrero en mano, entran y salen en sus tiendas, una porcion de grandes señores, y que algunos de ellos van hasta allí y dejan á la puerta grandes carruajes, y te figuras que son los vecinos del barrio, que acuden á felicitarles por su fortuna. Pero es porque no has pensado que aquellos comerciantes son electores, y aquellos caballeros gentes que desean ser elegidos: el uno concejal y el otro diputado provincial, y el otro diputado á Córtes. Al tendero le toca ahora recostarse en el mostrador y mirar con desden al caballero y regatearle el voto que le pide y acaso no dársele á ningun precio; al caballero, despues de elegido, le toca recostarse en la mesa de la alcaldía constitucional, ó en la sala de Conferencias del Congreso, y despreciar y negar al tendero cuanto le pida.

La amistad entre el elector y el elegible, por lo mismo que es demasiado íntima, dura poco tiempo. Se acaba cuando el uno deja de elegir y el otro es elegido.

Elijamos nosotros ahora otro tipo mas constante, veamos el pretendiente.

A éste no le cura de su aficion ni le priva de su oficio, el desaire de un ministro, ni el desden de un director, ni la grosería de un portero. La esperanza es una planta perenne, y el pretendiente es el símbolo de la esperanza. Como su ocupacion es pretender, cuando consigue una cosa, desde ella pretende otra y no acaba nunca. Pero no hace una solicitud, ni echa un memorial, que de este modo ya no se pretende sino las plazas de secretarios de ayuntamientos y las de maestros de escuela en los pueblos de poco vecindario. El papel sellado, que hoy se usa para todo, menos para los libritos de fumar y los cucuruchos de papel de estraza, es inútil para pretender un destino. Guante blanco, bota de charol, frac negro y otras prendas análogas son el papel sellado de estos tiempos.

Pero estos elegantes nos llevan á ver al periodista, al literato, al patriota y al estudiante, y de ese modo habremos de confesar que todos esos son pretendientes, lo cual no es cierto.

El primero no solo no es pretendiente sino que predica contra la empleomanía, y contra los empleados, y dice que el afan de los destinos hace imposible el desarrollo de la industria; y tanto se enfurece y tanto le irrita la idea de servir al ministerio, que éste en castigo le nombra gober-

nador civil ó director, y algunas veces hasta le lleva á su propio seno. Con lo cual ya ves que el periodista se resigna y recibe lo que le dan, pero no ha pretendido nada. Es un pretendiente negativo.

El literato lejos de hacer un memorial pidiendo un destino, escribió una sátira contra los empleados y se la dedicó á su amiga *particular*, no amiga política (y esta distincion es importantísima) la esposa del ministro ¿Qué culpa tiene él de que á los pocos dias de esto le coloquen de oficial de secretaría?

Pues pensar que el patriota, salió de su casa á otra cosa que á defender la Constitucion y las leyes, sin ocuparse para nada de la ley de empleados es un disparate. Si al volver á descansar, porque la lucha habia sido larga, se encontró nombrado vista de aduana, ó cosa menos fácil de ver, y menos expuesta á hacer cegar, la verdad es que no lo habia pretendido.

Y por último, si el estudiante se cuidaba mas de aprender las árias de Verdi que los aforismos de Hipócrates, y en vez de medicina estudiaba música, él llevaria sus calabazas y esto no es cuenta de nadie. A fé que él no pretendió otra cosa, de la mujer del director de rentas, sino que no desafinara cuando cantaba con ella una pieza concertante. El destino de oficial de direccion se le dieron porque les dió la gana.

Así te diera á tí, lector, ahora la de no encontrar malo del todo este cuadro, que no puedo continuar dibujando porque se me ha acabado el lienzo y no me caben mas figuras.

Y el caso es que me quedaban muchas mas á la vista, por lo cual haré lo que el pintor de las once mil vírgenes, que puso en el fondo una cortina levantada, como si hubieran de salir despues las que habia dejado de retratar.

No hagas tú conmigo lo que hizo con el artista la persona que le encargó el cuadro; que despues de haber ajustado las cabezas de las vírgenes, chicas con grandes, á medio duro, ofreció pagárselas á medida que fueran saliendo.

Yo no te he dado vírgenes, ni confesores ni mártires, pero tampoco te pido que me pagues ni las figuras que han salido, ni las que han dejado de salir. Estas te las daré á conocer en otro cuadro.

CUADRO TREINTA Y TRES.

Una sesion animada.

Dies iræ, dies illa...
El dia de las iras,
es dia de tirarse las sillas.

Lo mucho que han abaratado las telas, á consecuencia de los adelantos que han hecho las fábricas de tejidos, es la causa de que se haya encontrado un lienzo donde poder pintar este cuadro.

En tiempo de nuestros padres, en el AYER de esta historia, en que tan atrasada estaba la industria nacional, habria sido imposible hallar un pedazo de tela que sirviese para trazar el presente boceto.

¡Y qué mucho que hubiese tan poca facilidad

de un lienzo para semejante clase de pinturas, si hoy, despues de pintado y concluido, dice el autor del cuadro, que quisiera tener á la mano la esponja de la dignidad y de la vergüenza nacional para borrarlo, y dejar la tela como si nunca hubiera sido maculada! Pero no la ha encontrado, ni al intento le ha servido la famosa *lejia parlamentaria*, que limpia, fija y dá esplendor á las actas electorales, y convencido (por mas doloroso que le sea el convencimiento) de que este cuadro es uno de los mas indelebles del sistema, ha resuelto dejarle en la coleccion.

Nosotros, sin embargo, hemos cogido la brocha del sentido comun y con unas cuantas gotas de patriotismo hemos borrado algunas figuras, en la confianza de que los verdaderos españoles no han de acusarnos por semejante profanacion. Si en algo hemos pecado ha sido en no borrarle todo, ó en no retirarle del museo, poniendo en su lugar estas palabras: *Está en la restauracion*.

Pero nos hemos convencido de que la restauracion es difícil ya que no imposible, y no queremos mentir á sabiendas.

Dicho esto, digamos lo que desgraciadamente no podemos dejar de decir, si hemos de ir diciendo los dimes y diretes de la dicharachera locuacidad que algunas gentes entienden por parlamentarismo.

Para que el lector no nos acuse ni de exagerados, ni de parciales, ni de amigos ó enemigos del parlamentarismo, le repetimos lo que tantas veces hemos dicho y lo que terminantemente dejamos consignado en la primera parte de esta obra; «Nuestros cuadros están tomados al da»guerreotipo y cuando es fea la imágen que se »reproduce en la plancha, es cosa segura que no »fué hermoso el objeto que vino á retratarse.»

Diremos únicamente, con relacion al presente cuadro, que la sesion que vamos á retratar, no es una sesion ordinaria, de esas en que el número de diputados es tan exigido que es preciso andar de celda en celda y en el refectorio y en los claustros, tañendo el esquilon para que acudan á votar, los que debieran asistir á saber lo que se está votando.

No diremos tampoco que es una sesion extraordinaria, porque lo extraordinario es, segun el Diccionario de la lengua, lo raro, lo irregular, lo que no es comun, y las *sesiones animadas*, como llaman los padres santos de la iglesia parlamentaria á la que es objeto de este artículo, no son sino muy regulares y muy comunes, y hasta muy naturales; si posible fuera que la naturalidad fuese la madre de ciertas discusiones.

Lejos de faltar parece que sobran diputados, y no solo hay gente en las tribunas y en los pasillos y en los corredores, sino que la plaza de

las Córtes y todas las avenidas del edificio del Congreso están llenas de curiosos, que aplican el oido á las paredes exteriores del templo para ver si, por las alternativas del ruido y del silencio, averiguan lo que allá dentro está pasando. Refinamiento de la aficion, ensayado con buen éxito, desde muy antiguo, en la plaza de toros, por los que no pueden lograr asiento en los tendidos.

Tú, lector, no tienes que discurrir ni conjeturar desde tan lejos, y sin comprar un puesto de espera en la tribuna pública, ni buscar una papeleta para las reservadas, ni pedir al presidente que te mande acomodar en la *de órden*, (pues dicho se está que el órden no puede dejar de tener allí su puesto) puedes entrar á ver la funcion desde el mejor punto de vista del templo.

Vamos á la tribuna de los periodistas, que allí nos harán un hueco, donde sin dejar de oir los ingeniosos comentarios, que hacen los redactores de los periódicos, podrás ver y oir todo lo que pasa en la sesion.

Al principio creerás que no pasa nada, porque apenas hay treinta diputados en el salon; charlando y riendo, mientras el secretario lee el acta, donde no se consignan las risas y las charlas del dia anterior; pero algo pasa, algo vá á pasar y algo está pasando.

Fija la vista en el reloj que para su acusacion perpétua colocaron los parlamentarios frente á

la mesa de la presidencia, y verás como se pasa el tiempo.

Es lo primero que pasa en las asambleas.

Tambien pasa la lectura del acta y viene en pos de ella la fogosa protesta de un orador de provincia, de los que el vulgo llama *diputados de campanario*, porque no constan testualmente en el acta las palabras que dijo en la sesion del dia anterior, y pide la lectura de varios artículos del regalamento y hace otras varias peticiones análogas, que todas pasan, hasta que el presidente quiere que se pase á la *órden del dia*, y no lo logra porque un señor diputado pide la palabra.

—¿Para qué? le dice el presidente.

—Para hacer una pregunta al gobierno.

No hay en el banco del ministerio nada mas que un ministro que se levanta y dice:

—Puede V. S. preguntar lo que guste.

Y el diputado pregunton se alza en pié, se arregla la corbata, se atusa el bigote, se limpia las narices con el pañuelo, escupe, tose, saca unos papeles del bolsillo, pone las manos en el respaldo del banco que tiene delante y dice:

—Señores: fiado en la indulgencia de la cámara, en la bondad del señor presidente, y en la del ilustrado público que asiste á las sesiones....

El presidente toca la campanilla para advertir al orador que no le es lícito dirigirse para na-

da al público, y el diputado le interrumpe diciendo:

—Entraré desde luego en la cuestion, señor presidente; iba solo á reclamar la indulgencia del Congreso, porque tengo gran desconfianza en mis facultades oratorias y porque no estoy acostumbrado á hablar en público.

—Limítese V. S. á hacer la pregunta que tiene anunciada, le dice el presidente.

Y el diputado aturdido con tan prematuras interrupciones, se pasa el pañuelo por la cara, vuelve á toser y vuelve á escupir y recorriendo con la vista el papel, que no suelta de la mano, dice:

—No quiero ofender la ilustracion del ministro de la corona, ni de los señores diputados, remontando mi discurso al orígen de los correos en España, ni siguiendo paso á paso los grandes progresos que se han hecho en este importantísimo ramo de la civilizacion moderna; pero no puedo dispensarme de hablar un rato sobre lo inviolable y sagrado que ha sido siempre el secreto de la correspondencia. En tiempo de los fenicios.......

Los pocos diputados que hay en el salon, abandonan los escaños, y casi quedan solos el pregunton, el preguntado, y el presidente que ha permitido la pregunta, y que al ver que el diputado no se apresura á hacerla, entabla conversacion con los secretarios, ó escribe alguna car-

ta, ó se distrae en cualquiera otra ocupacion por el estilo. Hasta que cansado de ver que el orador sigue hablando y citando leyes y recurriendo al papelito, toca la campanilla y maquinalmente dice:

—A la cuestion, señor diputado, á la cuestion.

—Voy á la cuestion, señor presidente, replica el diputado.

Y sigue ensartando citas, y divagando á mas no poder; dando lugar á que le aperciban diferente veces; hasta que por último y cuando el presidente le amenaza con retirarle la palabra si no hace la pregunta, menea la cabeza, como protestando de la tiranía del presidente y dice:

—Pues, señores, el objeto de mi pregunta es saber en qué consiste que recibo con tanto atraso las cartas de mis electores, y algunas de ellas con señales evidentes de haber sido abiertas en la Administracion de correos.... Y esto es un es-escándalo, esto es un mal de gravísimas consecuencias, porque atenta á la inviolabilidad del diputado y porque sienta un precedente funesto..... y......

—Ya ha hecho V. S. la pregunta, interrumpe el presidente.... el gobierno de S. M. contestará lo que crea oportuno.

—Es que deseo añadir algunas reflexiones, porque mañana se leerán mis palabras en España, en mi distrito, en Europa, y se dirá.....

—No se dirá nada, replica el presidente; yo no puedo dejar que V. S. continue hablando porque me lo impide el reglamento.

—Que se lea el reglamento, dice el diputado gritando,

—¿Todo?.... ¡qué horror! dice por lo bajo el ministro.

—Estoy en mi derecho, le grita el diputado.

—Yo estoy en el mio, interrumpe el presidente, rogando á V. S. que se siente.

—Pues conste que no se me deja hablar; y que aquí se ahoga la voz de un diputado de la oposicion.

—Silencio, grita el presidente agitando la campanilla.

Y tomando un aire mas solemne y alzándose en pié dice:

—Yo no puedo continuar en este honroso sitio, al que he sido elevado por la confianza del Congreso, despues de una acusacion tan grave como la que me ha hecho S. S., mientras no se pregunte á los señores diputados si sigo mereciendo su confianza.

—Sí.... sí.... gritan algunos de los muchos diputados, que van entrando en el salon al oir que se trata de un *incidente animado.*

—Que retire las palabras, dice una voz.

—Que se escriban, replican desde otro lado de la cámara.

—Orden, señores, órden, dice el presidente agitando sin cesar la campanilla.

Y los bancos se van poblando de diputados, y las gentes de las tribunas se acomodan bien en sus asientos, y estiran el cuello y clavan los ojos en el salon para que no se les escape nada de la tormenta, que aunque no era la que aguardaban al ir allí, es un chubasco interesante, que por fortuna concluye retirando el diputado las palabras, y contestando por fin el ministro á la pregunta, con las siguientes brevísimas frases:

—No tengo antecedentes del hecho sobre que versa la pregunta, pero procuraré informarme y contestaré cumplidamente al señor diputado, á quien diré de paso que el gobierno tiene completa confianza en todos los empleados de correos.

Siguen á esas preguntas otras varias, sobre si es cierto lo que dice un periódico de que no se dará la paga á los empleados hasta el dia 3 en vez del dia 1.º y otras curiosidades por el estilo, y se anuncian otras interpelaciones, cuya contestacion aplaza el gobierno; hasta que se entra en la órden del dia, que es la continuacion de la ley de reemplazo del ejército, ó la de presupuestos ó la de enjuiciamiento civil.

Empieza á hablar el orador, á quien le toca el uso de la palabra, y vuelven á quedarse los bancos desiertos, comenzando el cabildeo en los pasillos y en la sala de conferencias.

Gran parte del público empieza á disgustarse creyendo que no ha de tener lugar la sesion anunciada; pero los verdaderos inteligentes, los prácticos en el sistema y en los ardides parlamentarios, observan que el presidente habla con unos y con otros, y que llama á un vice-presidente, para que le sustituya en la presidencia; ó ven que no abandona el salon tal ó cual diputado de los primeros espadas, y se fijan en otras varias señales infalibles, y aguardan confiados la hora del tremendo juicio final.

A mantener la esperanza llegan á las tribunas algunos pájaros de buen agüero en materia de tempestades parlamentarias, y pronto se sabe que están á la puerta del Congreso los coches de todos los ministros y el del gobernador civil y el del capitan general, y que hay mucha policía en la plaza de las Córtes; y por último, que el jefe de la oposicion está decidido á dar la batalla, y el gobierno lo está no menos á arrostrarla.

Sucede muchas veces que el diputado que está en el uso de la palabra no oye rugir la tempestad, y sigue hablando, sin saber el servicio que está haciendo á la oposicion y al gobierno, dándoles tiempo para que revisten sus gentes y hagan prosélitos y templen las armas.

Otras, y es lo mas frecuente, sucede todo lo contrario, y el orador habla y estira su discurso, hasta que ve entrar en el salon á los ministros y

á los diputados, decididos á que comience el *dies iræ*.

En este segundo caso todo está hecho; en el primero, las conversaciones, las toses, las risas y otros recursos parlamentarios, cortan el hilo al orador y dice por fin el presidente:

—Tiene la palabra el señor ministro de Estado.

Y el ministro la usa para decir que el gobierno está dispuesto á contestar á la interpelacion que anunció dias pasados el señor diputado N.

El breve rumor que sigue á estas palabras, es parecido al que produce la ráfaga de viento que arrastra el seco follaje de la pradera.

Es el movimiento de atencion que hacen simultáneamente los diputados y los asistentes á las tribunas, mientras el jefe de la oposicion pasea su vista por la Asamblea, anticipándose con una sonrisa la mitad del triunfo que espera alcanzar sobre el gobierno; y en medio de un profundo silencio da principio á su discurso con las formas mas templadas y las palabras mas benévolas, y con las mayores protestas de que, no quisiera tener que atacar al gobierno, de que todos los ministros son personas de su mayor estimacion, y de que ha luchado mucho tiempo antes de decidirse á cumplir con el penoso deber que le impone su cargo de diputado, y los compromisos de partido.

Los ministros le devuelven afectuosos, aun-

que un tanto irónicos movimientos de cabeza, y terminado el gratulatorio exordio, que es como si dijéramos llegada el *Ave-María* del sermon, el orador sorbe el primer trago de agua, vuelve á pasear la vista por los bancos, tose y escupe, dando lugar á que escupan y tosan todos los circunstantes y entra por fin en materia.

Es el objeto de su discurso interpelar al gobierno por no haber publicado en la *Gaceta*, ni dado cuenta á las Córtes, de tres ó cuatro gracias concedidas á otros tantos diputados ministeriales, que deberian quedar sujetos á reeleccion por ese motivo; pero esta es la quinta esencia de la peroracion, que comienza por combatir el sistema de hacienda, y la amovilidad de los magistrados, y el ejército permanente, y la policía y los amaños electorales y todo el cuadro en suma de la administracion, todo el programa del gobierno.

El presidente toca diferentes veces la campanilla y llama al orador á la cuestion; y el orador, como hombre ducho y experimentado en las lides del parlamento, pide perdon al presidente, cada vez que éste le apercibe, y alude á la cuestion y vuelve á estraviarse, y cita veinte y nueve nombres de otros tantos diputados presentes, que piden la palabra para alusiones personales; y la mayoría, la inmensa mayoría ministerial, se rie constantemente y tose y hace mil esfuerzos por

ahogar la voz del orador, que cada vez va siendo mas potente y mas atronadora.

—Conozco la táctica, exclama el diputado, dirigiéndose á los bancos de la mayoría, pero nada me arredra ni me hará faltar á mis deberes... Reid, señores diputados, cuanto querais, pero tened presente que aun no se sabe quien será el último á reir. No lo sereis seguramente vosotros los que devorais el presupuesto de gastos, mientras los pobres labradores y los contribuyentes todos, llenan con su sudor las arcas del Tesoro... Ni vosotros los que.....

—¡Pido la palabra! ¡pido la palabra! gritan á la vez varios individuos de la mayoría.

—Orden, señores órden.... dicen varias voces á la vez; entre ellas la del presidente, que á ser el órden posible deberia ser la única que resonara en la cámara.

Y el orador, que se cruza de brazos mientras pasa la tormenta, vuelve á continuar su discurso, á instancia del presidente que le ofrece mantenerle en el uso de la palabra.

Oferta sumamente fácil de cumplir, porque el diputado puede usar de la palabra tan extensamente como le convenga, pero no les sucede lo mismo á los espectadores que tienen derecho á oir y no oyen nada, sino un ruido infernal de voces, de risas y de campanillazos.

—Pido la palabra, dicen los unos, gritando con

toda la fuerza de sus pulmones y como si pidieran cosa de mas importancia.

—No hay palabra, replica el presidente

—Pido la palabra, vuelven á gritar con mas fuerza.

—¿Para qué? pregunta el presidente.

—Para una alusion personal.

—No hay alusiones personales.

—He sido aludido.

—No lo ha sido V. S.

—Si tal.

—No tal.

—Silencio, órden, grita el presidente sacudiendo la campanilla sobre la mesa.

—Pues pido la palabra para una cuestion de órden.

—No hay órden, replica el presidente.

Y dirigiéndose al orador le manda que continue, y éste lo hace desencadenando, á fuerza de alusiones picantes, todos los sentimientos de los diputados; llegando el caso de pedirse que se *escriban tales ó cuales palabras*, como si todas ellas no hubieran de ser escritas, reescritas é impresas en cien periódicos.

Las tribunas, y con especialidad la pública, suelen tomar parte en la discusion, aplaudiendo ó significando por el contrario su desaprobacion por medio de murmullos y de risas, y el presidente, convencido de que el órden debe venir de

arriba á abajo, encarga á los celadores que conserven el órden aunque sea necesario despejar las tribunas. Sistema un tanto radical y un tanto absolutista y un tanto contrario al axioma capital del parlamentarismo.

—A mí no me envanecen los aplausos, ni me intimidan los murmullos, dice el orador, y aun cuando viera suspendida sobre mi cabeza la cuchilla del verdugo, diria la verdad, toda la verdad, de lo que está pasando en España. Yo se lo debo al país y á mis amigos políticos, porque soy un diputado independiente, que jamás ha pedido ningun favor al gobierno,y que cifra todo su orgullo en no haber pisado nunca las antesalas de los ministerios.

Estos arranques patrióticos, traen consigo una nutrida salva de aplausos, que comienza en los bancos de la oposicion y espira en las tribunas, reproduciéndose las voces y la barahunda. Hasta que conjurada de nuevo la tormenta y exaltado el orador con la ovacion que acaba de recibir, continua dirigiéndose al banco del ministerio.

—No muevan sus señorías la cabeza, señores ministros, con aire de lástima; yo no la necesito, no la deseo, no la quiero..... Diré mas aun, porque no soy hombre á quien le duelen prendas... Yo reto á cada uno de los señores ministros á que digan si me han concedido alguna gracia, si les

he pedido alguna..... si me han visto jamás entrar en la secretaría.

—Pido la palabra, dice el presidente del Consejo, sonriendo.

—Pido la palabra, repite el ministro de Estado.

—Pido la palabra, añade el de Hacienda.

—Y yo..... y yo..... y yo..... repiten los demás ministros.

Y todas las miradas de la Cámara se fijan con aire de compasion en el preopinante, que cambiando de tono y como si de repente le hubiera nacido la conciencia, y hubiese encontrado la memoria, trata de resumir, trocando los tremebundos cargos de su discurso en levísimas reconvenciones, cuya benevolencia no es completamente rechazada por el ministro al levantarse á contestar al orador.

Pero esta réplica ya no tiene mérito, porque desde que el gobierno, por medio de su presidente, declaró que hacia *cuestion de gabinete* el asunto, se adivinó perfectamente el resultado de la votacion.

Y en cuanto al verdadero interés que hubiera ofrecido la sesion si los ministros hubiesen contado con nombres y apellidos, las gracias que para sus amigos, habia recibido el diputado independiente, conviene advertir que los ministros, decidieron tomar en cuenta el *decoro del Congreso*

desde que oyeron el epílogo del discurso y todos renunciaron la palabra.

Unicamente tuvieron algun interés las explicaciones y los discursos sobre alusiones personales; pero es demasiado largo este artículo para copiar en él las hojas de servicio y los lances domésticos de los diputados aludidos y no queremos sacar á relucir todo lo que reluce en esos casos, dejando cada vez menos reluciente el sistema parlamentario.

Por otra parte, el autor de estos cuadros no es tan viejo que esté desengañado por completo, y aun tiene esperanza de que se mejore el sistema.

Ningun hombre público dice que profesa táles ó cuales *medios* ni tales ó cuales *fines*, sino que todos dicen que aman estos ó los otros *principios*. Y los principios siempre son penosos. Penosos y largos.

CUADRO TREINTA Y CUATRO.

La centralizacion y la especialidad.

He aquí dos galgos que no sé á quien le ha ocurrido atar con una misma cuerda, cuando nadie puede ignorar que cada uno de ellos tiene distintas inclinaciones, y que van á tirar hácia distinto lado.

Hé aquí, lector, una de las mayores contradicciones del siglo y uno de los grandes viceversas de la sociedad presente.

Con el tambor de la centralizacion, y al grito de que la union daba la fuerza, publicó el siglo la ley de las afinidades, declaró afines todos los principios y todos los caudales, amalgamó todas las rentas, dijo que éramos todos unos, y que la igualdad no conocia sino una sola familia y un

solo caudal y una sola renta. Mas tarde, con la trompeta de la especialidad, ha publicado otra vez la ley de las afinidades, pero subdividiendo estas hasta lo infinito; y en vez de gritar viva la union, ha dicho que nos desuniéramos, que cada mochuelo se fuera á su olivo y que recordáramos que Iriarte tenia razon cuando dijo:

que lo importante y raro
no es entender de todo
sino ser diestro en algo.

En los primeros tiempos de esta era centralizadora, faltó poco, tan poco, que casi sobró algo para que huyendo de la tendencia absorbente del absolutismo, cayéramos en otra absorcion mas absoluta y mas despótica. En nombre de la libertad y para mejor enseñar á los pueblos á ser libres, les hicimos esclavos de la centralizacion, empezando por suprimir el libre albedrío de las aldeas, declarándolas menores de edad y sujetas á la potestad de las villas; mas tarde sufrieron estas igual suerte con las capitales de provincia, y por último, la capital de la nacion, asumió todas las capitalidades, se declaró tutora y curadora de todas las gentes, recaudadora universal de todas las propiedades, y maestra general é infalible y casi inapelable de todos los conocimientos humanos.

Creáronse centros administrativos, centros

comerciales, centros políticos y centros de todas clases, para toda especie de personas y de cosas, y quedó por fin establecida la verdadera centralizacion. Como hijos de una misma madre todos nos cobijamos bajo el manto de la madre patria, y esta nos educó, nos administró, nos recaudó y nos pagó todos los gastos.

La centralizacion nos presentaba comidos y bebidos, y nos daba ropa limpia, y aun de vez en cuando nos dejaba algunos cuartos en el bolsillo para los gastos menudos é imprevistos. Todos trabajábamos para todos, y nadie hacia el vago de cuenta propia; que para eso y para mucho mas habíamos proclamado la igualdad.

Así la centralizacion de los conocimientos humanos, trajo consigo los sábios universales, la de los grandes capitales el capitalista monstruo, y el comercio, las ciencias, la industria y las artes, todos sintieron los efectos de la centralizacion.

Pero las leyes administrativas, que los centralizadores hicieron á su imágen y semejanza, fueron los verdaderos hornos de fundicion de todo. Los antiguos municipios, que resucitaron locos de júbilo al grito de libertad, se volvieron al sepulcro espantados de la centralizacion, y aunque los centralizadores han solido llamarles alguna vez y parece que han vuelto, se han hecho los sordos y no han venido.

Tambien ha solido suceder que á la hora de cobrar se acordasen de todos y á la de repartir se olvidasen de algunos, y que contribuyendo todos por igual, no comiesen igualmente todos; pero esto ha consistido en las dificultades que naturalmente ofrece un sistema nuevo. Ibamos en busca del equilibrio social, y para que este se restablezca es preciso que algo quede desequilibrado.

La verdad es que el furor de la centralizacion, que se hacia en nombre del principio de autoridad, pudo haber sido el principio del socialismo.

Afortunadamente sonó á tiempo la trompeta de la especialidad, y la ley de las afinidades empezó á entenderse de otro modo. No se ha hecho esta reforma en nombre de la descentralizacion, ni para nada se ha pensado en ella al proclamar la especialidad, pero estamos seguros de que esta prójima acaba con la centralizacion.

El comercio y la industria han sido los que primeramente han acordado no entender de todo sino ser diestros en algo, y al efecto han creado las especialidades, dedicándose cada comerciante y cada industrial especialmente á distinta cosa; estando muy próximo el dia en que para coser una camisa, labor que antiguamente hacia la propia mujer del que iba á usarla, se necesite el auxilio de seis industrias y el de otras tantas tien-

das. Ya hoy dia tenemos una fábrica que posee la especialidad de los cuellos, otra la de los puños y otra la de las pecheras, y no nos falta otra que anuncie la especialidad en la confeccion de camisas, sin puños, cuellos ni pecheras.

Hay carreras especiales, porque las ciencias han seguido el movimiento del comercio y de la industria y tambien en ese ramo se van á hacer grandes prodigios descentralizadores. Antiguamente habia pocas mas carreras que la de San Francisco, la de San Gerónimo y la de baquetas que daban á los soldados en los cuarteles, y semejante abandono exigía un remedio; pero lo hemos tomado tan á pecho que cada dia sale una carrera nueva. Y esto consiste en que el vapor, que es el motor del siglo, tiene los pulmones de hierro y no se cansa de dar carreras.

Le ha dado tambien alguna á las bellas artes, y estas han creado sus escuelas especiales. Pero donde la especialidad ha hecho sus verdaderos milagros, abriendo no solo carreras, sino hasta carreteras, ha sido entre los bibliófilos, los numismáticos y los aficionados á hacer colecciones de todo género de cosas desde los tiempos mas remotos hasta el dia. Estos son los que han abrazado la especialidad de todo corazon; estos los que la llevan á un grado de refinamiento, y de subdivision tan exquisita, que andando el tiempo para ver un traje completo del siglo XVI, por ejemplo, será

preciso ir á casa de diez y seis coleccionistas.

El uno hace coleccion de golas y tiene todas las que se han usado desde que el hombre pensó en cubrirse ó adornarse la garganta; el otro hace lo mismo con los jubones, ó con la capa ó con el calzon, y las medias, y los botones, y las hebillas, y las plumas del sombrero, y las espadas. En este género hay quien reune objetos curiosos y comete al clasificarlos y al exhibirlos errores muy curiosos tambien.

Los bibliófilos tienen su especialidad en libros de tal ó cual siglo, ó de solo la primera ó la segunda mitad de uno de ellos; y aun dentro de estos períodos de tiempo, los libros de un autor determinado ó los manuscritos de un personaje célebre. Y no falta rebuscador de libros que se contenta con solo las tapas de ellos, porque su especialidad consiste en presentar las encuadernaciones habidas en el mundo desde que se introdujo esa industria librera, que tiene una antigüedad fabulosa.

No son tan escrupulosos los que forman colecciones de cuadros, aunque no deja de haber entre ellos algunos fanáticos de la especialidad.

Unos son ricos en Murillos, otros tienen una gran cantidad de Zurbaranes, y los hay tambien que tienen la especialidad en tablas buenas ó malas, ó en cobres, aunque muchos de ellos sean mamarrachos; y por último, aunque las obras que

un pintor hizo en sus buenos tiempos valgan mas, como es natural, que las que hizo cuando no sabia pintar, todavía hay quien ambiciona reunir estas últimas, y si alguien llegara á poseerlas todas, seria tenido por una verdadera y envidiable especialidad.

Pero de estas aficiones utilísimas y que mas ó menos subdivididas serán siempre de una provechosa enseñanza para la historia de los conocimientos humanos, hemos descendido cuanto nos ha sido posible, con objeto de que todos podamos ser coleccionistas, ya que no hay motivo de coleccion para todos.

Desgraciadamente, cuando se hizo la revolucion política, no nos habian dicho lo que era la ciencia arqueológica, y sin saber lo que hacíamos, porque de haberlo sabido resultaria que no lo habríamos hecho, derribamos, no con mano artística, sino con piqueta revolucionaria, los mas preciosos monumentos arqueológicos. Y como no pensábamos ni podia ocurrírsenos que cuando el siglo acabase de derribar tendria que pensar en reconstruir, siquiera fuese por no estar parado, redujimos á cascote menudo todos los materiales de los derribos y con ellos hicimos terraplenes para las carreteras y los ferro-carriles.

No podia darse mayor fraternidad entre las artes y la industria, ni esta podia desear otro trono de mas lujo que los despojos de aquellas.

Y como derribamos de prisa y corriendo, no tuvimos tiempo para ocuparnos de las obras de escultura, ni de pintura, ni menos de los libros que habia dentro de aquellos monumentos. Las primeras, salieron mutiladas; las segundas, hechas girones; y los últimos, desvencijados y muchos de ellos hoja por hoja. Entonces ni siquiera sospechábamos que habia de llegar el dia de las especialidades, y la centralizacion, que era la reina del siglo, se hizo cargo de aquellos restos de las pasadas grandezas humanas, y sin quitarlos el polvo del derribo ni curarlos las heridas de la piqueta, los tuvo almacenados hasta que llegó el dia de la restauracion y de la especialidad.

El gobierno creó precipitadamente comisiones centrales y comisiones especiales, para velar por la conservacion de los monumentos del arte; y los que habian comprado por mayor las estátuas, los cuadros y los libros, empezaron á restaurarlos, á clasificarlos y á irlos soltando uno á uno, porque ya habian aprendido que la abundancia y la concurrencia traen la baratura á los mercados.

Si la economía política hubiera venido al mundo español un poco mas temprano, habriamos sabido esas cosas y otras mas; pero no vino y por eso vinieron las cosas como han venido.

La conservacion de los monumentos arqueológicos, como por una parte está en manos de las

comisiones y por otra en los terraplenes de los ferro-carriles, no nos da cuidado. Lo que ahora nos interesa es la conservacion del polvo de aquellos edificios, del cacho de lienzo de aquellos cuadros, de las hojas de aquellos libros, y del trozo de piedra de aquellas estátuas.

Nos enternece y nos aflige, aunque al propio tiempo nos llena de entusiasmo, ver el respeto y la devocion artística, con que el sábio coleccionista moderno, guarda aquellos polvos de la centralizacion que le han traido estos lodos de la especialidad.

Pero ya hemos dicho que no todos pueden coleccionar estátuas, ni cuadros, ni libros, sino que es preciso que alguien piense en los muebles, y en los cacharros, y en otros objetos, que aunque intrínsecamente sean de poco valor, le tengan inmenso á los ojos de la historia. Estos coleccionistas y entre ellos el alfarero, son los que tienen mas mérito á nuestros ojos.

A él no le importa que la escudilla que acaba de adquirir sea la que sirvió á Jacob para llenarla de lentejas y comprarle á Esaú su primogenitura; eso le interesaria á un anticuario y él es especialista. El quiere reunir todas las escudillas que ha habido en el mundo, y como una de ellas es la de Jacob, la busca y la compra á cualquier precio. Y si como hemos indicado es alfarero completo, esto es, que abraza la especialidad de

los platos, la de las jícaras y la de toda clase de cacharros de barro y de loza, tiene su casa llena de fuentes, y jarros y cofainas, cuanto mas sucias, y mas viejas, y mas rotas mucho mejor. Pero si dentro de esta especialidad tiene la de la loza ó la porcelana, ó solo uno de los ramos de cada una de estas, en ese caso se limita á hacer la coleccion dentro de su especialidad; y si coleccionando tazas adquiere una jícara, no pára hasta que la cambia ó la vende al coleccionista jicarero.

Los ingleses, que son los verdaderos especialistas, tienen perfectamente deslindadas las especialidades, y como nosotros los tenemos por modelos especiales en estas especialísimas manías, estamos ya muy próximos á la perfeccion.

Así como desde el rango de las pinturas, de los libros, y de las monedas, se pasa á la de los objetos de barro ó de porcelana, así se desciende desde estos á las cosas mas nimias y de menos valor. A aquellas que por sí solas no tienen valor alguno, y que coleccionadas y reunidas pueden llegar á tenerle inmenso. Una esquela mortuoria, que el que la recibe, ó la rasga, ó la arroja al basurero, en manos del trapero no vale mas que un pedazo de papel cualquiera, pero reunida y cronológicamente conservada, por un coleccionista de esquelas fúnebres, vale cuanto se quiera pedir por ella. Sola no representa sino la fecha en que

murió tal ó cual persona, y el dia en que la enterraron, y el nombre del cementerio adonde descansan sus cenizas; pero reunida á todas las esquelas fúnebres de Europa, por espacio de diez ó veinte años, vale casi tanto, y á veces mas, que todos los libros parroquiales de esa parte del mundo.

El coleccionista de este género ó el de esquelas de boda, sostiene una activa correspondencia con todos los impresores y todos los litógrafos de España y del extranjero, y no se desdeña de dirigirse de vez en cuando á los curas y aun á los sacristanes, y hasta á los conserjes de los cementerios, para pedirles noticias y confrontar sus esquelas con las inscripciones de los sepulcros.

Los sellos del franqueo, que despues que han sido inutilizados por las oficinas de correos, parece que no sirven para nada, las etiquetas de los perfumistas y de los boticarios, y hasta los versos de las cajas de fósforos, todo tiene hoy un gran valor en manos de los coleccionistas.

Difícilmente al ir á arrojar cualquiera de esos papeles ú otros de menos valor, se deja de tropezar con una persona que detiene el brazo y dice:

—Si vd. me permite y no le sirve para nada este sello, ó esta copla, ó esta etiqueta, lo recogeré para un amigo que *hace coleccion* de estos

objetos y tiene ya reunida una gran cantidad de ellos.

Si la manía de las colecciones sigue el camino que lleva está próximo el dia en que no se podrán arrojar los huesos de las frutas, sino que habrá que guardarlos para el coleccionista de los de melocoton, ó de cereza, ó de albaricoque; ó de pipas de *calabaza*; que no hay razon para que esta fruta deje de ser la especialidad de muchos coleccionistas.

En los ramos del saber humano hay como hemos dicho antes sus especialidades y cada hombre tiene la suya, de manera que es preciso el concurso de muchos para lo que antes solia bastar y aun sobrar el de uno.

La especialidad de un orador es el exordio, la de otro es la argumentacion, otro se distingue en los epílogos, y hay quien no sirve para otra cosa que para las réplicas: de manera que para hacer un buen discurso en el parlamento ó en el foro, se necesitarian cuatro oradores. En medicina sucede otro tanto, y el enfermo que sufre mas de una dolencia, se ve perplejo sin saber si ha de avisar al médico cuya especialidad es el rehuma, es decir el acertar á curarle, ó las fiebres, ó el dolor de costado ó cualquier otro padecimiento. Y en cuanto al vestido, ya hemos indicado en otro lugar de este libro que hay varias especialidades. Para vestir bien es preciso

acudir á cuatro sastres por lo menos; al que posee la especialidrd en el pantalon, al de los chalecos, al de las levitas y al de los fracs.

En suma, lector, ya lo has visto: la ley de las afinidades nos llevó en nombre de la centralizacion á formar de toda la nacion una sola familia, y esa misma ley mas afinada, y en nombre de la especialidad, vá á hacer tantas familias como ciudadanos.

Por si sirve de algo, para contener esta nueva manía, digamos con el latino que *in medio consistit virtus*, añadiendo con el castellano que:

Si querer entender de todo
en ridícula presuncion,
servir solo para una cosa
suele ser falta no menor.

CUADRO TREINTA Y CINCO.

Las fuentes de la riqueza pública.

El que sea pobre sin su pan se lo coma y que no culpe á nadie por su miseria.

Si cuando pasaban rábanos ha habido algun español que no ha corrido á comprarlos, porque ignoraba que á la ocasion la pintan calva, y que mas vale un por si acaso que un quien pensara, y un toma que dos te daré y pájaro en mano que buitre volando, nosotros lo sentimos, pero no podemos remediarlo.

Abiertas han estado y abiertas están aun, las fuentes de la riqueza pública, y como todos los españoles somos iguales, á ninguno se le ha dicho que deje de llenar su cántaro.

La revolucion empuñó la ahijada de la eco-

nomía política, y cual otro San Isidro Labrador, la sacudió sobre la tierra haciendo brotar los raudales de la riqueza pública. Millones de reales fontaneros salieron del canal del oro, y los españoles que tuvieron fé en el milagro, corrieron á beber hasta quedar hidrópicos ú orópicos, en las fuentes de la riqueza pública.

Por respeto á la igualdad civil, y para evitar las preferencias siempre odiosas, inventamos las subastas. Con ellas se han hecho inútiles los privilegios y el que mas dá por la torta aquel se la lleva.

En otra parte de este libro hemos hablado ya del oro, pero como este siglo de hierro es tan rico, el oro nos sale al encuentro por todas partes.

Las gentes de ayer, que tenian arcas de agua, creyeron que con mas razon deberian tener arcas de oro y le guardaron, como aun le guardan hoy algunas personas: primero en un calcetin viejo, luego en un talego nuevo, y por último en un cofre; y si les parecia que corria peligro de fugarse, por que las fugas del oro son mas frecuentes que las del gas, le metian en las entrañas de la tierra, sin que la tierra llegase á saber que estaba en estado interesante. Pero vinieron los hombres de hoy y sin buscar las llaves de aquellos cofres, ni mucho menos descerrajarlos, sacaron cuanto en ellos habia, no contra la voluntad de sus dueños, que ya hemos dicho y no nos

cansamos de repetirlo, que la libertad no hace fuerza á nadie, sino tan á gusto de los interesados que se han comido las manos de gozo tras el interés que les ha dado su dinero.

La llave maestra con que hemos abierto todos los baules y quebrado aquellas ollas viejas, donde los viejos guardaban las viejas onzas mejicanas, ha sido la imprenta periódica. El cuarto poder del Estado, á quien los demás poderes tratan como á un quinto y constantemente le están leyendo la ordenanza, ha sido el Moisés del siglo XIX. A su potente voz se han reunido las aguas perdidas en el seno de las familias, y convertidas en grandes raudales han hecho brotar las fuentes de la riqueza pública.

Despues que el hombre hubo renunciado á la vida privada, el capital no podia conservar la suya. Disueltas las familias era preciso disolver las fortunas. El oro, proclamado dios del siglo, no podia ser menos que sus adoradores. Los liceos, los círculos y los casinos, tenian que traer consigo los bancos, las bolsas y las sociedades mercantiles. Si en los primeros se confeccionaba la política, en los segundos debia hacerse la economía, y he aquí el orígen de lo riqueza pública, la economía política.

Con esta ciencia en la mano hemos regenerado la sociedad. No en valde se quemó las cejas Schmit para reunir y dar forma viable á los prin-

cipios económicos, que andaban diseminados en las obras de los viejos filósofos, logrando que no se pudiera repetir aquello de que «se sabia donde estaba el mal, pero que no se podia dar con el remedio.»—El medicamento ha parecido. Say, Malthus, el ginebrino fundador de los sociales, el autor de los falansterios y una multitud de sábios economistas no han trabajado en valde para averiguar ciertas cosas, entre ellas la de el ¿por qué los pobres no son ricos? Todo se ha averiguado, todo se ha corregido y el espíritu de asociacion nos ha redimido por completo.

Las sociedades mercantiles, que son las hijas de ese espíritu, no pueden renegar de su abuela materna la economía política. Si ellas son las fuentes de la riqueza pública, su abuela ha sido la llave maestra que ha soltado esas aguas.

Veámoslas nosotros ahora estenderse por todo el ámbito de la tierra política, para regar los sembrados económicos del positivismo matemático.

Huyamos de las sociedades secretas, porque se nos antoja un gran retroceso hacer misterio y hablar en voz baja de algo, cuando es público y se habla á voz en grito de todo. No queremos asociarnos ni siquiera para *defender los derechos del hombre*, hoy que cada ciudadano tiene el suyo y el de usarle como mejor le parezca, y puesto que el trabajo es libre no iremos tampoco á la sociedad de la *Organizacion del trabajo*.

Nada de organizar, ni de constituir, ni de regimentar, que todo esto nos huele á comunidad de frailes y á gobierno absoluto. Somos libres y no queremos perder nuestra libertad en una sociedad secreta. Las mercantiles son nuestra pasion, y de ellas, no las *colectivas*, ni las *accidentales*, ni las *comanditarias*, sino las *anónimas.*

La sociedad anónima es la fórmula verdaderamente gráfica de este siglo en que los nombres han sido suplantados por los números. El retrato de un socio cualquiera le dará al lector la medida de la sociedad y de los demás socios.

Pero como no hay hombre sin hombre, si nos permites que te enseñemos dos socios, uno *que vaya* y otro *que esté ya de vuelta* el cuadro será completo.

El primero, ya le conoces, es uno de aquellos primistas que embarazaban con sus intempestivas ofertas las primeras subastas de los bienes nacionales. La gran parentela que reunió, toda de primas, le hizo entrar en ganas de hacer una primada. Pujando, al parecer por cuenta de un amigo, remató, sin que nadie le emprimara, por cuenta propia, una de las mejores gangas de la primera extraccion, y como el producto de ella le permitió llevar los piés en coche, pudo andar mas aprisa y llegar de los primeros á las fuentes de la riqueza pública. Llenó con las de los conventos todas las vasijas que tenia en su casa y

aun las que no tenia en ninguna parte, porque es fama que compró mucho á crédito, y se dirigió á otro manantial mas productivo, se hizo contratista.

Los gobiernos, que tenian la obligacion de velar por el bienestar de los pueblos, estaban aburridos porque no sabian como dar de fumar al paisanó, de comer al militar y de vestir al presidiario, ni donde navegar al marino, y todas estas atenciones,que se llamaron *servicios públicos*, se adjudicaron en pública subasta. Tomó nuestro hombre de ellas las que pudo tomar; traspasó las unas, cedió las otras, interviniendo siempre en los tratos alguna prima, sin desdeñarse nunca de este parentesco, cosa que le honra sobremanera, y recibiendo con toda llaneza, á todas horas, las primas que se le presentaban, se hizo capitalista, y con su créditoy los capitales agenos, fundó varias sociedades anónimas.

LA EXPLORADORA, *sociedad para descubrir, denunciar y explotar todas las minas de España. Capital social noventa millones de reales, dividido en cuarenta y cinco mil acciones de á dos mil reales cada una.*

EL LABRADOR ANÓNIMO, *sociedad consagrada al cultivo de todos los terrenos incultos de España é Islas adyacentes. Capital social cien millones en acciones de mil reales.*

EL SALVADOR DE LAS FAMILIAS, *socie-*

dad de seguros mútuos sobre incendios, robos, hundimientos, tormentas, naufragios, vuelcos, disensiones domésticas y otros objetos análogos, como son el avinagramiento de los vinos, etc. á prima fija.

Estos nombres y los de banqueros tan respetables ó mas que el nuestro, y tres ó cuatro títulos de Castilla y algun ex-ministro entre los directores y juntas de gobierno de esas sociedades, conmovieron á la sociedad, y el capital social de alguna de ellas se realizó en brevísimo plazo, y aun con usura. Al primero que pidió acciones se le dijo que no habia; al segundo, por favor especial y mandándole que guardara el secreto, se le dieron algunas, y á los que vinieron mas tarde se les aseguró que estaban colocadas todas y que en bolsa se cotizaban con 75 por 100 de beneficio; no sobre el capital desembolsado, que era un 25 por 100, sino sobre el nominal.

Al autor de la sociedad, como genio verdaderamente creador, no le gustaba estar donde todo estuviese ya creado, y apenas constituia la sociedad, se salia de ella; no sin haber repartido á los accionistas un dividendo de utilidades, aun antes de haber empezado las operaciones. La suya habia sido redonda, porque habia repartido entre sus verdaderos amigos, que no hay capitalista que no los tenga, la mitad de las acciones á la par y el resto le habia negociado en bolsa con alguna ventaja, aunque no tanto como la

que se contaba, á los amigos menos íntimos.

De este número es el otro socio que quiero retratar en este cuadro.

Mírale bien, lector, mírale bien porque le conoces mucho. Te le presenté mas de una vez en la primera parte de esta obra, y aun presumo que su economía en el vestir, su inocencia en el jugar, su sobriedad en la mesa y su abstinencia en los gastos, te hizo reir algun tanto. Entonces creiste, y no te equivocabas mucho al creerlo, qne aquel pobre hombre iba á bajar al sepulcro sin haber gozado ni haberse divertido y dejando sus economías en onzas de oro, y en lugar donde sus herederos no las tropezasen, y donde no volviera á darles el sol hasta el dia del juicio final. Pero te has engañado, lector, porque no ha sucedido lo que tú pensabas.

Cierto es que la idea de que los capitales se asociaran, le asustó tanto ó mas que las sociedades secretas, y se propuso que el suyo no tuviera mas socios que sus propios ahorros y economías; y aunque los periódicos, que cayó en la tentacion de leer algunos, le decian que el capital privado no podia acometer grandes empresas, ni produdúcir grandes utilidades, siguió privando al suyo de todo contacto con los demás, hasta que los casos prácticos le convencieron de la verdad con que hablaban los periódicos. Vió á gentes, que no tenian una peseta, gastar muchas

mas que él que tenia tantas, y vivir en grandes casas y pasear en elegantes carretelas, y aunque él no pensaba hacer semejantes disparates, aunque llegara á ser mas rico que Creso, se decidió á hacer un ensayo de bolsa.

En cuanto á comprar bienes nacionales, tenia demasiado presente lo que ocurrió el año 1824 á los que habian comprado en 1820 y se hizo el sordo á los anuncios de las subastas. Tampoco quiso comprar papel del Estado, porque la suerte de los Juros y de los Vales Reales, tanto los consolidados como los no consolidados y los comunes, no le hacian muy aficionado á ese juego; pero en cuanto á las acciones de minas, que es por donde se decidió á pecar, ya era otra cosa.

—¿Qué se puede perder con tomar una accion por via de ensayo? llegó á decirse á sí propio. Lo mas que puedo perder, añadia, es lo que dé por ella.

Y discurria como el jugador que pone un duro á una carta, que si viene la contraria, no pierde mas que un duro; pero si trata de desquitarse puede perder todo lo demás.

Nuestro socio no quiso desquitarse porque entró ganando. Las primeras acciones que compró las vendió al dia siguiente con un 50 por 100 de ventaja, y como volvió á ver en su gabeta, no solo su primera talega de oro, sino media talega mas, se decidió á que las diera el aire á todas, y

el amor que hasta entonces habia tenido á los retratos de Cárlos III en oro, le puso en las acciones de minas y en las de sociedades anónimas y en toda clase de papeles litografiados y llenos de geroglíficos.

A las patentes de cofradías, únicas sociedades que hasta entonces habia conocido, añadió las de socio de toda clase de empresas é industrias, y como ya leia, además del Kempis, que no dejó de leer nunca, alguna obra de economía política, aprendió con tanta fé las ventajas de la acumulacion de intereses y el interés compuesto y otras recetas mercantiles por el estilo, que si algo percibia de utilidades por sus acciones, todo lo gastaba en otras nuevas. Y se acusaba de haber tardado tanto tiempo en ser accionista y en cambiar el oro que nada le producia por un papel que le producia tanto. Le parecia imposible haber dudado de que los hombres de tantas luces, que habian sabido inventar la del gas y la del fósforo, fuesen capaces de aumentar la produccion del dinero.

Despues que hizo justicia al siglo, se hizo accionista de minas, de segurós y de ferro-carriles, tenedor de papel del Estado, y en suma, poseedor de toda clase de papel de Bolsa. Baste decir que no tenia un real de plata en la suya, cuando ocurrió el terremoto de las sociedades anónimas. Pero no ha consentido en vender ni una sola ac-

cion, con quebranto, y aunque él pasa algunos, guarda como oro en paño, como guardaba el suyo, todos los papeles que adquirió en cambio de él.

Cuando las cosas se toman con fé no se van á dos tirones y ni el primero de las sociedades anónimas, ni el que despues le han dado las minas le han desengañado. Sus herederos ni pierden ni ganan, porque probablemente habria dejado las onzas de oro donde nadie hubiese tropezado con ellas, con que mas vale que la economía política las haya encauzado hácia las fuentes de la riqueza pública.

Ese socio pasivo, que con tanta actividad fomenta las sociedades mercantiles, además de ser conocido del lector desde la primera parte, ha salido ya á luz en otros cuadros de HOY y no será este el último en que figure.

Los fontaneros de la riqueza pública y los que acuden á llenar sus vasijas en esos manantiales son muchos mas. Pero tantas veces va el cántaro á la fuente que ha de quebrarse alguna; y las quiebras, amigo lector, son la moneda mas corriente, en este siglo de las corrientes de gas, de magnetismo y de electricidad.

Todo se quiebra cómo si todo fuera hecho del mas quebradizo cristal.

El comerciante mas robusto y mas atlético, se acuesta sano y bueno y amanece quebrado. Su casa, que á tí te parecia mas sólida que el edi-

ficio del Escorial, quiebra de repente. Los carruajes con que corria la posta, sin que jamás se les hubiese quebrado una rueda, aparecen en quiebra tambien: y en suma, todos son quebrados en esta época de la entereza y de la arrogancia. Y no creas que quiebran de mala fé, ni en broma ni de mentirijillas, como dicen los chicos, sino que el quebrantamiento del comerciante, quebranta y quiebra y hace pedazos á centenares de hombres y á millares de familias ¡tanta es la verdad de la quiebra! La de la casa hace quebrar otras muchas, y es tal el estallido, que todo salta y todo se rompe, como cosa frágil y quebradiza.

Pero ya te he dicho, lector, que mientras los economistas políticos, no habian descubierto mas que la primera parte de su ciencia, esto es la de saber donde estaba el mal, adelantamos poco en el camino de la bienandanza; para que esta haya sido completa, ha sido preciso descubrir donde está el remedio.

Los médicos y los enfermos sin la botica, no hubiesen servido de nada.

Ahora como la economía política además de los enfermos y los médicos, ha encontrado los medicamentos, las quiebras son mas sencillas y se las puede conjurar mas fácilmente. Se las vé venir y cuando una casa va á quebrar se tapan las grietas, se dan en los salones unos cuantos bailes y mucha música, no para que se asienten

y se duerman los cimientos, sino para que los inquilinos no oigan el crujir de la fábrica; y últimamente, se apea la medianería, levantando á su inmediacion otra casa, con otra fachada y á nombre de otro propietario.

Si cuando vimos que se acababa el oro no hubiésemos creado el papel moneda, nos habríamos quedado sin una peseta; y si al irse concluyendo el papel y el oro, no nos hubiera ocurrido inventar el crédito habríamos muerto de hambre.

El crédito es la gran fuente de la riqueza pública.

Para que se seque es preciso que seamos tan torpes que dejemos llegar el dia de la liquidacion general.

Mientras el tendero de comestibles no le pida al parroquiano que le pague al contado el género que saca de su casa, y el almacenista por mayor no le diga al tendero que le satisfaga desde luego el valor de los artículos que le vendió á plazo, y al almacenista no le exija lo mismo el fabricante, y á éste no le reclame el Banco los fondos que le prestó para su industria, y al Banco no le pidan sus capitales los accionistas, que son ni mas ni menos que los parroquianos del tendero de comestibles, no hay cuidado. La quiebra del crédito no llegará nunca.

Seguirán siempre abiertas la fuentes de la riqueza pública.

CUADRO TREINTA Y SEIS.

Las carreras universitarias.

Quien te parece á tí, lector, que es el verdadero responsable de los azotes que te dieron en la escuela de primeras letras, de los tirones de orejas que te aplicó el dómine, de las calabazas con que te regaló el profesor de filosofía y de los infinitos contratiempos que habrás sufrido, mientras has cursado las universidades? ¿Crées tú, que si el matrimonio Adan no hubiese tenido el mal gusto de aceptar una manzana de boca de una serpiente, habria leyes de instruccion pública, ni planes de estudios, ni ninguna de esas carreras que han dado los siglos en el gran hipódromo de la sabiduría humana?

¡Pues que, si los padres de familia pudieran

dejar á sus hijos la *Carrera de San Gerónimo* con todos sus edificios, ó la de *San Francisco* con todos los suyos, habria quien se acordara de que habia escuelas, colegios, institutos, universidades, fábricas ni talleres!

El trabajo es un castigo que Dios nos impuso por el pecado original, y hé aquí demostrado que el verdadero autor de la instruccion pública es Adan, la causa de nuestra sabiduría una serpiente, y el orígen de esas grandes ciencias, con las que pretendemos asustar al mundo, una camuesa.

Y ya que por la gracia de Dios y la Constitucion, se han suprimido los azotes y las palmetas, y la letra no entra con sangre, como en otros tiempos, Adan y Eva pueden estar orgullosos de haber sembrado la manzana que ha producido el árbol de la sabiduría. Arbol que creyó dar ópimos frutos en los tiempos antiguos, pero que nosotros hemos averiguado que no ha estado en sazon hasta nuestros dias, y lo que es mas aun, que no podrá en los venideros adquirir mas frondosidad ni mayor madurez.

Y con efecto, lector, yo debo decirte aunque me rechaces por parcial y me tengas por orgulloso, que la época presente es la única que está legítimamente autorizada para escribir á la puerta de sus universidades el *non plus ultra*, que no pudieron grabar en sus pendones los pueblos de

la antigüedad, que creyeron asustarnos, dejándonos por única muestra de su civilizacion, unos cuantos monumentos de piedra.

Si fuera posible que resucitáran los atrevidos autores de las pirámides de Menfis y les preguntásemos que entendian por *estereotomía*, les haríamos volver á sus sepulcros, avergonzados de no saber ni siquiera el nombre del arte que enseña á cortar las piedras. ¡Ellos que cortaron tantas! Y no darian palotada en la *mecánica racional*, ni en la *aplicada*, ni en los *ejercicios gráficos*; y causaria pena oirles discurrir acerca de las matemáticas y de las ciencias naturales, y encogerse de hombros cuando les hablásemos de *derecho administrativo* y de *economía política.*

Aun en tiempos posteriores reprobaríamos á esos grandes genios que nos enseña la historia como otras tantas lumbreras de la ciencia. Cristóbal Colon no sabria que contestar á las preguntas que le hiciera un simple guardia marina; Juan de Herrera apenas serviria para delineante en el estudio de un arquitecto; y los jurisconsultos, los filósofos, y los médicos del siglo XVII llevarian calabazas con solo que les preguntáramos lo que hoy contestan de coro los alumnos de *derecho mercantil*, los de *estética*, y los *toxicólogos.*

Es indudable que las ciencias, las letras y las artes han llegado á su mayor apogeo y trabajo les mandamos, á los que vengan despues que

nosotros, si han de inventar una nueva salsa para condimentar el alimento del espíritu.

En tiempo de nuestros padres, la gran mesa de la sabiduría humana, apenas pasaba de cuatro asientos, que constantemente ocupaban un teólogo, un militar, un jurisconsulto y un médico; algunas veces se ponia mesa aparte para el arquitecto, el boticario y el escribano; pero estos no comian todos los dias, y hasta se le permitía comer por su cuenta, dónde y cómo les daba la gana. Dentro de las universidades solo comian los cuatro primeros, y aun de ellos debemos eliminar al militar, porque éste, aunque entraba y salia donde mas le acomodaba, no tenia obligacion de asistir á las aulas. El eclesiástico, con el abogado á la derecha y el médico á la izquierda, era el que repartia los manjares, con tasa y medida, como ha podido ver el lector en la primera parte de esta obra.

Pues bien, ahora, no solo han pasado á la primera mesa los de la segunda, sino que se ha construido una gran mesa redonda, en la cual se ponen diariamente sesenta cubiertos para otras tantas ciencias y profesiones, y principalmente, para las carreras especiales. Porque esto de la especialidad, como ya hemos dicho en otros cuadros, es una de las cualidades mas distintivas de esta época desamortizadora.

Y si grande es la mesa de la sabiduría y mu-

chos los cubiertos que caben en ella, los platos que se sirven son infinitos y los manjares sumamente variados. De las primeras entradas ó llámense sopas del entendimiento, están obligados á comer casi todos los comensales; y solo cuando ya todos los estómagos están á una misma altura de *psicologia*, de *latin*, de *griego* y de *francés*, y han tomado algunos sorbos de *moral*, y han picado en los encurtidos de la *retórica*, *poética*, *física*, *química*, *geografía é historia*, es cuando se permite á los convidados que dejen pasar en blanco ciertos platos y que cada uno tome del que mas convenga á sus fuerzas digestivas, y á sus inclinaciones literarias. Es decir, que el anfitrion no les obliga á comer otra cosa sino los platos que necesitan para hacerse *bachilleres en artes*. Despues de esto cada cual se hace servir los manjares que quiere, segun el precio que ha pagado por el cubierto, ó el que espera sacar cuando acredite que se ha sentado en mesa tan exquisita. Aunque para esto último mas le valdria no ensuciar su estómago literario con los manjares que se sirven en el Paraninfo de la Universidad, porque fuera de ese comedor es donde se hallan los verdaderos cubiertos de precio, como vamos á demostrárselo al lector, en las siguientes líneas.

Supongamos que un hijo de familia, por consejo de su padre ó por inclinacion propia, se va derecho á la Universidad y se sienta á la mesa de

la jurisprudencia, once años seguidos, pagando en los cinco primeros ochocientos reales y en los seis últimos, cinco mil ochenta; y supongamos tambien que no teniendo paciencia para estar en su casa, esperando á que acudan los litigantes en busca de su ciencia, pone esta á disposicion del gobierno, y éste la acepta y le nombra, no ya promotor fiscal, sino ministro del Tribunal Supremo; pues en este último caso, que es el gran caso de la carrera judicial, tendrá un cubíerto de sesenta mil reales.

Supongamos ahora que ese mismo jóven ó un hermano suyo, equivoca el camino y en vez de dirigirse á la Universidad, se va al colegio de infantería, ó al de caballería, y despues de tres años de estudios, sin que él vaya á buscar al gobierno, éste le busca y le dá un cubierto de cinco mil cuatrocientos reales ó de seis mil y la esperanza de llegar, no á los sesenta mil del ministro del Tribunal, sino á los ciento veinte mil del capitan general, y por lo menos, á los noventa mil del teniente general. Lo mismo puede llegar á alcanzar, pero le cuesta bastante mas trabajo, el artillero, y el ingeniero militar, y el individuo de estado mayor, y el marino; todos los estudios militares llevan á los cubiertos de sesenta mil, de noventa mil y de ciento veinte mil.

Las gentes del Paraninfo universitario no sacan un paladar tan fino, y únicamente los teólo-

gos, cuando arzobispan, pueden alcanzar los ciento sesenta mil reales; pero con este cubierto y con el de noventa mil que tienen los obispos, se han de socorrer tantas bocas que no alcanza para nadie. Fuera de esta carrera, en ninguna otra se puede pasar de un cubierto de cincuenta mil reales, y ordinariamente los de este precio no se dan á los abonados al Paraninfo, que todos suelen quedarse, y gracias si llegan, en veinte y seis mil, que es el máximum del profesorado.

Pero nada de esto impide que en las mesas universitarias y en las de las escuelas profesionales, reine el buen humor y la alegría y que se sirvan platos de verdadero lujo y manjares, á los cuales no sabrian por donde entrarles el diente, los grandes hombres de la antigüedad. Lo mismo que hemos dicho antes de los griegos, y de Colon, y de Juan de Herrera, decimos ahora de Hipócrates y de Lineo, y de todos los médicos, botánicos y químicos que ha habido antes de ahora. Ninguno de ellos sabria lo que era *zootecnia fitotecnia*, y *fisiografía*, y *dacografía*, y menos *docimasia*, ni nada en fin de lo que hoy constituye el abecé de las ciencias físico-químico-naturales.

Así hemos llegado á contar mas de sesenta carreras y pronto tendremos muchas mas, porque aun hay algunas en estado interesante, á pesar de lo muy fecundas que todas han sido,

dividiéndose y subdividiéndose hasta el infinito.

Desde *escribiente* y *delineante*, que no es mucha cosa hasta capitan general de ejército, que ya es bastante, el hombre lo puede ser hoy todo; y un padre de familia, que antiguamente si tenia cuatro hijos varones andaba con trabajo para educar al cuarto, á no ser que repitiese la carrera del primero, ahora, aunque reuna veinte y cinco, puede darles á todos distinto rumbo, y todos de provecho.

Sin tocar en las carreras militares, que son nada menos que doce, ni llegar á las de facultades mayores, que casi son otras tantas, puede colocar sus veinte y cinco hijos con entera independencia los unos de los otros. La estadística, la telegrafía, las minas, la diplomacia, la diplomática, la náutica, la música, la pintura, la declamacion, la escultura, el grabado, la arquitectura, la agronomía, los montes, los caminos y canales, el notariado, la veterinaria, las obras, el comercio, la agricultura y otra porcion de enseñanzas profesionales, y de estudios superiores le ofrecen diferentes carreras al efecto.

Esos sesenta y tantos caminos, que conducen al templo de la inmortalidad y á la mesa redonda, no han producido igual número de planes de estudios y de proyectos de leyes de instruccion pública, pero los primeros cerca le andan y los

segundos abundan bastante. Ya casi es una carrera el estudiar la que se ha de seguir y los reglamentos que hay que observar y las obras de texto que se deben adquirir; siendo preciso estar siempre con la *Gaceta* en la mano para ver si el nuevo plan de estudios ó la modificacion que se introduce en el que rige, obliga á desandar lo andado en tal ó cual carrera ó causa mayor perjuicio. Tambien se publican en el diario oficial las listas de las obras que deben comprar los estudiantes; y en este punto si que son dignos de compasion los padres de familia. No porque las obras sean malas, que esto aunque fuera verdad, y verdad que nosotros supiésemos, no lo diríamos nunca, sino porque jamás llegan á saber con certeza cuales son las verdaderamente aprobadas por el gobierno.

Mientras compran tal ó cual *gramática*, parece que la *Gaceta* que la anuncia, el librero que la vende y aun el profesor que la manda comprar, todos convienen en que aquel es el libro que ha de servir de texto; mas tarde, cuando ya la gramática se va familiarizando con el alumno y el alumno con ella, parece que la *Gaceta*, y el librero y el profesor, se engañaron; lo que se ncesita es un manual, y tras del *manual* un *programa*; y por último, un libro cada semana.

Pero afortunadamente, que no hay mal que por bien no venga, los libros de texto están tan mal

impresos, y el papel es tan malo, que se acaban por sí solos y pronto; es decir, que no hay que calentarse la cabeza, en pensar donde se guardarán tantos libros, porque á medida que se van comprando, ellos solos se van deshaciendo.

Pero á bien que el estudiante no ha de echar de menos los libros cuando salga de la universidad, porqué ni hoy dia salen con tan poca ropa literaria como antiguamente, ni aunque salgan poco abrigados han de confesarlo, por vergüenza que les dará el aparecer ignorantes. Cuando la ciencia era mayor de edad y no se la dejaba andar por el mundo sino fuertemente asida del brazo de la experiencia, no era deshonra el seguir estudiando privadamente, despues que se habian acabado los estudios oficiales; pero hoy que la autoridad científica ha sido exclaustrada, como las demás autoridades, no es posible que el jóven, que mientras aspiraba á merecer la investidura de doctor disputaba con el catedrático, le trate de otro modo que de igual á igual, y gracias sino la dá de superior, cuando ha doctorado.

El estudiante de HOY, no se parece por lo tanto en nada al de AYER; y lo mismo que ha cambiado por de fuera, trocando la raida sotana y el roto manteo, por el rico pantalon de *patent* y el elegante gaban de *pilot*, se ha transfor-

mado por dentro, creyendo que la autoridad d e catedrático no es absoluta y que sus preceptos son problemas que debe discutir con sus discípulos.

Pero esto es dentro del aula, porque una vez fuera de ella ya es otra cosa. En el casino, en el café y en la calle, el catedrático y el alumno son dos ciudadanos enteramente iguales, que disputan, que beben y fuman juntos, sin que haya entre ellos la menor diferencia.

Y en dias de revolucion, con la que tiene grandes simpatías el estudiante de todos tiempos, los catedráticos y aun los rectores han solido representar el papel de discípulos y estos el de profesores. Pero en estos casos, cuando la nacion ha padecido esas fiebres, que segun ciertos autores revolucionarios, son como las calenturas que experimentan los niños en las épocas de su desarrollo y crecimiento, se han solido cerrar las universidades, y cada cual desde su casa, sin profesor, ni libro de texto, ha ganado el curso.

¡Y cuántas veces han ganado otras cosas mas! ¡Pues qué no se han abonado como años académicos los que se han empleado en hacer el ejercicio y en andar persiguiendo facciosos! ¡No se ha probado el curso de *derecho civil*, mientras se ventilaba á cañonazos ese mismo derecho, y el de *anatomía* cuando se destrozaba á sablazos el

cuerpo del prójimo, y aun el de *lugares teológicos*, en tanto que se pretendia defender la religion con argumentos *ad hominem*!

Pero todas esas cátedras aparecen cerradas, por fortuna, hoy dia de la fecha, y en cambio ¡cambio felicísimo! cada vez se abren nuevas carreras y se inventan nuevas profesiones.

Lo que hay de malo es que aun HOY como AYER se necesita estudiar mucho para saber poco. Dios querrá que MAÑANA sin estudiar nada se sepa todo.

Es imposible que los metales, agradecidos á lo mucho que los hemos ennoblecido, no se pongan de acuerdo con los gases y los fluidos, para inventar máquinas que rediman á la humanidad de la esclavitud de los libros y de la tiranía de los catedráticos.

CUADRO TREINTA Y SIETE.

Las casas de baños y los bañistas.

Si viviera Aristóteles y siguiera en sus trece, sosteniendo que el agua era un cuerpo simple é indescomponible, ¿de qué vivieran en verano las empresas de diligencias, los ferro-carriles, las fondas, las casas de huéspedes, el fabricante de baules y sacos de noche, y tantas otras industrias como han creado las aguas minerales? ¿Y qué seria de los médicos-directores, de las casas de baños, de los bañeros y de tantas otras personas, como viven de procurar que se lave y se hidropatice el prójimo?

Somos nosotros poco matemáticos y por eso no tenemos mucho de estadísticos; pero hay oca-

siones en que no es posible prescindir del cálculo y una de ellas es esta.

Supongamos que el agua siguiera siendo un elemento soltero, sin otro oficio que el de representar una de las cuatro patas que sostienen esta mesa redonda llamada mundo, y que no solo se ignorara que es el matrimonio de dos gases, sino que no se supiera tampoco que es dulce, salina, termal y fria, y que dentro de estas clases de agua, hay tantas especies distintas, como son distintos los cuerpos extraños que se bañan en ellas, ¿quiére el lector que le digamos el número aproximado de personas y de cosas que en ese caso tendriamos de menos? Pues oiga.

Suponiendo, y suponemos corto, que solo tengamos en España cien casas de baños minerales, tendríamos de menos esos cien edificios y sus cien mesas de billar, que son de rigor en cada una de ellas y cien columpios, y cien pianos, y cien juegos de bolos, y otros tantos de ajedrez, de damas, de dominó, y de tresillo; y ya, con la baraja en la mano sigan vds. discurriendo juegos. Trescientas fondas, trescientas mesas redondas, cinco mil camas y otras tantas mesas de noche é igual número de cómodas y treinta y cinco mil sillas, y diez mil luces y cinco mil espejos y cinco millones de varas de lienzo, en ropa de cama, de baño y de mesa.

Sobrarian cien médicos, y cien propietarios

de casas de baños, y trescientos cocineros y mil ochocientos pinches de cocina, y trescientos mayordomos y seiscientos camareros y cuatrocientos mozos de baño, y otras tantas bañeras.

Y si con este trabajo estadístico, penetráramos en las casas de huéspedes que se establecen alrededor de las aguas minerales y nos atreviéramos á ir á los puertos de mar, recogeríamos datos curiosísimos, con los cuales veriamos cuan conveniente ha sido que Aristóteles haya muerto, que la química se haya desarrollado, y que la humanidad se familiarice con el agua, hasta el punto de ir todos los veranos á atracarse de la de mar, de la sulfurosa, de la alcalina, de la ferruginosa, de la termal, y de tantas otras como se han descubierto en estos tiempos en que lo único imposible es el estar oculto.

Mucho nos hemos enriquecido con las minas, pero el pueblo que no ha sabido descubrir en su término una fuente mineral, no saldrá nunca de pobre. Si logra hacer creer que sus aires son puros y saludables, llamara algunos parroquianos, pero no serán muchos. Tomar aires no es tomar aguas.

Tomar aguas es lo higiénico, lo saludable y lo que, si Dios no lo remedia, ha de dar á esta generacion una longevidad matusalénica. No hay mas que leer los anuncios con que los propietarios de las casas de baños llenan las esquinas

y los periódicos, al acercarse el verano, para persuadirse de que no hay enfermedad que pueda matar al hombre.

No dicen como los perfumistas, *no mas calvos*, ni como ciertos vendedores de pastas pectorales *no mas tós*; pero cuando se acaba de leer uno de esos prospectos de casas de baños, dicen las gentes para sus adentros:—Pues señor, no mas jorobados, ni mas paralíticos, ni mas cojos, ni mas tísicos, ni mas enfermos de ninguna clase; el hombre que tome con constancia estas aguas, y no tenga el mal pensamiento de tomarse un veneno, no sabrá de qué morir, y si se muere, será de viejo.

Y ya que en las casas de baños está la salud, vayamos á ellas aunque sea á costa de un sacrificio, que nada es costoso cuando se trata de prolongar la vida, y de gozarla sin enfermedades. Bien puede el lector aburrir ocho ó diez mil reales y venirse con nosotros á pasar unos cuantos dias en una casa de baños. Si es soltero no tiene que dar cuenta á nadie, y si es casado es posible que tampoco, porque á su esposa le habrá ordenado el médico distintos baños que á él y no podrán ir juntos. Y dichoso él si no tiene hijas de distinto temperamento que sus padres y á quienes convienen otra clase de aguas. O si á él mismo, ó á su esposa, les han visto tres médicos distintos y el uno, dando mas importancia

á las manchas de la oreja derecha, le ha ordenado aguas sulfurosas, y el otro, fijándose en el dolor del hombro izquierdo, le ha dicho que tome chorros termales, y el tercero, atendiendo al estado general, le ha indicado que los baños de mar son los únicos que le convienen.

Nosotros no hemos consultado con nuestro médico de cabecera, sino que hemos preguntado á un médico director de baños, para que, imparcialmente, nos dijera si nos convenian las aguas que estaban á su cargo, y nos ha dicho que sí; hemos tenido la suerte de tropezar, de buenas á primeras, con nuestra media naranja. ¡Cuántos andarán rodando por esos manantiales de salud sin hallar la suya!

Al apearnos del *faeton de los baños sulfurosos*, que no es ciertamente el carro alígero de la aurora, por mas que hayamos madrugado para tomarle, nos reciben á la puerta del establecimiento los bañistas, preguntándose todos á la vez y en voz baja, quienes somos y ejerciendo igual inquirimiento con nuestros compañeros de viaje. Si hay cuartos desocupados nos dan la llave de uno, por cuyo número trocamos nuestro nombre y apellido, al declarar el uno y el otro, en el registro de salud que lleva el director administrador del establecimiento. Si no hay cuarto vacante nos dan un número en la escala de los excedentes y nos arreglan una cama, detrás de una

puerta ó en el descanso de una escalera, ó en el pajar ó en una guardilla y allí, á la vez que tomamos un baño de intemperie, empezamos á tomar los baños de azufre.

A la hora de la consulta, que diariamente tiene el director facultativo, nos confesamos con él, haciendo primero un exámen de conciencia con nuestra economía animal, para ver donde anduvo mas pecadora, y el médico empieza por prescribirnos el descanso de aquel dia y el siguiente, marcándonos los vasos de agua mineral que hemos de beber, los dias en que nos hemos de bañar, los chorros que hemos de recibir y los gases que debemos aspirar. Para cada una de estas operaciones nos señalan una hora y nos dan un número, y todo consta en la patente que nos expiden y con la cual nos presentamos de nuevo al director administrativo.

Y una vez reconocidos, numerados y matriculados, nos sueltan en el establecimiento, para que empecemos á ser uno de tantos, entre aquellos variados huéspedes, que nos miran y nos observan con el mayor interés, adelantándonos cada cual y á porfia una sonrisa, como si pujaran entre sí la primacía en saludarnos y *hacer amistad* con nosotros, que es una hacienda importantísima en el hacendoso idioma moderno. Pero á pesar de que hay entre los licitadores algunas damas, á cuyo favor adjudicaríamos desde luego

nuestra persona, preferimos pagar con una sonrisa de esperanza las simpatías que prematuramente hemos despertado, y nos proponemos ver, oir y callar, un dia al menos, para observar á nuestra comodidad el establecimiento de baños y los bañistas.

El primero, visto desde fuera, rodeado de ásperas montañas, y con un jardin convaleciente, cuyas plantas parece que han ido allí á buscar la salud y que no les han probado bien las aguas, se nos antoja una cartuja abandonada por sus antiguos huéspedes; interiormente, los pasillos con puertas á un lado y á otro, todas numeradas y con ventanas pequeñas, nos representan un establecimiento penitenciario del sistema celular, ó una casa de locos. Los bañistas, en las primeras horas del dia unos maniáticos; á las horas de comer unos locos alegres; y el resto del dia unos dementes furiosos. De lo cual resulta que el establecimiento, con las gentes que le ocupan, mas tiene trazas de un manicomio que de una casa de baños.

Por la mañana temprano, casi de madrugada, se abren las celdas y van saliendo los huéspedes, el uno con bata y con gorro de dormir, el otro con chanclas y capa; alguno embozado en la bufanda; y las mujeres, recogido el cabello (con canas ó sin ellas,) en una papalina muy almidonada, el cuerpo encerrado, con aires de libertad,

en una bata de muselina, y el pié mordiéndose las uñas para que nadie se aperciba de que le está apretando la que parece anchísima chinela.

Ellos y ellas llevan un vaso en la mano y todos se dirigen hácia la fuente mineral, á desayunarse con tres ó cuatro cuartillos de agua sulfurosa, y he aquí el primer síntoma de la monomanía.

—¿Cuántos vasos ha bebido vd. ya? dice un bañista á otro que da paseos precipitados y no está quieto un momento.

—Yo, doce, contesta sin dejar de andar ¿y usted?

—Aun no he podido beber mas que dos, porque cada dia me repugna mas el olor.

Esto último ya no lo oye el paseante, que va y viene como otros muchos y sube y baja por los montes, echándose un vaso de agua cada vez que pasa por la fuente.

Las jóvenes, si aciertan á llegar al manantial cuando no hay gente, que rara vez tienen ese acierto, beben uno ó mas vasos seguidos sin apercibirse del mal olor ni del mal gusto, pero si alguien las observa, y ese alguien es jóven, llevan diferentes veces el vaso á la boca y le retiran enseñándole los dientes, como si le dijeran al agua—rabia que son demasiado bonitos para que me los pongas como una pajuela. Y pasean, no con la fé del que ha bebido los doce vasos de

agua y que trata de beber otra media docena, sino con la consideracion que no pueden menos de guardar al calzado que les aprieta, al sol que ya empieza á calentar demasiado y á otras cosas que si entonces no se advierten podrian advertirse mas tarde.

Esto no obsta para que algunas señoras suban y bajen las cuestas y dén paseos por el jardin, haciendo la digestion del azufre al arrullo de tal cual galantería que les dirige el azufrado galan que las acompaña.

Mas tarde, cuando despues del desayuno empiezan á tomarse los baños y los chorros y las inhalaciones de los gases, se oyen las voces de los bañeros que gritan:—El 13 al baño; el 2 á la regadera; el 5, el 7 y el 8 al chorro; el 20, el 1 y el 4 á tomar el agua molida; el 14, el 40 y el 6 á los gases.

Y estas voces se oyen repetidamente y van pasando los números conforme los van llamando; cuidando las mujeres, al retirarse á sus aposentos, de no hacer ruido y de pasar misteriosamente para que nadie vea la palidez que sacan del baño, ó el color de remolacha que les puso el chorro, ó las calvas que les descubrió la regadera.

En el cuarto de la inhalacion de gases se establece una verdadera tertulia, y aunque todos sorben de vez en cuando y aspiran la atmósfera

en que les obligan á vivir una hora por lo menos, el número 14 borda unas zapatillas, el 6 y el 40 juegan al ajedrez, el 39 escribe unos versos en la cartera, el 3 lee una novela y el 2 echa una siesta.

La campana del comedor abrevia todas esas operaciones, y allí acuden todos los números á ocupar el que les está marcado y señalado en la silla y en la servilleta, que es el mismo que tienen en el cuarto, en la cama, en la tohalla y en todos los objetos que forman el árbol genealógico de cada bañista.

El médico director del establecimiento, preside la comida, y como el cocinero sabe que *in presentia medici nihil nocet*, se cuida poco ó nada de la calidad de los manjares, no se detiene á identificar los cadáveres del conejo, ni de la liebre, y si algun pescado se detuvo demasiado en el camino, le carga de pimienta, luchando así á brazo partido con el agua sulfurosa.

Por supuesto que á las horas de comer es cuando debe observar una casa de baños el que quiera formar de ella una idea agradable y consoladora, porque es tal el efecto de las aguas, que todos comen con apetito y manjares fuertes, y buenos tragos de vino, sin que se pueda sospechar que hay un solo enfermo.

La comida se reposa en el billar y en las salas de juego, y la digestion se hace bailando y ju-

gando á los bolos, y en otros ejercicios higiénicos. Raro es el dia en que no se dispone alguna espedicion al pueblo que dista de los baños una legua, ó á otras aguas minerales que están de allí legua y media, y para estas espansiones del buen humor y de la alegría, se cuenta en primer lugar con el ser mas triste y mas grave de la creacion; con el mas serio y mas sesudo, y hasta mas filósofo de todos los seres; con el humilde, el resignado, el modesto y el estóico burro. Y no se cuenta con él, como se cuenta con el pavo para matarle de una vez noblemente con un cuchillo, sino para molerle á palos, llenándole de baldon y de oprobio.

Se piden tantos burros cuantos son los números de la casa de baños que forman parte de la expedicion, y cada bañista toma el suyo y le corre por los campos, que besa mas de una vez, gracias á que el burro, sin perder su serenidad, ni importarle nada de los palos que ha de costarle la broma, arroja por las orejas al jinete. Y no parece sino que cuando acabada la diversion, emprende el trote hácia la cuadra ó la pradera, se va riendo en sus adentros de lo magullado que queda el reumático, que fué á curar sus dolores á los baños, ó de lo mucho que ha irritado la sangre al que pensaba dulcificarla con las aguas minerales.

A la broma de los borricos sigue un baile, que

aunque improvisado, no por eso deja de estar muy concurrido, y las pobres señoras que han ido á las aguas minerales á curarse de sus dolencias, se visten como si no les doliera nada, se desnudan los hombros, se cargan de flores y lazos la cabeza, y entonces es cuando suele empezar á comprender el padre de familia, por qué no quiso su hija tomar aquel dia el baño de regadera, y sospecha el marido si por presentarse descotada diria su mujer que le irritaban demasiado los chorros que le mandó el médico tomar en la espalda.

Algun dolorcillo y algun ¡ay! lastimero anda por tal ó cual aposento de la casa de baños; pero con el ruido del piano y la polka íntima, no se oye nada; concluyendo el pobre enfermo que ha ido de buena fé á tomar las aguas, por obedecer la ley de las mayorías y acudir al baile á sonreirse entre dolor y dolor, para ver si logra echarlos fuera, aunque se los tome alguno de los que bailan.

Tambien se canta, porque á las casas de baños va gente muy escogida y de muchas habilidades, y algunas veces, mientras en la sala de juego andan las barajas en manos de los jugadores de naipes, en el salon del baile mueven las cartas los jugadores de manos. Siendo tales y tan variadas las diversiones en esos establecimientos, que si resucitaran las gentes de antaño y en medio del olor de azufre que despiden las

aguas, viesen ciertos juegos diabólicos con que se entretienen los bañistas, creerian estar en el infierno. Porque no es solo física recreativa la que allí hace el gasto, sino que ciencias muy serias y muy profundas, prestan tambien su parte bonita para solaz y entretenimiento mútuo de aquellas gentes, de las cuales apenas hay uno que no tenga una habilidad.

El uno es magnetizador y se encarga de hacer dormir á dos ó tres señoras; el otro entiende de sonambulismo, y las da un poco, y á veces hasta un mucho, de lucidez magnética; rara vez falta un evocador de espíritus, que traiga á la reunion veinte ó treinta personajes del otro mundo; y por último, tampoco falta, sino que casi siempre sobra, algun discípulo de Gall que se preste á dar una sesion de frenología. De esa ciencia, que en manos de los médicos no sabemos si ha servido de algo, pero que en poder de los aficionados ha divertido mucho, y que si *mañana* la cogen por su cuenta los comadrones y las amas de cria, podrá ser de una utilidad incalculable. Se verá venir á los sábios con la anticipacion necesaria para mandarles tejer una espuerta de coronas; los criminales se cazarán en agráz, los tiranos morirán en flor, y á los que tengan muy desarrollado el órgano de la *acometividad* y de la *destructividad*, se les pondrá donde no puedan acometer ni tengan nada que destruir.

Hoy por hoy, anda la ciencia de Gall y de Spurzhein en poder de los aficionados, y preciso es confesar que es un entretenimiento curioso, del cual habríamos hecho un cuadro especial sino temiéramos abusar de la paciencia de los lectores.

El frenólogo de la casa de baños es un frenólogo recreativo por mas que tome un aire sério y grave, y dé á sus pa'abras un tono sibilítico, y cuando agarra entre sus manos la cabeza de una jóven, y alza la suya al cielo, mientras busca protuberancias y chichones entre el rizoso cabello de la niña, hay en su figura y en su mirada algo de solemne y de terrorífico.

—Esta es una cabeza pindárica, dice despues de haber palpado detenidamente á la jóven.

Y todos los circunstantes se miran asombrados, los unos por no haber entendido lo que quiere decir, y los otros por haberlo entendido de sobra. Y entre estos últimos están los padres de la niña, que saben que sino hace versos pindáricos, al cabo y al fin hace versos.

—César no tendria una cabeza mejor organizada que esta, dice el frenólogo al reconocer la cabeza de un jóven, que entusiasmado declara que *con efecto*, él es militar.

—Predomina la *adquisividad*, el *cálculo numérico* y la *secretividad*, dice al registrar las abolladuras del cráneo, en el de un viejo comerciante.

Y así continua examinando las cabezas de todos, absteniéndose de dar su opinion en algunos casos, como si su horóscopo hubiera de ser funesto á los interesados; los cuales quedan sorprendidos con lo que han visto, porque aunque todos ellos saben de memoria el *Don Quijote* y recuerdan bien las escenas de la venta, no pueden creer, ni aciertan á sospechar, que el frenólogo haya tomado para su ciencia las noticias que maese Pedro tomaba para su mono al llegar, no á las casas de baños, que entonces no las habia, sino á las ventas y mesones.

En los baños de mar tambien corren las barajas y la física recreativa, pero como los bañistas andan diseminados en las fondas y en las casas de huéspedes, no se les puede ver como los hemos visto en este cuadro.

Y no se crea que es un sentimiento de pudor el que nos impide llegar á la orilla del mar, á ver á las mujeres entrar en el agua, porque van tan honestamente vestidas, que bien podríamos darlas el brazo y bañarnos con ellas.

Todo lo que se desnudan de medio cuerpo arriba para ir al teatro, y de rodilla abajo para pasear en el campo, luciendo el zagalejo y algo de pierna y toda la bota, se tapan y se abrigan el pecho, el cuello y la cabeza, y aun los pies para bañarse.

De lo cual resulta, lector amigo, que cuando

veas que una señora se viste mucho cubriéndose de pies á cabeza, inclusas ambas extremidades, debes volver la cara y hasta cerrar los ojos, porque es señal infalible de que va á entrar en el baño; y que cuando observes, por el contrario, que se descubre el pecho, enseñando medio mundo y parte del otro medio, desnudándose los brazos como si fuera á representar el papel de Norma, y metiendo su cuerpo entre gasas como si hubiera de volar, has de abrir los ojos cuanto puedas, porque todo aquello se expone para ser visto.

Aquella señora no se va á bañar, ni á dormir; se va á bailar.

CUADRO TREINTA Y OCHO.

Cien visitas por doce reales, ó la amistad en cartulina.

Una despensa estrecha y lóbrega y sin mas ventilacion que el aire que pueda entrar por el agujero de la cerradura; unos dormitorios sin aire y tambien estrechos y lóbregos; un despacho con poca luz; un gabinete de labor obscuro; un comedor donde se coma á tientas y una cocina donde no se vea lo que se guisa, son piezas de que no carece ningun habitante de la córte, á menos que no quiera subir un centenar de escalones en busca de la luz y en la seguridad de hallarla, sin perder la estrechez y demás condiciones del moderno alojamiento humano. Pero al lado de esos aposentos, mal ventilados, un tanto

reducidos, y poco alumbrados, se encuentra en todas las casas un gran salon, con dos gabinetes colaterales, que ocupan los dos tercios y algo mas de la superficie del edificio, que monopolizan toda la luz y todo el aire y que tienen á su disposicion todos los balcones de la fachada principal. Estas habitaciones, que son las que dan tono y las que determinan la categoría del cuarto y el valor del inquilino que le ocupa, no faltan en ninguna de las casas de la córte. Verdad es que en ellas no se alojan ni el jefe de la familia, ni la mujer, ni los hijos, pero se guardan los muebles de mas lujo y las alhajas de mas precio que hay en el cuarto.

¿Qué importa que la señora de la casa dé á luz al primogénito de la familia, en la obscuridad de un estrecho y pobre dormitorio. y sobre un modesto catre de hierro, si en la alcoba principal que da vista al gabinete, hay luz de sobra y en el estucado de las paredes se reflejan los dorados de una gran cama, que costó 4, 000 reales y cuya colgadura y adornos valen otro tanto dinero? Y si el padre de la criatura se afeita en un rincon obscuro, reproduciendo su imágen, á trozos, en un espejo de doce pulgadas, hecho otros tantos pedazos, es por que no quiere hacer uso de la magnífica luna veneciana, de dos varas de alto por una de ancho, que llena la fachada principal de la sala, ó en la no menos lujosa que se ostenta

sobre la chimenea del gabinete, ó en el gran espejo de vestir, que usó la señora en la primera semana del matrimonio.

Tambien la rica alfombra, que cubre el pavimento de la sala y del gabinete, es mas blanda que la estera de pleita que se ve en las demas habitaciones, y mejores y mas cómodas las sillas de muelles que las sillas de Vitoria, y sin embargo, en estas se sientan para comer, y para reposar la comida, y para trabajar ganando el sustento, y en aquellas, como que son huéspedes de la sala y del gabinete, ni se sientan ni las usan para nada. Y á mayor abundamiento, para que la luz no se vaya tragando las tintas del raso, del terciopelo y de la moqueta, cubren las sillerías con una funda de lienzo, y las alfombras con un paño de lienzo tambien, además de ponerle al sol una barrera de persianas y otra de muselinas bordadas, y un transparente, y grandes colgaduras de damasco. Con lo cual toda la luz que pagan al casero, á mas de diez reales diarios el metro cúbico, viene á convertirse en una obscuridad parecida á la que reina á todas horas en el interior de la casa.

De noche se alumbran, en las piezas interiores, con un quinqué, y hasta con un velon manchego, pero en la sala y en el gabinete hay dos magníficas arañas de cristal y bronce, con mas de veinte bujías cada una, que no se encienden

nunca, para que los muebles puedan conservar el sueño, sin que los despierte la luz ni el ruido que anda por el resto de la casa.

He ahí, lector, lo que son esas piezas *de recibo* en todos los cuartos de la córte, desde la habitacion del empleado que tiene doce mil reales de sueldo y doce hijos, hasta la del expléndido capitalista, que no tiene hijos que mantener, pero que puede testar por valor de doscientos millones de reales.

El primero se afana y se quita de la boca algo de lo necesario para la vida, por ahorrar veinte y cinco duros, y gracias si empieza por ahorrarlos, no para ir formando un capital para cuando al hijo le toque la suerte de soldado, ó la hija le pida una cama matrimonial, sino para comprar un espejo, y mas tarde una mesa-consola y luego una alfombra y una sillería. Estos depósitos de muebles de lujo, que forman el *estrado* de las casas, son la carta nobiliaria de cada inquilino, el blason de las familias, las tierras y los majuelos, que privan del pan y del vino á las gentes de la clase media, obligándoles á tener alojados, con toda holgura, los muñecos de china y las figuras de bronce, que adornan las mesas y las rinconeras de la sala y del gabinete, mientras ellos, que son mas delicados que el bronce y la porcelana, viven con estrechez y tropezando los unos con los otros, en el resto de la casa.

Pero todos estos sacrificios, que se impone el habitante de la córte, viviendo con hartas incomodidades en la cuarta parte de la habitacion que paga á no escaso precio, tienen un fin noble, elevado y digno, que no podemos menos de aplaudir. El amor al prójimo es el móvil de todas estas estrecheces y de todos aquellos despilfarros. Y no el amor al prójimo, como le recomienda y le prescribe la doctrina cristiana, esto es, tratando el hombre á su semejante como á si mismo, sino tratándose á sí mismo mal y al prójimo muy bien.

El estrado es para las visitas, para los amigos que nos honran molestándose en venir á vernos, y es natural que las piezas que aparejamos para recibirlos, sean dignas de las gentes que nos favorecen y adecuadas al gran favor que en ello recibimos. La hospitalidad es una gran virtud, y esta sociedad, que no deja de ser virtuosa, es en extremo hospitalaria. Lo es tanto, que no solo se privan los dueños de la casa de disfrutar por sí propios ese gran lujo de que hablamos y esas comodidades á que nos referimos, sino que ni siquiera se atreven á ofrecérselas y á dejar que las gocen sus amigos y sus conocidos. Aun esos grandes estrados les parecen mezquinos y pobres para recibir en ellos las visitas.

Despues de haber empeñado sus rentas, para comprar espejos, alfombras y divanes, no se de-

terminan á que nadie se mire en los unos, pise las otras y se siente y descanse en los últimos.

Esas grandes casas solo sirven *para no estar en ellas.*

Se tiene un gran recibimiento por solo el placer de decir que *no se recibe.*

La aplicacion que de la ciencia del doctor Hahnneman, hemos hecho á las visitas, ha suprimido las personas inventando las tarjetas. Un glóbulo de cartulina es todo el bálsamo de amor y de cariño que damos á nuestros semejantes.

A doce reales el ciento venden los litógrafos las tarjetas, y con esa suma se puede estrechar la amistad con cincuenta matrimonios, ó conservar las relaciones con cien amigos solteros.

Antiguamente, en medio del estrado, en que solo en dias solemnes se recibian las visitas, habia un modesto velador con una enorme vasija de cristal llena de agua, dentro de la cual vivian y coleaban una docena de peces de colores. Ahora hay tambien un velador de gran lujo, y otra vasija de cristal, de porcelana ó de bronce, pero sin agua, en la cual vive perpétuamente el cariño de los amigos de la casa, representado por trescientas ó cuatrocientas tarjetas.

El consumo de estos pedacitos de cartulina, cartas de la baraja moderna que llamamos amistad y cariño, es extraordinario, y ninguna persona medianamente relacionada con el mundo, puede

dispensarse de repartir dos mil quinientas ó tres mil tarjetas al año; lo cual supone un gasto de ochocientos ó mil reales, atendido el valor de las tarjetas y el de los sobres en que se envuelven y el de los sellos con que se envian, francas de porte, por el correo interior.

¡Pero qué vale ese dinero comparado con el tiempo que se perderia haciendo esas visitas personalmente, y deteniéndose en cada una de ellas á felicitar los dias del santo y las pascuas, sorbiendo una copa de moscatel y engullendo un par de bizcochos. Además de que, cuando uno recibe una tarjeta, puede poner mala cara y murmurar del que la envia, y cuando éste lo hacia en persona, era preciso sonreirse y hacer otros varios fingimientos, que ha hecho de todo punto inútiles la aplicacion de la homeopatía al trato de los hombres.

Gracias á este invento, dos *amigos íntimos* pueden serlo por espacio de muchos años sin haberse conocido jamás.

Ejemplo al canto, porque á mí me gusta dar estas cosas cantadas y rezadas y en todos los tonos posibles, para que si la posteridad se toma la pena de leer estos cuadros, sepa bien lo que era el gran tono en estos tiempos entonadísimos.

Se casa una señorita, de las que llaman de la clase alta, y es de advertir que poco menos hace la de la clase media, con un jóven de su clase, ó

un viejo banquero, que aunque *in faciæ eclesiæ* el matrimonio es lo mismo, el segundo es mas positivo que el primero; y los padres (de la niña se entiende, que los del banquero serian viejos y se moririan) acuden á la cartulina, y en un gran trozo de esta, y con grandes letras doradas, dan parte de la boda á sus amigos, diciéndoles donde viven *los novios*; esto es, los que empiezan á llamarse así el dia que han dejado de serlo. Los que reciben la tarjeta, apuntan el nuevo matrimonio en el libro de visitas, que es un libro de rigor en toda casa rigorística, y dicen, tres ó cuatro meses despues, que es preciso ir *á visitar* á los novios, porque los padres *les dieron parte de la boda*. La parte fué el cacho de cartulina.

Salen de su casa, con un tarjetero bien provisto y una larga lista de las visitas que *piensan hacer*, y apenas llegan á la primera, sacan dos tarjetas, se las dan al lacayo para que las suba y las deje en la habitacion, sin preguntar si están ó no en casa los señores; y así, sin apearse del coche, recorren las casas de los demás amigos, mientras en las suyas hacen con ellos otro tanto. Resultando, muy frecuentemente, que el novio y los amigos de su esposa, han cambiado entre sí cincuenta ó mas tarjetas, en el espacio de cuatro ó cinco años, sin haberse visto una sola vez.

Cuando ya se tiene alguna mas confianza, no se sueltan las tarjetas sin preguntar por la salud

de los amos de la casa, sino que se le encarga al lacayo que pregunte, ó lo hace uno por sí propio, si los señores reciben; y como de antemano se sabe que van á decir que no, que *no reciben*, se tiene en la mano una tarjeta, la cual hace una cortesía al criado, doblando su espinazo de cartulina, aunque se parta por la mitad el escudo de armas, que es de rigor en esa moneda corriente de la amistad moderna.

Tras de estas visitas de cumplido, que gracias á los adelantos de la época, hace ya, con rara perfeccion, cualquier criado de confianza, llegando con su persona á dar á entender que la de su amo fué á la casa del amigo, hay otras de mas etiqueta que se hacen de acuerdo con el litógrafo, por supuesto, con la estanquera y con el cartero. El primero da la tarjeta y el sobre que la cubre; la segunda el sello de dos cuartos con que se franquea, y el otro la lleva á domicilio, para dar una enhorabuena, sin poner la cara alegre; un pésame, sin afligirse, y una felicitacion de dias sin desplegar los labios.

El dia de año nuevo, que es el gran dia de la cartulina, todo mortal se entretiene en hacer listas de amigos, de conocidos y de cuantos nombres llegan á su memoria, por medio de la *Guia de forasteros* ú otros repertorios análogos, para regalar á cada prójimo, no un pavo, que eso costaria mucho y se acabaria pronto, sino una

tarjeta que cuesta menos y dura mucho mas.

Cuando se tiene noticia de que un amigo está enfermo, y esto se sabe por los periódicos mucho tiempo antes de que suceda, no se le dice al criado que vaya á informarse del estado de su salud, sino *que vaya á dejar una tarjeta*, y á poner el nombre de su señor, en la gran lista que hay en el portal de la casa, encabezada con estas palabras: *no se recibe.*

Si el enfermo deja de serlo, porque la enfermedad tiene mala terminacion, tambien se le encarga á otra tarjeta que dé el pésame en nuestro nombre, y tambien la tarjeta hace su cortesía en el portal, ante el consabido: *no se recibe.*

De manera, lector, que como te he dicho antes, despues de estar todos medio arruinados y un tanto reducidos, por tener esos grandes recibimientos, *no se recibe.*

Y, sin embargo, me dirás que esos estrados son algo mas que unos almacenes de muebles, porque tú has recibido varias esquelas de convite diciéndote que tal ó cual señora *recibe* el dia tantos ó cuantos, y que además los periódicos anuncian que la marquesa de A.... *abre por fin sus salones* á la elegante sociedad de la córte; y como tú eres de esa sociedad y de esa elegancia, querrás que yo lo sea y que te lleve á verlo todo; pues allá iremos, pero no en el presente cuadro.

Nos quedan aun varios bocetos que ir desen-

volviendo en esta segunda parte, y se halla entre ellos el gran cuadro de la coleccion, ó como si dijéramos el *pasmo del Siglo*, y en él tendrán su puesto la *revista de salones*, el *baile de trages*, la *revista de Madrid*, y otras muchas cosas de las que acaso haya extrañado el lector que aun no le hayamos dicho nada.

Todas ellas cabrán dentro de un periódico, que estamos retratando valiéndonos de la fotografía, y que presentaremos al público, sin dar en él una sola pincelada; sin quitar ni poner nada de cuanto arroje de sí el original.

Del mismo modo que respetamos la originalidad del *Diario de Avisos*, sin atrevernos á enmendar un solo anuncio, procederemos con el periódico, dejándole en libertad de vestir á la francesa, aunque sea como es de pura raza española.

CUADRO TREINTA Y NUEVE.

Las petacas prodigiosas.

Que buscas, lector, qué buscas con tanto empeño, que no contento con calarte las antiparras, y encender un fósforo, sacas unos anteojos de teatro y ensanchas la vista como si fueras á caza de la felicidad? ¿Por ventura has hecho caso de los lamentos de los periódicos, que dicen un dia sí y otro no, casi en francés, que se ha perdido el castellano, ó que han desaparecido los sentimientos religiosos ó que se ha extraviado la buena fé ó que ya no hay moralidad, y que la vergüenza ha tomado las de Villadiego? ¿O quiéres hallar la cuadratura del círculo, para que te den algo por decir que la estás buscando, ó el movimiento contínuo, ó la piedra filosofal?

¡Pues para filosofías estamos ahora, lector de mi vida! ¡Y filosofías de piedra nada menos, cuando sabes que hemos suprimido el pedernal, y hemos inventado los fósforos y los pistones!

Ea, quítate los anteojos, y no te hagas el disimulado, que yo ya sé lo que buscas con tanto empeño. No buscas la felicidad de los demás sino la tuya propia. La caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y tú tienes caridad de tí propio. Estás enfermo y buscas un médico; te lo he adivinado. Pero del modo que le buscas no le encontrarás nunca.

Tú sabes, y haces bien en saberlo, y Dios te conserve semejante sabiduría, que la homeopatía es la ciencia infinitesimal de la razon médica y supones que el médico homeópata, ha de ser la ciencia infinitesimal tambien de la humanidad; es decir, un glóbulo de hombre, y por eso le buscas como si hubieras perdido una perla, y no hay semejante cosa. El médico homeópata no es la vigésima nona dilucion del extracto aquoso de los seres racionales, sino un racional entero, mas grueso por cierto que otros muchos racionales, porque el racionalismo moderno cree en su doctrina y le mantiene con holgura para que la predique con éxito, y aun le lleva en carruaje para que vaya á todas partes á predicarla y hacer ejercicios prácticos de ella.

Se acabó el tiempo de los apóstoles descalzos.

El siglo del ferro-carril niega las doctrinas de los predicadores pedestres y ni siquiera le tolera al médico que use su antigua mula de paso, ni que la trueque por un caballo, ni que enganche éste en un cabriolé, sino que le pide una berlina y dos yeguas normandas.

El verdadero homeópata, el aventajado discípulo de Hahnneman, vá en posta predicando los milagros de la flamante escuela liliputiense, y no necesitas ni el telescopio para verle venir, ni el microscopio para reconocerle cuando haya ya llegado.

Arrojemos, por lo tanto los cristales graduados y los vidrios de aumento, y en vez de abrir los ojos para ver, cerrémoslos á la evidencia. La fé no era patrimonio exclusivo de los hombres de AYER. Tambien HOY, podemos creer y creemos en muchas cosas, sin que seamos como fueron nuestros padres unos pobres fanáticos, sino que somos por el contrario unos nobilísimos é ilustrados creyentes.

El no haber gastado toda nuestra credulidad en el sonambulismo y en los milagros del *medium* y en la evocacion de los espíritus, nos permite creer y creer con fé ciega en la homeopatía. En este siglo, esencialmente humanitario, no podia faltar la esencia de la humanidad; y hé ahí el regalo que nos ha hecho el doctor Hahnneman, extractar la ciencia de curar, hasta reducir todas

las farmacopeas y todos los recetarios á menos hojas que el catecismo del P. Ripalda, encerrando en una petaca toda la anaquelería y todo el botámen de las antiguas oficinas de farmacia.

El fluido magnético hacia necesario el fluido médico, y despues de haber metido la luz en el boton de una cerilla fosfórica, era indispensable encerrar la materia médica y la materia farmacéutica en un cañamon. Los que creyeron en la chispa eléctrica no podian dudar de la chispa médica.

Nosotros, á Dios gracias, no dudamos de los prodigios de esas petacas maravillosas, ni de los hombres que con ellas andan por esos mundos resucitando Lázaros. La duda está en el seno de las familias, sin que la sociedad, que ha sacado de ellas las risas para fundar los casinos, y las lágrimas para hacer los grandes almacenes de coronas fúnebres, se haya decidido aun á recoger esa verdadera calamidad, para verla á la luz pública y resolverla de un modo mas ó menos satisfactorio, pero magistral y absoluto.

Con una fórmula matemática, digna del siglo de la estadística.

Pero como este relój infalible de los tiempos modernos no se ha tomado aun el trabajo de subdividir en tres ó cuatro grupos distintos, las casillas de las defunciones, solo sabemos el número de éstas, sin que podamos averiguar cuantas

personas perecieron tragando glóbulos ó comiendo ruibarbo ó bañándose en agua fria, ó á solas con la calentura y la Providencia; que es la muerte que llegará á ponerse de moda si continúa vigente el sistema de las negaciones médicas.

Antiguamente cuando un individuo cualquiera veia perturbada su salud, no tenia otra cosa que hacer sino guardar cama y dieta y arroparse para sudar; y si sudando y no comiendo se iba empeorando, avisaba al médico, le enseñaba la lengua, y ya no se cuidaba de enseñarle ninguna otra cosa; el médico sabia todo lo demás. El enfermo y sus parientes entregaban su albedrío al Esculapio, y éste, declarando en estado de sitio la cama y la casa con todas las personas que habia en ella, ejercia libremente su sagrado ministerio. Consultábanle, cuando mucho, si el enfermo podria tomar la tierra del pozo de Santo Domingo ó la mixtura de las monjas Teresas ó el bálsamo de las Capuchinas; encendian, sin consultarle, la vela bendita, y colgaban en la cama tres ó cuatro escapularios, pero obedecian ciegamente y con entera fé las prescripciones del médico y la esperanza no les daba tiempo para dudar.

Ahora, por el contrario, la duda entra en las casas antes que el médico, y se coloca en la almohada del paciente, y entra y sale en el ánimo de todos sus parientes y amigos, para atormentarles y afligirles mas que la misma enfermedad.

La medicina alopática, la homeopática, la hidropática y la expectante, son los cuatro medios de salvacion que se le presentan al pobre enfermo para que elija el que mas le agrade, y todas ellas, especialmente las tres primeras, tienen en la casa sus parciales.

En vez de hacer sudar al enferno, sudan y trasudan los sanos disputando con ardor en un consejo de familia, que se celebra in continenti, para decidir el método de curacion que conviene adoptar.

—Yo no tengo duda, dice el primero que habla, *para esta clase* de enfermedades, la alopatía.

—No digas disparates, le replican; precisamente, si para algo sirve la homeopatía, es para *estos casos.*

—Pues, señores, yo en *situaciones como estas* he visto grandes resultados con la hidropatía.

—¡Qué disparate! ¡con que está tiritando de frio y le ha de venir bien un baño de agua helada!

—Ya se vé que sí, porque así se produce la reaccion. ¡No es mejor un baño de agua fria que una cucharada de agua clara!

—Poco á poco, replica el Hahnnmaniano, como si él fuera el mismo Hahnneman; cuidado con repetir esa vulgaridad de que los medicamentos homeopáticos no son otra cosa que agua clara.

—Agua clara, dice el hidrópata sonriendo, con

una ilusion de azúcar, y una sospecha del medicamento, que se le quedó entre los dedos al boticario en los primeros enjuagues.

—¿Con que es decir que tú niegas la infinita divisibilidad de la materia?

—Lo que yo niego es la homeopatía.

—Ya, pero la niegas porque no crees que los medicamentos subdivididos hasta lo infinito, puedan conservar sus virtudes primitivas.

—¡Cómo quieres que crea en sus virtudes, si lo que creo es que no existe el medicamento! ¡si no lo veo en ninguna parte!

—Pues en ese caso, niega el eco de un cañonazo porque no te dá en el oido un pedazo del cañon ó del proyectil. Pero, es inútil que nos cansemos; para curarse por la homeopatía se necesita mucha fé y vosotros no teneis ninguna.

—¡Es decir, interrumpe el alopático que habia callado hasta entonces, que el medicamento no está en los glóbulos sino en la fé! pues en ese caso decirle al enfermo que tenga fé en Dios que vale algo mas que todos los homeópatas y todos los médicos.

—Ea, haced lo que os dé la gana, dice el hahnnemaniano; llamar á un alópata, para que le saque la sangre y le abrase á cantáridas, y nos revuelva la casa, y nos ahogue á todos con la asafétida y las demás drogas.

—Mejor será que por miedo á los malos olo-

res, y á la incomodidad de curar las cantáridas, dejemos que se muera el enfermo.

—No tal, yo no lo hago por eso; pero solo la limpieza de la homeopatía, y lo poco que incomoda al enfermo y da que hacer en las casas, debia hacerla preferible.

—Para los que creen en ella, aun cuando fuera mas molesta y mas sucia que la alopatía, indudablemente. ¡Vaya una razon convincente que nos has dado; la de que es mas limpia y mas cómoda!

Y así mientras al enfermo le va invadiendo el mal, los parientes disputan y regañan y no deciden nada, aun despues de haber consultado al enfermo, hasta que por último resuelven llamar á un doctor *in-utroque*: á un médico ambidiestro, de esos que llevan la lanceta en una mano y la petaca en la otra; que son la mitad de Dios y la mitad del diablo, y que considerándose parciales para dar su voto, consultan á las familias, y se lavan las manos como Pilato despues de haber indultado á Barrabás.

El doctor anfibio, como lleva su doble ciencia en coche de dos caballos, llega pronto á la casa del enfermo, y si éste se halla en disposicion de hablar, antes de tomarle el pulso y de hacerle sacar la lengua, le pregunta á quien quiere que le suelte si á Jesús ó á Barrabás. A boca de jarro le descerraja esta pregunta:

—¿Es vd. alópata ú homeópata?

—Yo soy un enfermo que quiere curarse pronto y bien, contesta el paciente; y si he de decir á vd. la verdad, añade temblando, no tengo opinion formada en esta materia, me parecen..... iguales ambos sistemas.

—A mí tambien, replica el médico, pero vd. es quien debe elegir el método que le inspire mas confianza.

—Yo, dice el enfermo esforzándose por sonreir, el que vd. crea que me cura mas pronto.

—Para eso los dos sistemas son iguales, y con cualquiera de ellos espero poder combatir el mal.

—El que moleste menos al enfermo, dice uno de los que le rodean.

—En ese caso emplearemos la homeopatía, interrumpe el médico, sentándose á la cabecera del enfermo. Me alegro de que se decidan ustedes por este sistema, que es el verdadero; yo apenas hago uso del otro, y no lo abandono por completo, porque en algunas casas aun tienen la manía de asistirse alopáticamente.

—Y si conoce vd. que es una manía y tiene tan fuertes razones para renegar de la ciencia en que ha hecho todos sus estudios, y que está en práctica hace tantos siglos, ¿por qué no renuncia usted por completo á ella y trata de ilustrar la opinion pública para que desaparezcan esas manías?

Esto le dice uno de los parientes del enfermo, y el doctor ambidiestro, revistiéndose del carácter sacerdotal, que debió haber usado desde el principio, contesta sécamente que no está allí para discutir con nadie sobre tan graves materias; y volviéndose al enfermo le intima de nuevo la rendicion y queda definitivamente adoptada la homeopatía.

La mayor parte de los parientes se salen de la alcoba afligidos y llorosos como si ya hubieran visto muerto al enfermo, y aunque algunos dicen que la homeopatía no puede hacer mal ni bien, otros creen que mientras tanto la enfermedad hará progresos, y que para tales medicinas expectantes valdria mas suprimir los médicos.

El doctor, entretanto, saca de la consabida petaca maravillosa un tubito de cristal, lleno de anisillos casi invisibles, y pellizcando tres ó cuatro de estos, los echa en un vaso de agua clara, (no sin haber olido primero el agua, el vaso y la cuchara, que le presentan para desleir aquellas tres ó cuatro aprensiones de sustancia farmacéutica) mira al enfermo, con el vaso en la izquierda y el índice de la derecha en el entrecejo, y dice á la familia que cada cuatro horas dén al paciente una cucharada de medicamento. El medicamento es el contenido del vaso.

Encarga, bajo penas severísimas, la dieta de todos los cinco sentidos, especialmente la del ol-

fato, prohibiendo toda clase de olores, y recogiendo la petaca homeopática, saca la de los cigarros, enciende uno y soltando el olor del tabaco, vuelve á recomendar la prohibicion de los olores.

Los enfermeros observan religiosamente los preceptos del médico, regañando con la cocinera porque ha dejado escapar de la cocina el olor de los guisados; tapando las rendijas de los balcones por si revienta en la calle algun pozo de aguas sucias; arrojando todos los botes de las pomadas y los jabones de olor, y dejando secar los tiestos para que no suelten perfume las flores y adoptando otras precauciones análogas.

El enfermo, por su parte, se tapa de vez en cuando las narices, porque suda y cree que huele sus propios humores, y aplica con frecuencia el oido hácia el relój por si éste se para, y pasan mas de las cuatro horas en que ha de tomar la cucharada. Y así se cura ó se empeora ó se muere, que no es de nuestra incumbencia el estar á su lado todo el tiempo que dure la enfermedad, ni ver si el médico, que empezó por darle glóbulos invisibles, acabará por hacerle tragar píldoras como balas, y le aplicará cataplasmas, y otros medicamentos de color, olor y sabor pronunciados.

Si llega este caso se recrudecerá la guerra en la familia, porque mientras los partidarios del

similia similibus llevarán *su amor propio* hasta el extremo de ocultar que se han usado semejantes medicinas, los amantes del *contraria contraris* dirán, como si les pesara de la mejoría del enfermo, que *no tiene gracia* haberle curado, porque han echado mano de los medicamentos alopáticos.

Nosotros no queremos presenciar esas batallas domésticas que el siglo ha regalado á la humanidad doliente, y antes de terminar este cuadro nos hemos de asomar un momento al gran laboratorio de la grajea médica, al horno de fundicion de los glóbulos hahnemanianos.

La botica homeopática no guarda proporcion con el botiquin del médico homeópata. Encerrándose éste en una petaca, parecia que aquella podria contenerse en un cajon de cigarros; siquiera fuera de los de un millar, que desgraciadamente se han suprimido, sobre todo para hacer con ellos un regalo.

La botica homeopática es una oficina de farmacia tan grande como aquellas en que antiguamente se preparaba el caldo de víboras y la triaca celeste y la magna, y el extracto católico y el policresto y la sal volátil del cráneo humano, y las tinturas de perlas, de esmeraldas y de jacintos, y el bezoárdico jovial y el solar y el lunar, y el oro fulminante, y el emplasto benedicto y otra porcion de drogas, bastante mas corpulentas que los gló-

bulos liliputienses, y que, sin embargo, han caido en completo desuso apenas han sido examinadas á la luz de la verdadera ciencia.

Pero el laboratorio de Hahnneman debe de ser inodoro, para que sus productos resulten completamente insípidos, sus líquidos perfectamente incoloros y sus glóbulos blancos como la azúcar.

La ciencia es corta: se reduce á saber hacer tinturas madres, diluciones, trituraciones y glóbulos; pero las operaciones son dificilísimas sobre todo para un boticario. Acaso una monja seria un gran farmacéutico para los discípulos del doctor Hahnneman. La farmacopea homeopática es el arte de los escrúpulos.

Figúrate, lector, qué lo primero que ha de hacer el boticario es oler todos los frascos, morteros y demás cacharros de su laboratorio; procurar que sean nuevos y de ninguna mancha sospechosos, no lavarlos con sustancias fuertes, enjugarlos con papel de seda, y cuando ya son dignos de contener los medicamentos, colocarlos en sitios ni calientes ni frios, y donde no entren ni la luz ni los olores. Despues de estas precauciones y la indispensable de tener las narices en contínuo ejercicio para advertir si viene alguna emanacion extraña á perturbar la atmósfera insípida de la operacion, debe lavarse y relavarse las manos y si fuere fumador rasparse las yemas de los dedos y los labios, con un vidrio ó cosa se-

mejante, y aun contener el aliento, si por mala digestion le tuviere ácido, porque los ácidos están tan justamente prohibidos como los olores.

Hecho esto y preparada la tintura madre, toma el galeno una gota de ella, la vierte en un frasco, que contenga otras cien gotas de agua clara, agita cien veces el frasco, le tapa y le marca con el número 1. De este frasco saca otra gota, la mezcla con otras cien partes de agua clara, las enfrasca, las agita y pega otra etiqueta con el número 2. Y así continua repitiendo la misma operacion treinta veces, produciendo *con la primera gota de tintura madre y tres mil gotas de agua clara*, treinta caldos distintos, encontrándose en cada uno de ellos el átomo infinitesimal de la tintura primitiva. La quinta esencia de ese amor de madre, que parece cariño de madrastra segun está invisible é impalpable.

Pero al enfermo, á quien se le receta la tercera, la octava ó la treinta dilucion de la pulsatila ó de la belladona ó del fósforo, no se le dá á beber el frasco de las cien gotas, sino que el boticario empapa en esos líquidos los glóbulos de azúcar, que llama *inertes*, y estos, diluidos en agua, son los que toma, de cuatro en cuatro horas y á cucharadas, el enfermo.

¡Si pudiéramos, querido lector, hacer otro tanto con la comida! ¡Si quisiera Dios que así como de los médicos ha salido un doctor Hahn-

neman, saliera del gremio de los cocineros otro homeópata, que con una gota de tintura madre de ternera, mantuviese un millon de hombres como se curan un millon de enfermos con igual cantidad de acónito!

Pero Dios lo permitirá y el siglo no dejará de hacer un ensayo en tan importante materia económica; y así como hoy se podria si se quisiera, curar las tercianas de toda una poblacion con echar un grano de quinina en el rio que pasa por la villa, mañana se alimentará un rebaño, con desleir un grano de cebada en el abrevadero, ó un regimiento, colgando un tasajo de carne y un pan de municion, á la entrada del cuartel.

Mientras tanto habremos de contentarnos con la invencion de la homeopatía que ha puesto la medicina al alcance de todas las inteligencias. El verdadero aficionado se hace médico de sí mismo, y se receta sus cucharadas y aun toma los glóbulos á secas. Lleva su petaca en el bolsillo, y cuando cree que siente la cabeza pesada, dice que es sangre y toma un glóbulo de acónito, y espera despejarse, y se despeja, y hasta siente debilidad, no porque ha dejado de comer, aunque ha guardado rigorosa dieta, sino por el medicamento.

Muchas veces no se limita á curarse á sí propio, sino que pretende curar y cura á los demás; pero esto ha sucedido siempre. Los curanderos

han sido la plaga mas temible de la humanidad, y como la homeopatía ha dado á sus medicinas una forma tan bonita, es hasta cuestion de elegancia y de buen tono, el tener una petaca homeopática. Y teniéndola, es conveniente lucirla.

Por supuesto que se me olvidaba decir, y me apresuro á hacerlo, que los muertos que cura la homeopatía quedan hermosísimos, porque ni les han raspado la cabeza, ni les han sacado la sangre, ni les han estropeado el cutis.

El embalsamador apenas tiene nada que hacer con ellos. Les halla el cuero completo y sin avería de ninguna clase.

FIN DEL TOMO CUARTO.

CATÁLOGO

de los cuadros comprendidos en esta segunda sala del Museo de AYER, HOY Y MAÑANA.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 16 01 07 003 7